

LA TAPADA.

NOVELA TRADICIONAL

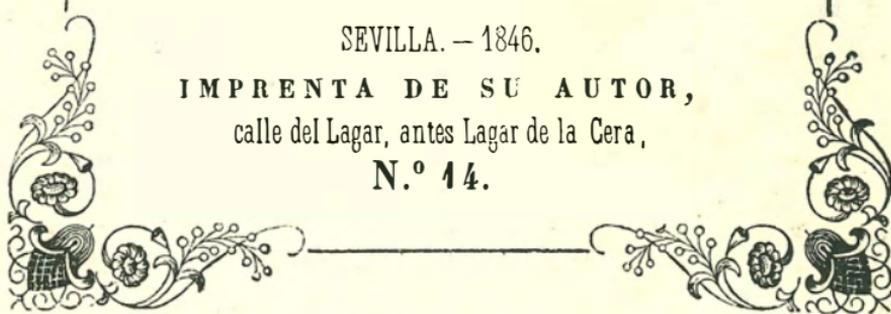
POR

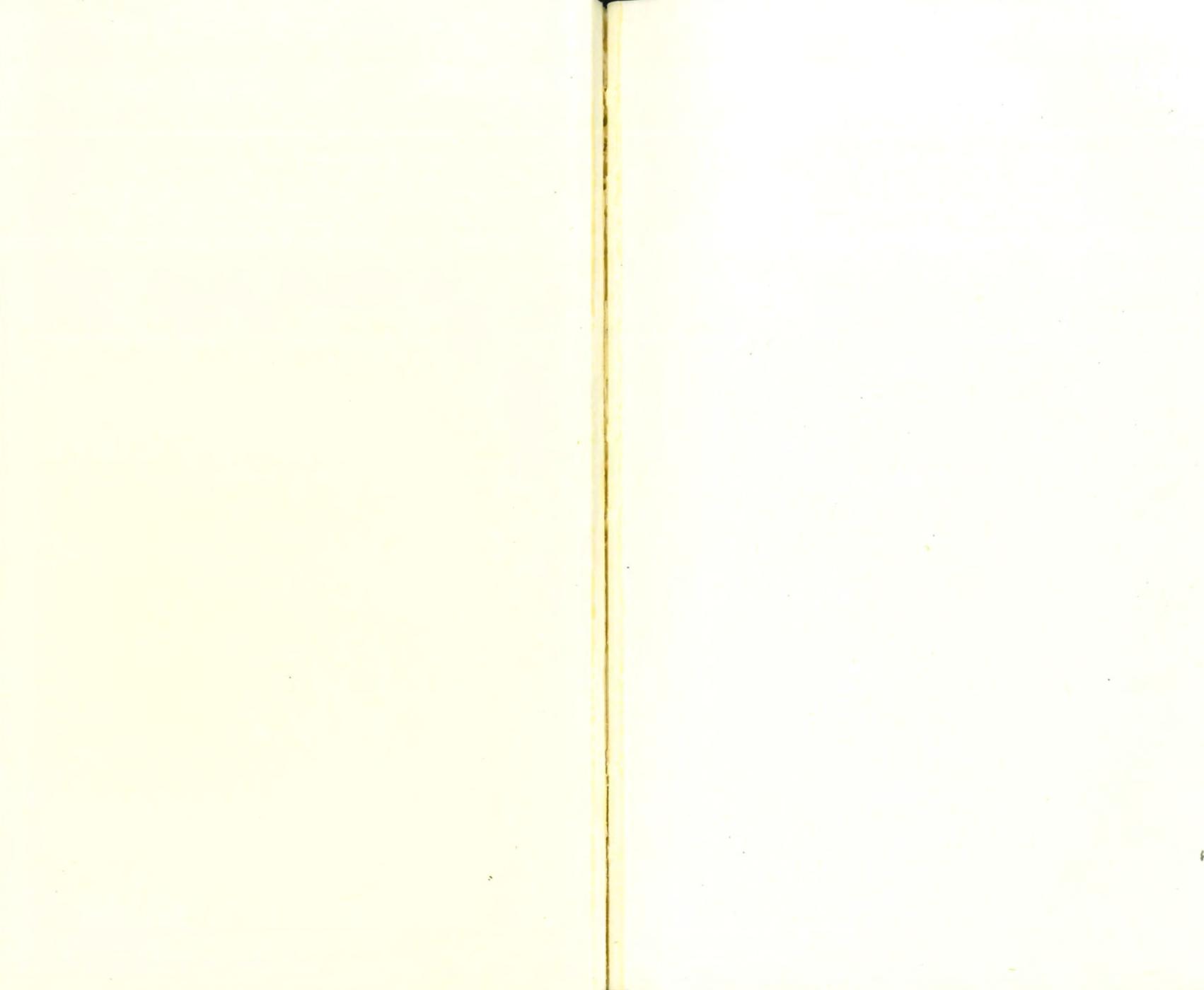
D. José María Gutierrez de Alba.



SEVILLA. — 1846.

IMPRENTA DE SU AUTOR,
calle del Lagar, antes Lagar de la Cera,
N.º 44.





LA TAPADA

LA TAPADA

Reproducción facsímil de la 1ª edición de 1846
con motivo del
centenario de la muerte de

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

Introducción
de
ENRIQUE BALTANÁS

Fundación El Monte
Sevilla, 1997

INTRODUCCIÓN

Cuando, en 1984, publiqué una edición de *La Tapada*, de José María Gutiérrez de Alba (Alcalá de Guadaíra, 1822-1897)¹, ni la obra ni la figura del escritor decimonónico habían merecido el menor interés de la crítica. Ni su teatro, ni su poesía, ni su producción en prosa habían logrado traspasar la densa capa del olvido –que suele caer sobre escritores de no primerísima fila, tras su muerte–, a pesar de que ya por esas fechas la historiografía literaria del XIX se había visto enriquecida con monografías académicas de considerable enjundia. De ese modo, me vi obligado a abrir la introducción a la mentada edición de 1984 con estas palabras: “La vida y la obra de José María Gutiérrez de Alba constituyen un eslabón poco conocido de la historia literaria sevillana de la segunda mitad del siglo XIX, y son merecedoras de un estudio detenido y atento”. Afortunadamente, hoy –poco más de diez años después– el panorama ha cambiado radicalmente. Una reciente monografía de la poesía española del siglo XIX, preparada por Jorge Urrutia, incluye por fin entre los antologados a Gutiérrez de Alba.² Su teatro político ha sido estudiado con acierto por Jesús Rubio Jiménez.³ Una tesis doctoral sobre la vida y la obra de

1. José María Gutiérrez de Alba. *La Tapada. Novela tradicional*, Alcalá de Guadaíra (Sevilla), Instituto de Bachillerato “Cristóbal de Monroy”, 1984.

2. Jorge Urrutia. *Poesía española del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1995.

3. Jesús Rubio Jiménez. “José María Gutiérrez de Alba y los inicios de la revista política en el teatro”, en *Crítica Hispánica*, Duquesne University, Pittsburg, XVI, núm. 1 (1994), pp. 119-40, y “Teatro y política: *Las Aleluyas vivientes* de José María Gutiérrez de Alba”, *ibid.*, XVII, núm. 1 (1995), pp. 127-41.

Edita: Fundación El Monte

© De la presente edición: Fundación El Monte

© De la introducción: Enrique Baltanás

I.S.B.N.: 84-89777-11-X

Depósito Legal: SE-1.093-1997

Imprime: Impr. A. Pinelo. Camas-Sevilla

Gutiérrez de Alba se está realizando en la Universidad de Sevilla por José Manuel Campos Díaz, bajo la dirección de la Dra. Marta Palenque. Y, por fin, con motivo de cumplirse el centenario de la muerte del escritor, el simposio “Literatura y política en el siglo XIX: José María Gutiérrez de Alba” ha reunido a un escogido plantel de especialistas en torno a la significación de nuestro autor en el contexto de las letras españolas y sevillanas del siglo XIX.

Así, pues, ahora no será ya necesario que me extienda en ninguna consideración de la biografía y de la obra de Gutiérrez de Alba —como hube de hacer en 1984— pues el lector interesado podrá encontrar los datos necesarios, mucho más precisos y actualizados, en cualquiera de las referencias bibliográficas citadas, y especialmente en los trabajos de José Manuel Campos Díaz.⁴ Así, pues, voy a limitarme aquí a la sencilla y agradable tarea de introducir al lector en la novela que ahora reeditamos, en coincidencia y con motivo de la conmemoración de los cien años de la muerte del escritor alcalaíno.

La novela española alrededor de 1846

Se suele afirmar —y es ya un tópico de nuestra historia literaria— que tras el Siglo de Oro la novela española decae y casi desaparece hasta la entrada en escena de

4. Jose Manuel Campos Díaz. “Alcalá en la literatura”, en Enrique Baltanás (dir. y coord.). *Alcalá de Guadaíra: pasado, presente y futuro*, Alcalá de Guadaíra (Sevilla), Excmo. Ayuntamiento, 1995, pp. 187–201, y especialmente *Escritores de Alcalá de Guadaíra. Diccionario bio-bibliográfico y antología de textos*, Sevilla, Diputación Provincial, 1997.

los narradores de la generación del 68. Después de Cervantes, España no habría aportado —según este tópico— ningún novelista de talla hasta el advenimiento de Galdós. En uno de sus *Episodios Nacionales*, el titulado *Napoleón en Chamartín*, el propio don Benito se mostraba consciente de la decadencia de la novela española en los comienzos del XIX, al hacer decir —en el capítulo séptimo— a uno de sus protagonistas: “En esto de novelas andamos tan descaminados que después de haber producido España la matriz de todas las novelas del mundo y el más entretenido libro que ha escrito humana pluma, ahora no acierta a componer una que sea mayor del tamaño de un cañamón, y traduce esas lloronas historias francesas, donde todo se vuelve amores entre dos que se quieren mucho durante todo el libro, para luego salir con la patochada de que son hermanos”. Sin embargo, la crítica reciente se ha esforzado no poco en demostrar la existencia de numerosas ficciones novelescas en España con anterioridad a los realistas y naturalistas de la segunda mitad del siglo XIX⁵. No puede negarse ya, desde luego, que el

5. A este propósito resulta inexcusable citar al menos los meritorios libros de Reginald F. Brown. *La novela española 1700-1850*, Madrid, Dirección General de Archivos y bibliotecas, 1953; José Francisco Montesinos. *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1973, 3ª ed. aum.; Iris M. Zavala. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Madrid, Anaya, 1971; Leonardo Romero de Tobar. *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid, Fundación Juan March-Ediciones Ariel, 1976; y Juan Ignacio Ferreras. *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra-Fundación Juan March, 1979. De todo ellos, Ferreras es el único que cita a nuestro novelista, aunque limitándose a repetir los datos de Julio Cejador y Frauca. *Historia de la Lengua y la Literatura Castellana*, Madrid, 1915-1922.

género tuvo importancia –cuantitativa y cualitativa– en la literatura española de la primera mitad del XIX. Pero, frente a la tarea de justo e inexcusable inventario que es propia de la historiografía literaria, la crítica debe del mismo modo recordar que para 1846 –por tomar la fecha en que *La Tapada* se publica– habían aparecido ya en Francia *Le Rouge et le Noir* (1831) y *La Chartreuse de Parme* (1839) de Stendhal, así como muchas de las principales novelas de Balzac que integrarían poco después *La Comédie humaine: Eugénie Grandet* (1833), *Le Père Goriot* (1834), *Cesar Birotteau* (1837), *Les illusions perdues* (comenzada a escribir en 1836)... por no referirnos al panorama literario de Italia, Alemania o Inglaterra. Por supuesto, nada semejante en España por las mismas fechas.

Pero, aunque no haya nada estéticamente comparable en nuestro país con estas auténticas cimas de la literatura universal, al menos por aquellos entonces, no debe creerse que no se diera una novela romántica en España. Y la novela romántica fue, sobre todo, y por excelencia, la novela histórica.

El Romanticismo, el europeo en general y el español en particular, siguiendo a Walter Scott (1771-1832) –el autor de *Ivanhoe*– impulsó la boga de la novela histórica, como consecuencia del nacionalismo, medievalismo, gusto por la evasión del presente y por lo exótico, características todas ellas propias de este movimiento literario. El número de novelas históricas que produjo el Romanticismo español⁶ fue notable. Casi ningún autor dejó de escribir la suya. El género se inicia con *Ramiro, Conde de Lucena* (1823), de Rafael

6. Vid. Ricardo Navas Ruiz. *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1982, 3ª ed. renovada, y Leonardo Romero Tobar. *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994.

Húmara y Salamanca, ambientada en el sitio de Sevilla por Fernando III, con un conflicto amoroso entre un caballero cristiano –Ramiro es uno de los adalides del ejército fernandino– y una princesa mora, Zaida⁷. Pero la consolidación del género no se produce sino en 1830, con la publicación de *Los Bandos de Castilla* de Ramón López Soler, para ya no desaparecer de la escena literaria española, desde los *Episodios Nacionales* de Galdós hasta hoy mismo, en que la novela histórica constituye una de las formas canónicas de la novela contemporánea: desde, por ejemplo, las *Mémoires d'Hadrien* (1953) de Marguerite Yourcenar hasta *Il nome della rosa* (1980) de Umberto Eco, pasando por *El siglo de las luces* (1962) de Alejo Carpentier.

Ahora bien, ¿por qué nace la novela histórica precisamente en el Romanticismo? La explicación más plausible la proporciona, a nuestro juicio, Georg Lukács. Según este crítico, el nacimiento de la novela histórica se debe a que, tras la Revolución francesa, se abre un intenso período de transformaciones revolucionarias y sociales, guerras napoleónicas, luchas por la independencia nacional... que convirtieron la Historia en una auténtica “vivencia de masas” a escala europea. Junto a ello, “la esperanza en un renacimiento nacional obtiene parte de sus energías de una nueva apelación a las pasadas grandezas nacionales”⁸.

En el caso de España, la aparición de la novela histórica sufrió un explicable retraso, dadas las férreas

7. Cfr. Donald L. Shaw. “A propósito de *Ramiro, Conde de Lucena* de Rafael Húmara”, en *Romanticismo 3-4. Atti del IV Congresso sul Romanticismo spagnolo e ispanuamericano. La narrativa romantica*, Genova, 1988, pp. 121-128.

8. Georg Lukács. *La novela histórica*, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 19.

condiciones de censura, la emigración de liberales y románticos y el sofocamiento de toda vida intelectual en el interior del país durante el período de la ominosa década (1823-1833). Sólo muy poco antes de la muerte de Fernando VII aparece la obra que asienta definitivamente el género, *Los Bandos de Castilla* (1830) de Ramón López Soler. Y tras ella no cesan ya de publicarse novelas de asunto histórico, a un ritmo más o menos acelerado. En 1834, *Sancho Saldaña* de Espronceda y *El Doncel de Don Enrique el Doliente* de Larra. En 1838, *Cristianos y moriscos* de Estébanez Calderón. En 1844 publica Enrique Gil y Carrasco su novela *El señor de Bembibre*, a la que la crítica viene considerando la más representativa muestra del género, y el aragonés Braulio Foz su inclasificable *Vida de Pedro Saputo*, varias veces reeditada en nuestro siglo. Un año después aparece la primera muestra del género folletinesco: *María, la hija de un jornalero* de Wenceslao Ayguals de Izco. En 1846, fecha de publicación de *La Tapada*, aparece también *Guatimozín, el último emperador de México*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en clara muestra de actitud crítica hacia la conquista española de América. Todavía dará la novela histórica muestras notables. Mejor aun, la novela histórica se consagra como género novelístico, apto ya no sólo para evocar —como gustaban los románticos— el mundo medieval, sino el pasado reciente, como hará Galdós en sus *Episodios Nacionales*, verdadera serie de novelas históricas sobre una centuria, la del XIX, que no había finiquitado todavía.

La Tapada, “novela tradicional”

La Tapada aparece, como hemos dicho, en 1846 —cuando su autor cuenta veinticuatro años— en un tomito

en octavo salido de la imprenta que poseía el escritor —o en la que poseía acciones— en el número catorce de la calle del Lagar, en Sevilla. Todos los ejemplares iban rubricados por su autor, lo que nos hace suponer que la tirada no sería muy larga. No era el primer libro que publicaba, pues dos años antes había empezado a dar a la imprenta su colección de *Fábulas políticas*. Y, en efecto, *La Tapada* no da la impresión de ser el ensayo primerizo ni titubeante de un escritor sin experiencia, aunque esta fuese su primera novela.

El marbete “novela tradicional” que a su obra colocó el autor apunta al carácter de tradición o leyenda que sirve de base al argumento que narra. En efecto, hay en Alcalá, junto al puente que une ambas orillas del Guadaíra, un lugar conocido como “Huerta de La Tapada”, sobre cuyo nombre la imaginación popular ha dibujado una rica maraña de etimologías fantásticas. Leandro José de Flores, en 1833, daba cuenta de que en la cueva del Bosque, junto a La Tapada, habitó una mujer penitente, especulando sobre el origen del topónimo:

“La dicha de La Tapada se llamó también del Jardínillo de Don Perafán y Huerta del Batán, a cuyo molino viene una buena cañería de agua que, estando antes descubierta y proveyendo un pilar grande en la parte exterior hacia el Batán para utilidad del público y ganados, se cubrió en nuestros días y aún antes se habían tapado unas ventanas sobre el pilar, que daban vistas al Jardínillo, quitando algún tanto la amenidad y delicia de aquel paseo.

Aun sólo por esto debía o podría llamarse La Tapada, pero es mucho más antiguo este nombre; y discuriendo sobre ello, me parecía que por alguna mujer de los Perafanes, de quien sería, y andaría muy tapada, le empezarían a llamar así; después recordaba la comedia de Calderón *El escondido y la tapada* y la pragmática

de las tapadas, sobre la cual escribió el Licenciado Antonio León Pinelo en 1641 y dedicó su obra a la Sra. D^a María de Avellaneda y, como quiera que está fundado el convento de San Juan de Dios en casas que fueron de esta familia a la entrada de la calle Avellaneda, no me parecían extrañas estas presunciones; mas, según la tradición del pueblo de que en la cueva del Bosque habitó una penitente muchos años... me inclino a que por ella se llamó La Tapada, ínterin no se descubra otra cosa”⁹.

Así, pues, *La Tapada*, más que novela histórica propiamente dicha, es novela legendaria, pues en leyenda o tradición se basa su argumento, aunque incorporara datos y personajes históricos, citados igualmente por el Padre Flores en sus *Memorias históricas*, como el castillo de Marchenilla o Machaniella, la torre de la Membrilla, Rodrigo Álvarez de Lara, etc. En realidad, *La Tapada* es novela y no leyenda en bruto, porque la ficción –en prosa, por lo demás– parece totalmente inventada, con una muy leve apoyatura legendaria. Por otro lado, sin embargo, esta apoyatura la convierte en “tradicional”, pues lo que su autor parece proponerse es la recreación de una leyenda tradicional oída por él mismo desde su infancia. Tanto por su extensión como por otras características formales, *La Tapada* es más *récit* que *roman* –según la terminología francesa–, es decir, más novela corta o relato que propiamente novela.

El asunto de *La Tapada* es de los más tratados por los escritores y poetas románticos: en un ambiente medieval (el siglo XIII en este caso, poco después de la conquista de Sevilla), una historia amorosa entre una mora bella –aquí morisca, o de origen morisco, pues está ya

9. Leandro José de Flores. *Memorias históricas de la villa de Alcalá de Guadaíra*, Sevilla, 1833-1834.

bautizada y ha abrazado la nueva fe natural y sinceramente– y un caballero cristiano, y del aciago fin de estos amores. El argumento nos recuerda otros de parecido fingimiento: *La morisca de Alajuar* del Duque de Rivas, *Cristianos y moriscos* de Estébanez Calderón, *La cueva de la mora* o *La promesa* de Gustavo Adolfo Bécquer...

El hecho de que en *La Tapada* María sea hija de Pablo el morisco le sirve a Gutiérrez de Alba para teñir su relato de crítica social contra la intolerancia y contra los prejuicios xenófobos. Así, por ejemplo, Don Rodrigo, el padre de Hernando, “creía que, en el amor inspirado a su hijo por aquella mujer podía haber alguna parte de hechizo, cualidad que concedían entonces a muchas mujeres, con especialidad a las que de familias moriscas procedían...”, según se nos dice en el capítulo XIX. Y en el II, María se presenta de este modo: “Mis padres, pobres aunque honrados, se esmeraron en mi educación cuanto les era posible en el estado a que los había reducido su mala ventura; porque descendientes de una familia morisca, llevaban en su frente la ominosa marca, con que nuestra pobre raza es distinguida”. El propio Pablo, ante el cadáver de su hija, se quejará amargamente: “He sido vilipendiado, ultrajado, porque mis padres profesaban una religión heredada de los suyos... Las tierras que poseían fueron repartidas entre los cristianos, que vinieron a ocuparlas, y ellos, ¡pobrecitos! murieron rodeados de miseria, sin más apoyo que el de su hijo”. Incluso vemos que uno de los personajes positivos y bondadosos de la novela, la criptomorisca Juana, declara con orgullo al final de la historia “que aún conservo la religión de mis padres y que no me atrevería a negarla ante los jueces por temor al castigo de Alá...”.

Otro elemento crítico presente en la novela es la refutación del valor de la nobleza hereditaria, hasta el punto de que Gutiérrez de Alba llega a dedicarle al

asunto una de las notas –la C– que complementan el relato: “Un hombre nacido de elevada clase y considerado en la sociedad, según los méritos de sus mayores, difícilmente se cuida de hacerse acreedor de ellos, toda vez que sabe que aquellos timbres no pueden serle arrebatados. ¿Cuántos hombres malvados se han visto llevar un honroso título? Y si este es el premio debido al mérito verdadero, ¿por qué confundir al que no es digno de llevarlo con los que por sus obras se han hecho acreedores a esta distinción?” Pero la acción misma de *La Tapada* constituye un manifiesto muy expresivo contra la pureza de sangre del casticismo castellano. Así, pues, la ambientación medieval de la novelita no se decanta del lado de la evocación nostálgica del Romanticismo conservador –aunque Gutiérrez de Alba no sea insensible a los valores caballerescos–, sino en sintonía con el acendrado liberalismo político que habría de informar toda la producción literaria y periodística del alcalareño. Por supuesto, no faltan alusiones al presente, y en alguna de ellas se contraponen la nobleza de los caballeros medievales con la aristocracia del siglo XIX:

“En una de las muchas correrías que los caballeros de Castilla hicieron contra los moros en las marismas de Lebrija, por los años de 1247, salían una mañana D. Rodrigo Álvarez de Lara y D. Gutierre Suárez, ambos ricoshombres y ambos de la flor de la nobleza española; y no de esa nobleza, que hoy, con mengua de nuestros ilustres guerreros de aquellos tiempos, sólo se hace consistir en la conservación de unos añejos pergaminos”.

No faltan en *La Tapada* otras digresiones, como esta en que el autor sale en defensa de la mujer, del género femenino, que no debe cargar injustamente con las acciones de algunas muy concretas:

“Nosotros no admitimos en manera alguna la teoría, que hasta ahora se ha querido establecer, de que

una mujer, sólo por ser desdeñada, está dispuesta, y aun tiene derecho, a usar de represalias, siendo infiel, sólo para vengarse.

Algún tanto conocedores de las pasiones que agitan el corazón humano, creemos más bien que esa venganza, por algunos mal entendida, y explotada por muchos, es más bien hija de una depravación del alma que de ese instinto, que en manera alguna podemos conceder a las mujeres. La mujer que se venga de una infidelidad, recurriendo a otra, podemos asegurar, sin temor a engañarnos, que estaba dispuesta a ejecutarla, sin necesidad de tal excitación, y que al disculpar un crimen, cuyas circunstancias quieren atenuar por ese medio, escogen el escudo a cuya sombra más fácilmente pretenden guarecerse”.

Estos elementos de crítica política y social no empañan el tono romántico del relato, ni distraen del tema central, que es el amoroso. En el capítulo XVI leemos una exaltada apología del amor romántico por boca del protagonista, Hernando Álvarez de Lara:

“El amor no conoce otras leyes que las de la naturaleza: las leyes, a que los hombres han querido sujetarlo, son vanas quimeras, que sólo sirven para hacer la infelicidad del género humano.

Ama, dijo Dios al hombre, al colocarlo sobre la tierra; y este hombre, impelido por la necesidad de amar, no puede seguir otra senda que la que su corazón le marca, que es la senda trazada por el Señor, hablando por la naturaleza. Si esto es así, ¿a qué sujetar estas eternas leyes a los caprichos, las más veces ridículos, de los hombres incapaces de escuchar el eco de sus nobles pasiones?

Yo te vi, hermosa y tierna niña, y en aquel momento escuché la voz de la naturaleza, por medio de la cual el Dios omnipotente me ordenaba que te amase.

Los hombres, en cuyo corazón no penetra este acento, acaso tendrán por un crimen responder a esta voz celestial, présaga de nuestra ventura.

Ellos han querido sujetar el amor a una serie de falsos y mal calculados raciocinios, sin considerar cuán imposible es uniformar los sentimientos que nacen espontáneamente en el corazón a impulso de las santas pasiones con los mezquinos cálculos de un interés miserable y rastrero.

El amor, sublime emanación del espíritu, no recibe, ni puede recibir, leyes más que de Dios, sabio ordenador de todas las cosas”.

Otros rasgos románticos podemos descubrirlos en las frecuentes alusiones al misterio, como aquel con el que Hernando se aparece ante María: “Entonces conocí cuánto adoraba a aquel hombre misterioso, que no se dejaba ver sino envuelto entre las densas sombras de la noche y cuyo nombre y condición aún eran para mí un secreto impenetrable” (Cap. XII). O en la correspondencia entre las turbulencias del alma y las de la naturaleza: “Llegó la noche, y una violenta tempestad, precursora de mi desgracia, vino a aumentar con su horroroso aspecto las lúgubres ideas que tenían embargada mi imaginación. Las nubes amontonadas despedían furiosos torrentes y los truenos, que rápidamente seguían a los fugaces relámpagos, aumentaban los horrores de aquella noche espantosa” (Ibid).

Leída hoy, sorprende el buen pulso narrativo con que el autor sabe contar la historia de la infeliz María y captar el interés del lector, manteniendo en vilo su atención mediante bien administradas dosis de suspense. El comenzar “in medias res”, así como el recurso al manuscrito dejado por la desgraciada María, que es leído ante su cadáver aún caliente por Pablo y el sacerdote –recurso que permite soldar con eficacia el pasado y el presente narrativos, alternando la narración en primera persona con la tercera– confieren a la novela

extraordinaria agilidad y viveza. Los finales de los capítulos suelen congelar una acción para, antes de resolverla, dar paso a otra: “Dejémosle caminar por aquellos áridos y desiertos campos –se nos dice de los dos personajes que se dirigen a asesinar a María–, que en el próximo capítulo daremos fin a este acontecimiento interesante” (Cap. XXVI). La sorpresa es otro elemento del que se sirve el novelista para agarrar la atención del lector, como cuando un compinche del malvado Nuño está a punto de apuñalar a María, tras una competición que ha puesto en vilo la compasión de los lectores y, con una técnica que hoy diríamos cinematográfica, un puñal se hunde en el cuerpo del que había alzado el suyo contra María: “Entonces otro puñal, más certeramente dirigido, penetró hasta el corazón de aquel hombre malvado, sin darle lugar a consumir su obra. El arma homicida cayó abandonada en el suelo y él mordió también la tierra que pisaba, revolcándose en su propia sangre” (Cap. XXVII). Se trata de una escena magistralmente resuelta, dramática y dinámica.

En otra ocasión vemos cómo un mismo acontecimiento –la alevosa trama urdida para causar la perdición de la desgraciada esposa del ausente Hernando– es narrado desde dos perspectivas: desde la del narrador omnisciente y objetivo y desde la del manuscrito de María, una vez pasados los acontecimientos, con una técnica contrapuntística de sorprendente modernidad.

El propio Gutiérrez de Alba era consciente de lo –relativamente, claro está– novedoso de su técnica narrativa: “No faltará quien critique –nos dice al principio del capítulo XII– el plan que en esta novelita nos hemos trazado, porque en nada se parece al de ninguna otra, y porque vamos enlazando los hechos que conducen la acción a su desarrollo con los que sólo se refieren a los recuerdos de estos mismos hechos vistos y comentados por María de la manera que a ella le era posible

examinarlos. Y es precisamente aquí donde radica lo novedoso, en estos “mismos hechos vistos y comentados por María de la manera que a ella le era posible examinarlos”, con lo que se produce la alternancia entre la voz del narrador y la de uno de los personajes, siendo esta última voz limitada en su perspectiva, muy cerca del subjetivismo propio de la novela moderna y de la preponderancia del personaje sobre el autor-narrador, que no se dará sino hasta el siglo XX y que Unamuno, por ejemplo, llevaría hasta la “rebelión” misma del personaje contra su creador en su “nivola” *Niebla*.

El estilo de *La Tapada* es sencillo, pero sin los rebuscamientos que lastran otras novelas de este período, como *Cristianos y moriscos* de Estébanez. Un perfecto equilibrio se produce entre narración, descripción y diálogo. El sentimiento de la naturaleza, y la acción vivamente relacionada con los lugares en que sucede, están presentes, pero sin llegar a los extremos de *El señor de Bembibre*, en donde la evocación del paisaje casi sustituye a la materia narrada. Los personajes son simples en su dibujo y en sus motivaciones, sin demasiada complicación psicológica: el malvado Nuño, la leal Juana, el caritativo sacerdote Padre Ernesto que “contra la costumbre de la época, consideraba hermanos a los mismos infieles”, “alma generosa y exenta de la intolerante preocupación de aquel siglo”, el aristocrático y soberbio Don Rodrigo, la bonísima y desgraciada María, que prolonga la desgracia de su padre, Pablo el morisco. Tal vez el personaje de mayor complejidad sea el de Hernando, centro de las contradicciones y del conflicto mismo, que a él primero que a nadie tortura, y sobre el que el novelista se detiene en mayores matices y sutilezas: “... faltaba a Hernando cierta energía de voluntad que no nos será dado desconocer si atendemos a la posición que ocupaba respecto a su padre y a la clase a que desgraciadamente pertenecía la mujer a quien

había consagrado sus amores; que aunque él, de un alma más elevada que la mayor parte de los hombres en aquella época, comprendiera bien que sólo en el corazón y en las virtudes es donde puede hallarse la verdadera nobleza, no podía menos de conformarse y tributar, digámoslo así, cierta veneración a las creencias exageradas y fanáticas admitidas y sancionadas ya por la generalidad” (Cap. X). Pero, en general, la acción domina sobre los caracteres.

El argumento presenta tintes melodramáticos—casi cercanos al folletín, con el amor entre personajes de distinta condición social—, pero resulta en todo momento verosímil y tampoco demasiado truculento para los parámetros de la época (estamos, no se olvide, aún en el Romanticismo). En realidad, lo que Gutiérrez de Alba se propuso—y consiguió del todo— fue revestir un cuento o leyenda tradicional con un ropaje vagamente histórico—aunque sin caer en el anacronismo—, narrándolo de la manera más sugestiva posible y otorgándole un sentido preciso acorde con la ideología—empleando este término en su más amplio sentido— liberal y romántica. Nada más y nada menos. Pero en eso consiste buena parte de la mejor narrativa romántica, entre la que sin suda cabe un puesto destacado—aunque aún no se le haya reconocido del todo por la crítica— a *La Tapada* de José María Gutiérrez de Alba.

La producción novelística de Gutiérrez de Alba

No fue esta la única, aunque sí la primera, novela de su autor. Aún publicaría, en 1859, *La ambición por amor*, con pie de imprenta en México, en donde se

conoce una nueva edición de 1891¹⁰. Ya en Sevilla, donde el escritor se había vuelto a afincar, publica en 1896 su novela *Del cielo a la tierra. Viaje curioso del apóstol San Pedro a este pícaro mundo y sus consecuencias entre los ángeles, entre los diablos y entre los hombres*, de tono humorístico y propósito satírico y didáctico: "...me propongo evidenciar –escribe en el "Conato de Prólogo"– flaquezas humanas en cuanto el hombre califica de progreso, demostrando al par que las obras divinas, incluso el ser humano, aunque parezcan imperfectas a nuestros ojos, tienen todas las condiciones de perfección que necesitan para el medio en que han de vivir y para llegar a los altos fines que el Creador se ha propuesto. Otra de las cosas que deseo probar es la redención por el amor, milagro debido a la mujer humilde y cristiana, cuya santa misión tan olvidada tenemos, según se ve por la educación que le damos".

Su última aportación novelística sería *La política de aldea (Novela con ribetes de historia)*, que aparecería en Sevilla póstumamente, en la emblemática fecha de 1898, un año después de su muerte, aunque fue escrita en Alcalá de Guadaíra en 1891, según consta en la portada. La obra, posiblemente la mejor novela de Gutiérrez de Alba¹¹, resulta prácticamente inencontrable –el único ejemplar que conocemos es el que obra en la biblioteca particular del bibliófilo sevillano D. Alberto Ribelot– y constituye una denuncia del caciquismo –y aquí el viejo Gutiérrez de Alba respira por la herida– de los pequeños pueblos, en sintonía con la novela

10. Debo este y otros datos sobre la narrativa de Gutiérrez de Alba posterior a *La Tapada* a la amabilidad de José Manuel Campos Díaz.

11. Así la consideraba José Cascales Muñoz en su *Sevilla intelectual. Sus escritores y artistas contemporáneos*, Madrid, Suárez, 1896, pp. 127-134.

regeneracionista de la época (recuérdense obras como *Noticias biográficas acerca del Excmo. Sr. Marqués de Mantillo* (1889) de Silverio Lanza, *La conquista del reino de Maya* (1897) y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898) de Ángel Ganivet, o *Mariquita León y El último patriota* –publicadas ambas en 1901– de José Nogales, y con un subido interés como documento histórico y de valor etnográfico.

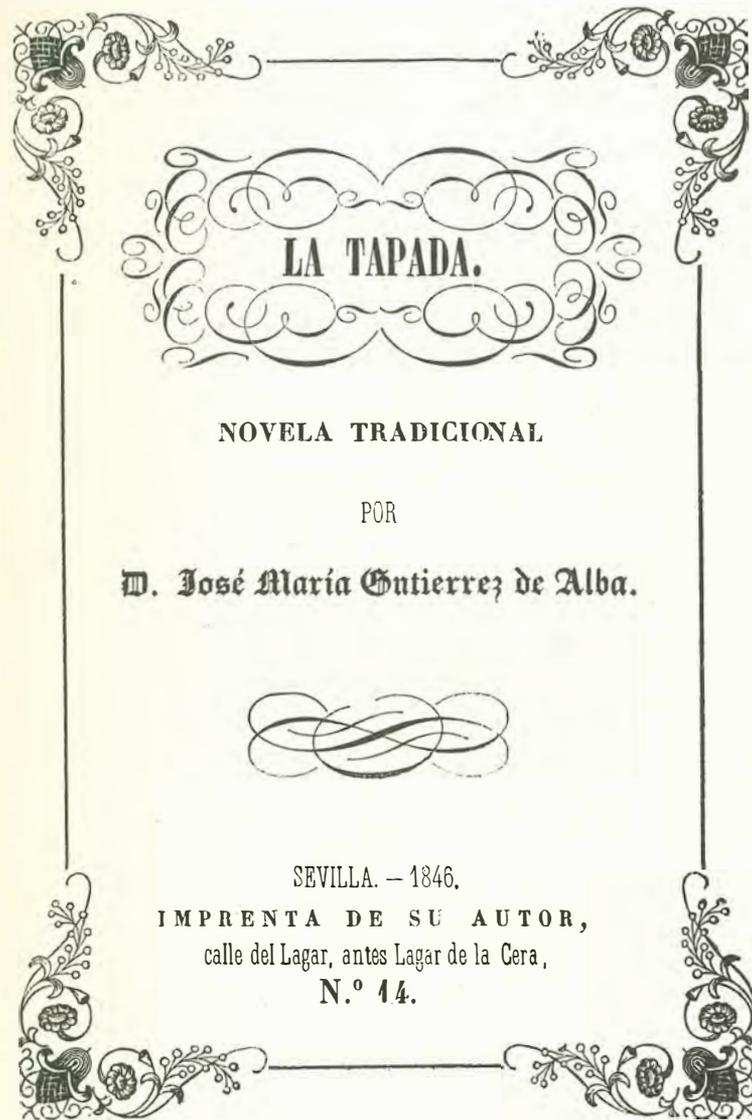
No podemos detenernos aquí como desearíamos en el conjunto de la producción novelística de Gutiérrez de Alba, como tampoco en una valoración general de su obra literaria. Su figura está necesitando con urgencia estudio detenido y riguroso, en las múltiples facetas de su ingenio, y con satisfacción y esperanza registramos que al fin se haya emprendido. Séanos permitido concluir con las palabras de Leonardo Romero Tobar con que cerrábamos nuestra introducción a la edición de 1984: "La historia *real* de la novela decimonónica está aún por escribir y, mientras no se aclaren muchas cuestiones secundarias o monográficas, toda la bibliografía crítica referente a ella será simplemente materia provisional"¹². Palabras que, nos parece, y a pesar del tiempo transcurrido, constituyen un buen colofón –y una oportuna llamada de atención– para esta nueva salida de *La Tapada*, ahora que se cumplen los cien años de la muerte de su autor.

Enrique Baltanás

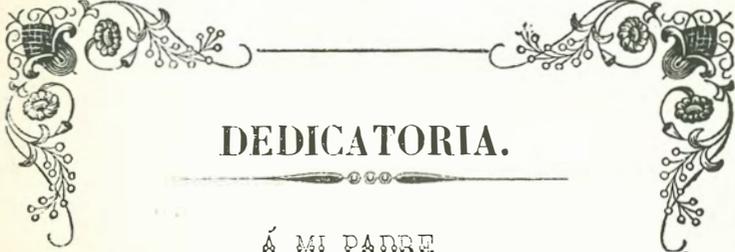
12. Leonardo Romero Tobar. *La novela popular española del siglo XIX*, cit., p. 31.

LA PRESENTE EDICIÓN

Es reproducción facsímil de la príncipe, según el ejemplar conservado en la Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla con la signatura 8/3380, aun cuando se haya ampliado la mancha tipográfica en relación al original volumen en octavo. Después de la príncipe, la única edición de la novela ha sido la que yo mismo realicé en 1984 y que he citado en el prólogo.



LA TAPADA.



DEDICATORIA.

Á MI PADRE.

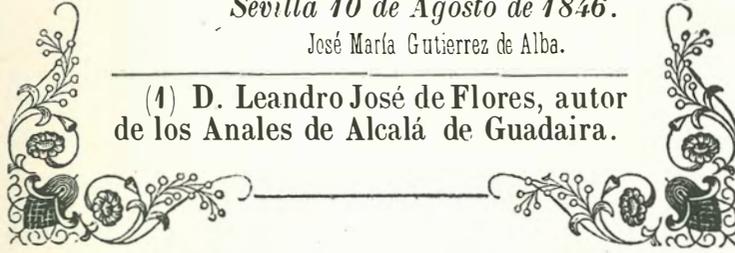
QUERIDO PADRE: *esta pequeña novellita, inspirada por los gratos recuerdos de esa ribera encantadora, que me vió nacer, y donde tan agradablemente he pasado los primeros años de mi vida, es el primer tributo de gratitud, que ofrezco á la memoria de mi Patria; pequeño es en verdad; pero si un dia, como uno de sus hijos predilectos, (1) pudiere ofrecerle otro, que sea digno de ella, mi mayor gloria será el haber dedicado á V. en estas cortas lineas el fruto del primer trabajo, que dedico á sus recuerdos.*

Recíbalo V. como una pequeña ofrenda de mi cariño, en premio de los muchos desvelos que á mi educacion ha consagrado.

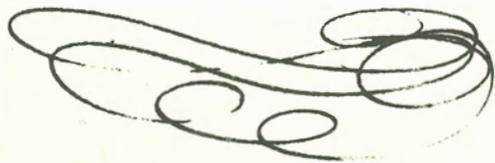
Sevilla 10 de Agosto de 1846.

José María Gutierrez de Alba.

(1) D. Leandro José de Flores, autor de los Anales de Alcalá de Guadaira.



*Esta obra es propiedad de su autor;
y para sus efectos rubricará todos los
ejemplares.*





CAPITULO I.

La Caridad y la Virtud.

ERA una fría mañana de diciembre de 1285. Los primeros reflejos de un sol rojizo y opaco brillaban débilmente sobre la blanca escarcha, que en la noche anterior había sido abundantísima.

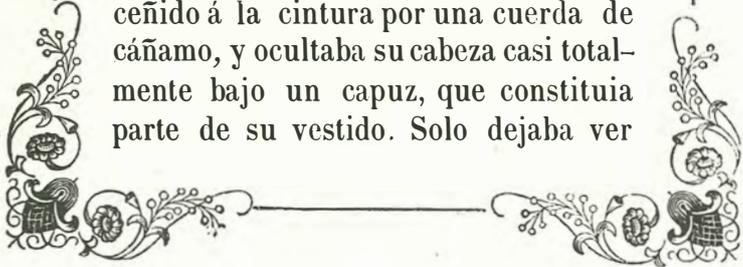
Un venerable sacerdote y un anciano respetable trepaban por la ladera de un escarpado monte, que dá vista á la hermosa villa de Alcalá de Guadaira, dejando á la izquierda el pequeño rio, de que toma el nombre.

Este monte, que hoy se conoce por el del Calvario, está cortado por la naturaleza casi perpendicularmente por el lado del Noroeste. Una fértil colina se extiende entre él y el Guadaira, en cuyas aguas va á morir en un pequeño declive.

Multitud de árboles silvestres adornaban por este lado la ribera, antes que la mano del hombre hubiera venido á modificar los hermosos caprichos de la sabia naturaleza.

Al pié de la cortadura del monte habia una cueva, la cual aun no está del todo destruida, y á ella dirijian sus pasos los dos personajes, de que hemos hablado anteriormente.

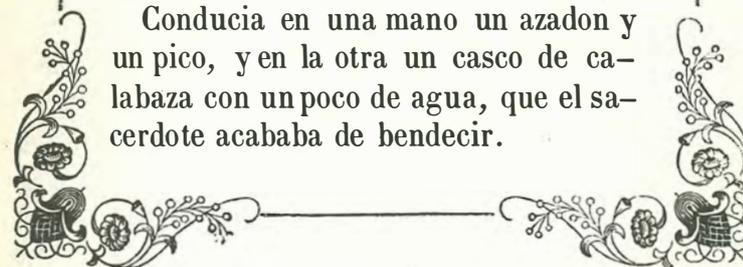
El sacerdote, hombre ya de 60 años, cubria su cuerpo con un tosco sayal ceñido á la cintura por una cuerda de cáñamo, y ocultaba su cabeza casi totalmente bajo un capuz, que constituia parte de su vestido. Solo dejaba ver



unos ojos penetrantes, aunque lánguidos, y una lengua y blanca barba, que le caia sobre el pecho, en la cual se notaban algunas gotas de rocío casi heladas por el frío de la mañana. En una de sus enflaquecidas manos llevaba un libro de los santos evangelios, y en la otra una tosca cruz elaborada de dos pequeños troncos de árboles. Sus pies estaban desnudos, y con la frialdad del hielo que pisaba, parecia que iban á brotar sangre.

El anciano, que le acompañaba, iba embozado en un capoton gris: dos pedazos de cuero de buey, ceñidos con cuerdas hechas de palmas, cubrian sus pies hasta la mitad de la pierna, y en su cabeza llevaba una enorme gorra de piel de liebre.

Conducia en una mano un azadon y un pico, y en la otra un casco de calabaza con un poco de agua, que el sacerdote acababa de bendecir.



Por largo rato habian caminado en silencio, porque el frio no les permitía hablar con libertad.

Ya iban llegando cerca de la cueva; cuando el anciano esclamó con una voz entrecortada:

—Padre: ¿habrá muerto ya?

—No será extraño. La noche ha estado cruel.

—¡Pobrecita!

—Tantos años de penitencia son un mérito grande á los ojos de un Dios de bondad y misericordia. Si ya ha muerto, sin duda estará en la mansion de los justos.

—Pero es una mujer tan misteriosa, que se irá al otro mundo, sin querer descubrir ni quien es, ni de donde ha venido. Es mucha manía. En quince años que ha habitado esa cueva, no hay un alma viviente que haya podido verle la cara: á no ser que vos se la hayais visto.

Al concluir el anciano estas palabras

ya habian llegado á la puerta de la cueva. Esta era poco profunda, y en su interior se notaban varios objetos, que vamos á describir. En primer lugar, sobre algunos manojos de juncos secos estaba tendida una mujer, que aun se conocia que habia sido hermosa. Tenia por cabecera una piedra de figura irregular, y al rededor de ella se notaban algunos puñados de heno, que algun tiempo habrian servido de moderar su dureza. Esta mujer estaba cubierta de un sayo y un manto de lana negros, y sus brazos y pies estaban desnudos. Parte de su rostro ocultaban algunas madejas de su negro cabello, que iban á perderse entre el manto, despues de haber velado el contorno de una garganta blanca como la nieve. Sus grandes ojos cerrados, cuyas pestañas negras y espesas cubrian todo el párpado inferior, sus mejillas pálidas y sus lábios morados como el lirio hu-

bieran hecho creer, que ya había muerto, si no se notaran en su pecho algunas palpitaciones de su corazón.

En uno de los ángulos de la cueva había un pequeño agujero, practicado en la misma piedra, en cuyo fondo se ocultaba un pequeño crucifijo, adornado con unos cuantos ramitos de flores silvestres. El interior era un hermoso bosquecito formado de plantas aromáticas, donde el tomillo, el romero y el cantueso despedían una fragancia embelesadora. Debajo de este nicho había otro un poco mas pequeño, cuya puerta estaba cerrada con una piedra, que se ajustaba á ella casi herméticamente. En un rincón un vaso de barro toscamente labrado contenía un manojo de mimbres salpicados de sangre, y en el opuesto aun quedaban indicios de algún fuego, mucho antes estinguido.

Esto y nada mas contenía la cueva de que vamos hablando. Los dos persona-

jes, que se habían introducido, contemplaban con asombro aquel misterioso cuadro, donde lo mas risueño de la naturaleza luchaba con lo mas espantoso de la miseria humana.

La tosca cruz, que el sacerdote condujera, permanecía fuera de la cueva, arrojada á la misma roca; y al pie de la cruz estaban los instrumentos destinados á elaborar una tumba.

Aquellos dos hombres, semejantes á dos espíritus benéficos, endulzaban con su presencia los últimos momentos de una mujer penitente, y parecían destinados á recoger su postrer aliento, para transmitir aquella alma purificada al seno de su creador.

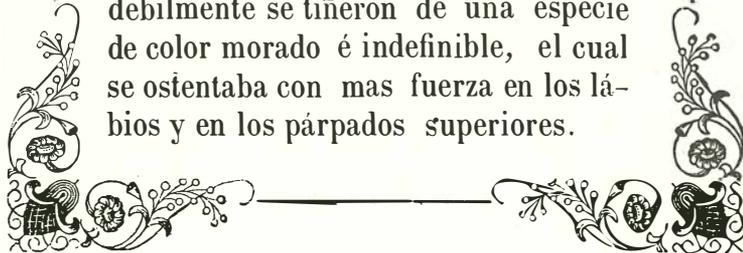
Á este tiempo los grandes y hermosos ojos de aquella mujer moribunda principiaron á entreabrirse. Ella quería reconcentrar en sus párpados el resto de fuerzas que le quedaban; pero en vano. La intensidad de la fiebre do-

minaba todo su mecanismo, y cuantos esfuerzos hacía eran enteramente inútiles.

En vano quería mirar por última vez aquellos objetos tristemente agradables, que en el transcurso de quince años le habían hecho constantemente compañía. Ni aun podía dar el último adiós á unos objetos tan queridos.

¡Triste mujer! Sus ojos querían ver; sus labios querían pronunciar algunas palabras; su mano quería señalar á un lugar determinado; su corazón quería descargarse del peso de un secreto; pero su debilidad no se lo permitía.

De repente notaron que sus palpitaciones se hicieron mas violentas. Su pecho se elevaba sensiblemente á cada palpacion. Sus mejillas aunque debilmente se tiñeron de una especie de color morado é indefinible, el cual se ostentaba con mas fuerza en los labios y en los párpados superiores.

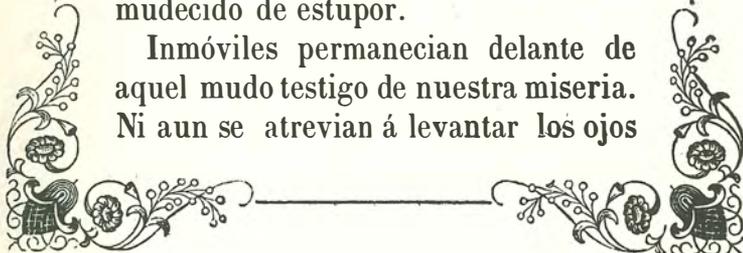


El sacerdote y el anciano lloraban...

Á aquellos terribles síntomas se siguió una convulsion momentánea que estremeció todo su cuerpo... Su mano derecha se levantó del suelo hasta la altura de un pie. Por un instante permaneció estendida hácia el ángulo donde estaban los nichos... En el mismo lugar se fijaron sus ojos abiertos de una manera, que conmovian espantosamente... Sus labios ecsalaron un profundo y doloroso suspiro... Luego la mano cayó hasta el suelo impelida de su misma gravedad... Sus ojos y sus labios se cerraron pausadamente.... El movimiento de sus nervios fué estinguiéndose poco á poco... un momento despues, todo estaba en silencio.

El sacerdote y el anciano habían enmudecido de estupor.

Inmóviles permanecían delante de aquel mudo testigo de nuestra miseria. Ni aun se atrevían á levantar los ojos



del lugar, en que los habian fijado. ¡Tan grande era su consternacion!

Cualquiera los hubiera creido dos estátuas levantadas al lado de un sepulcro, representando las sublimes alegorías de la religion y la virtud.

La quietud solemne de aquella escena maravillosamente patética fué turbada por el sacerdote, que acercándose á aquel ser inanimado, tomó una de sus manos heladas entre las suyas, que estaban poco menos.

Buscó luego entre las arterias de aquel brazo descarnado unas pulsaciones que ya no ecsistian. Volvió segunda y tercera vez á hacer la misma investigacion; pero fué en vano. La sangre ya no circulaba por aquellas venas.

Todavía, como llevado de alguna esperanza, tomó un reluciente crucifijo de metal, que pendia de su cintura; lo refregó varias veces por la manga de su vestido, hasta ponerlo sumamente bri-

llante... Despues lo acercó á la boca de aquel cuerpo ya sin vida... Miró luego con atencion.... La brillantéz del metal no se habia empañado... Un cadáver no tiene aliento.

El virtuoso sacerdote ecsaló un suspiro casi ahogado por la fuerza del dolor, y luego, volviendo á mirar al hombre, que le acompañaba: No ecsiste, exclamó... Ya no hay remedio. La sangre se ha helado en sus venas.

¡No hay remedio!... murmuró el anciano; y al hacer esta exclamacion, asomaron á sus ojos dos gruesas lágrimas.

El sacerdote abrió entonces el libro que llevaba en la mano; recitó por lo bajo algunas oraciones, y por último roció de agua bendita aquella cavernosa estancia.

Luego mirando al anciano con la espresion del mas vivo sentimiento, exclamó.

—Hermano: consumemos la obra.

Ambos se separaron un poco de la puerta de la cueva. El anciano tendió su vista á uno y otro lado... Despues se dirigió con paso vacilante hácia la ladera del monte, y al pie de un granado silvestre principi6 á abrir la sepultura.

Á cada golpe del azadon su cuerpo todo se estremecia, como si pasara por sus n6rvios una corriente eléctrica.

Al dar los primeros golpes, sus manos entumecidas por el frio apenas podian levantar aquel grosero y pesado instrumento; pero luego que sus at6ridos miembros fueron tomando calor y flecsibilidad, á favor del movimiento, continuaba su tarea con menos fatiga y mas prócsimos resultados.

¡Qué espectáculo tan sorprendente! Á la tibia claridad de un sol naciente, escondido entre inmensos celajes; cubierto el cielo de lijeras nubes de color de púrpura; alfombrado el suelo por una capa de blanca y abundante escar-

cha; á un lado la mansa corriente del cristalino Guadaira; al otro un escarpado monte, cuyos riscos albergaban los yertos despojos de una mujer hermosa y desgraciada; entre el monte y el rio dos hombres agoviados por una multitud de años cavando una sepultura al pie de un granado silvestre... la naturaleza toda en silencio, interrumpido apenas por los compasados golpes de un azadon, movido por las trémulas manos de un anciano venerable... ¡Qué grande, que portentoso era este cuadro, donde solo resaltaban la imagen espantosa de la muerte y el tipo sublime de la caridad evanjélica.

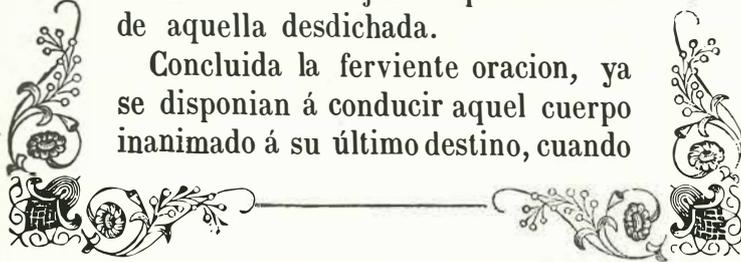
Aquella tierra, movida por la primera vez, oponia una obstinada resistencia á la fuerte debilidad de un brazo falto ya de vigor. Las piedras encadenadas entre sí eran otro obstáculo difícil de vencer para aquellas fuerzas casi agotadas. El sacerdote de cuando en cuan-

do ayudaba á su incansable compañero á levantar las mas pesadas piedras, cuya carga les obligaba á descansar, despues de haber logrado estraerlas de la sepultura. Entonces se veian rodar por sus mejillas algunas gotas de sudor que, desprendidas hasta lo interior del hoyo, parecian destinadas á ablandar aquel suelo virgen todavia.

A costa de paciencia y de trabajo lograron poner término á su penosa tarea, y al cabo de una hora, ya habia una tumba mas para un cadáver que sobraba sobre la tierra.

Dirijiéronse luego á la cueva. El sacerdote cubrió el rostro ya frio de la mujer, que habia espirado, con el mismo manto, que ella tenia, y luego arrodillados oraron juntos por el alma de aquella desdichada.

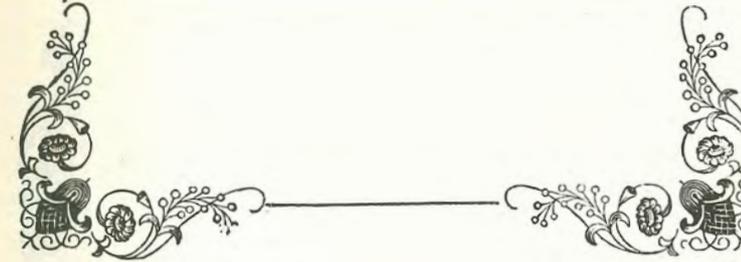
Concluida la ferviente oracion, ya se disponian á conducir aquel cuerpo inanimado á su último destino, cuando



repararon en la piedra, que cerraba uno de los agujeros ya mencionados. Apenas la sacaron de su lugar, vieron en el fondo del nicho un rollo de pergaminos bastante voluminoso, y en el que le servia de cubierta leyeron un renglon escrito con sangre, que decia asi:

Leed: aquí está escrita la verdad.

Llenos de una justa admiracion, y llevados al mismo tiempo del deseo de descubrir el misterioso velo, que habia encubierto la ecsistencia de aquella mujer, el sacerdote los desenrolló, y sentados á la puerta de la cueva, y vuelto el rostro hacia el cadáver de la penitente, comenzaron la lectura de aquellos fatales documentos, concebidos en la forma siguiente.



CAPÍTULO II.

Quince años há.



¡H! qué recuerdo! ¡*Quince años há!!!* Mi vida era una série de placeres, cuya calma no se habia interrumpido. Todas las noches bajo este mismo cielo una madre amorosa me dormia entre sus brazos. ¡Pobre madre mia! La voz de su corazon aun resuena en mi pecho; pero ¡ay! de qué manera tan diferente!... Entonces se despertaban en mi alma las mas tiernas emociones, por que el anjel de la felicidad rodeaba nuestra humilde morada.... Ahora so-

lo es para mí el eco desgarrador de una madre aflijida, que reconviene á su hija por una falta, cuyas consecuencias han sido horriblemente funestas.

¡Cuantas veces, al posar sus lábios sobre mi frente, la oí esclamar con un acento de indecible ternura: «Hija mia: tú serás desgraciada, por que eres muy hermosa.» Y á esta exclamacion, repetida algunos dias mas de cien veces, las lágrimas brotaban de sus ojos y venian á caer sobre mi pecho. ¡Oh, qué lágrimas! Aun las siento sobre mi corazon. Eran de fuego, por que ellas me abrasaban. Yo corria presurosa á enjugarlas; y como entonces no comprendia lo inmenso del cariño maternal, me parecia extraño aquel llanto, hijo tal vez de un horrible presentimiento.

No llores, madre mia, no llores, le decia yo, ajitada por un sentimiento, hasta entonces desconocido. No

llores, no, yo estoy á tu lado, yo te amo como á mi vida. No llores, por que tus lágrimas me hacen un daño terrible. Mira: al caer en mi seno me queman, como si fueran de fuego; y en efecto, el lugar, por donde ellas pasaban, se teñía aunque lijeramente de un color rosado, que resaltaba admirablemente sobre la blancura de mis carnes; por que entonces, pobre niña de doce años, parecia que la extraordinaria sensibilidad de mi alma comenzaba á dejarse sentir por la delicadeza de mis formas; que bien puede permitirse hablar de esta manera, pues cuando estas líneas lleguen á ser leidas, ya no tendré de qué ruborizarme.

Al trazar aqui una breve noticia de mi vida, siento que las fuerzas me abandonan y el corazon se me desgarrara, cuando á mi memoria se presenta la imágen de otros tiempos;... pero sin embargo, es necesario. Alguna vez de-

jaré de ecsistir. Quizas este momento esta ya cerca, y entonces... no quiero dejar corrido el velo, que por espacio de quince años ha encubierto mi vida misteriosa.

El cielo sabe con cuanto dolor he devorado en silencio las penas, que me ajitan. En tanto tiempo solo una mujer, tambien desgraciada, ha venido á mezclar con las mias sus lágrimas en la oscuridad de la noche. Á ella entregaré este escrito, única cosa que habré poseido en el mundo. Tal vez algun dia llegará Hernando á tener noticia de mi ecsistencia, y acaso una lágrima se desprenderá de sus ojos consagrada á mi triste memoria

Mi nombre es Maria: mi patria esa pequeña poblacion, cuyos muros pasa besando el manso Guadaira.

Al oir estas palabras, el anciano principió á escuchar con una atencion, que

demostraba un interés mas grande que el de una mera curiosidad. El sacerdote á su vez hizo tambien un movimiento de sorpresa y luego continuó:

«Mis padres, pobres aunque honrados, se esmeraron en mi educacion, cuanto les era posible en el estado, á que los habia reducido su mala ventura; porque descendientes de una familia morisca, llevaban en su frente la ominosa marca, con que nuestra pobre raza es distinguida.»

El anciano dejó escapar un profundo suspiro mal reprimido y pronunció con voz balbuciente algunas sílabas, que llamaron la atencion del sacerdote; el cual levantó la cabeza, y al mirar que las mejillas del pobre anciano estaban humedecidas, ¿Qué teneis, amigo mio, le preguntó? ¿Cual es la causa de ese momentaneo enternecimiento? Ese llanto....

El viejo no contestó una sola pala-

bra: levantóse precipitado, y corriendo al cadáver, que aun permanecia dentro de la cueva, levantó con avidéz el manto, que le cubria el rostro, y despues de haberlo contemplado algunos momentos, elevó al cielo sus manos, y con un acento imposible de expresar exclamó: Bendito seais, Dios mio: no es ella, no es ella.

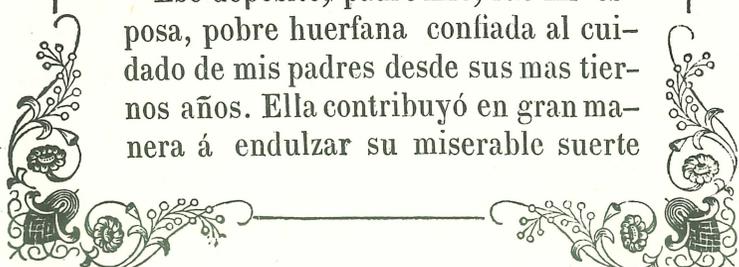
¿Qué decis? ¿De quien hablais? preguntó conmovido el sacerdote. Entonces el anciano, tomando una de sus manos venerables y acercándola á sus labios, venid, le dijo, venid, ministro del Señor: tengo necesidad del grato consuelo que en vosotros ha depositado el Dios de las bondades.

Esa religion sublime, que vos me habeis enseñado, ha sido para mí un bálsamo precioso, que si bien no ha podido del todo cicatrizar las profundas heridas abiertas en mi corazon, á lo menos ha mitigado sus dolores.

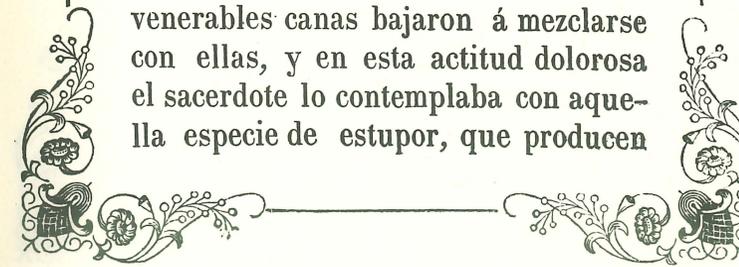
Quince años de una lucha continua, horrorosa como las penas del infierno que vos me pintais, no han sido bastantes á hacerme vacilar un punto en la fé ciega, que á su divinidad consagra mi alma.

He sido vilipendiado, ultrajado, por que mis padres profesaron una religion heredada de los suyos. Las tierras que poseian fueron repartidas entre los cristianos, que vinieron á ocuparlas, y ellos, ¡pobrecitos! murieron rodeados de miseria, sin mas apoyo que el de su hijo. Yo les cerré los ojos, y á su muerte me confiaron un depósito sagrado, que conservé cuidadosamente hasta que nuestra desgracia me lo arrebató, para no volver jamas á verlo.

Ese depósito, padre mio, fué mi esposa, pobre huerfana confiada al cuidado de mis padres desde sus mas tiernos años. Ella contribuyó en gran manera á endulzar su miserable suerte



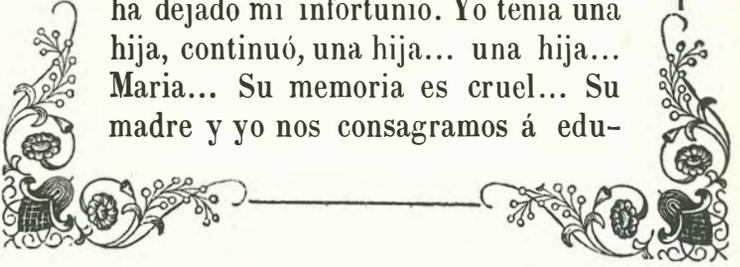
y despues, como vos sabeis, fué mi angel tutelar, mientras el cielo me permitió dividir con ella mis penas y mis goces. Vos luego, compadecido de nuestra suerte, nos enseñasteis á conocer un Dios verdadero, que premia al justo y castiga al culpable. Consolidasteis nuestra union, dando el nombre de matrimonio al lazo, con que nos unisteis para siempre delante del Eterno. Pues bien: de esta union felicísima el cielo nos concedió una hija, á quien tambien bautizasteis en nombre del Señor, aplicándole el de Maria. ¡Ah, permitidme derramar una lágrima: que mi corazon se desahogue.... Necesito llorar.... Y cubriendo sus ojos con las manos, permaneció por algunos instantes con la frente inclinada al suelo. Sus venerables canas bajaron á mezclarse con ellas, y en esta actitud dolorosa el sacerdote lo contemplaba con aquella especie de estupor, que producen



las tiernas escenas que tanto hieren el alma.

Hermano mio, le replicó el ministro del Señor, levantándole la cabeza con la mas tierna solicitud; no os dejeis abatir por la desgracia. El Dios omnipotente, para premiar al justo, necesita probarle; y su galardón será tanto mayor, cuanto lo hayan sido sus padecimientos. Seguid, continuó, pobre anciano, seguid vuestra narración con la cristiana resignación que la habeis comenzado. Vuestras penas me enternecen, y tal vez vos mismo hallareis un consuelo al referirlas.

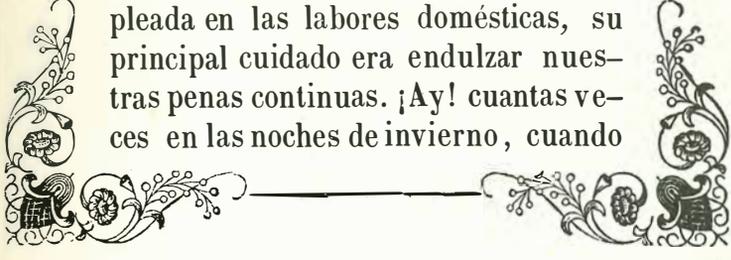
Si, padre mio: mucha resignación he necesitado, mucho valor, mucha esperanza, para que el dolor no me haya arrebatado el resto de vida, que me ha dejado mi infortunio. Yo tenia una hija, continuó, una hija... una hija... Maria... Su memoria es cruel... Su madre y yo nos consagramos á edu-



carla con los desvelos mas incesantes. Fundábamos en ella nuestra ventura con la esperanza de que algún dia, al dejar este mundo, encontraríamos quien cerrase nuestros cansados ojos, para entregarlos al reposo eterno.

Ella era hermosa, como la mas hermosa flor de esta rivera; pura, como el ambiente de estos valles; amorosa y tímida, como los tiernos corderillos, que pacen en las colinas de estos fértiles campos. Ni un solo momento se separaba de su madre, y era tanto el cariño que las unia, que mas que dos seres diferentes, parecian la sombra una de la otra.

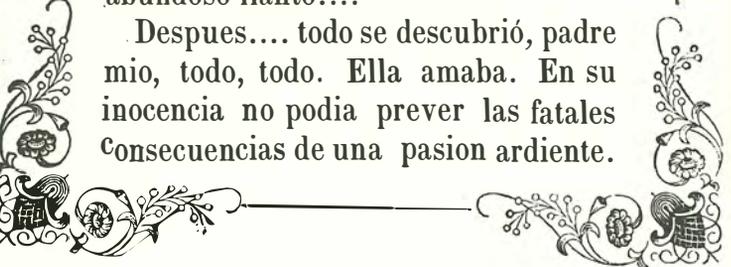
Así pasó su juventud, tierna niña rodeada de las caricias de sus padres, y envidiada de cuantos la conocian. Empleada en las labores domésticas, su principal cuidado era endulzar nuestras penas continuas. ¡Ay! cuantas veces en las noches de invierno, cuando



cansado del trabajo del dia, regresaba á mi pobre albergue, ella salia á recibirme, y afectuosa me conducía por la mano hasta el hogar, donde una consoladora lumbre encendida por ella y su madre me aguardaba, para secar mis empapadas ropas.

Aun no habia cumplido quince años, cuando sus ojos principiaron á nublar-se. Un aspecto melancólico sustituyó á su acostumbrada alegría. De improviso se le vió amar la soledad, y ya recibia casi con indiferencia las tiernas caricias de su madre. ¡Cuál seria nuestro dolor, cuando, al verla en este estado, le preguntabamos la causa de su abatimiento, y solo era su contestacion un suspiro ahogado, seguido de un abundoso llanto....

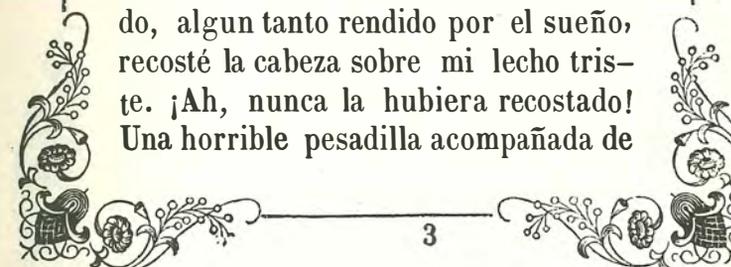
Despues.... todo se descubrió, padre mio, todo, todo. Ella amaba. En su inocencia no podia prever las fatales consecuencias de una pasion ardiente.



Si, ella amaba, y con su amor frenético nos cubrió de luto para siempre. ¡Oh, sacerdote venerable: el dolor me ahoga, y no sé, si tendré valor suficiente para seguir la historia de mi desgracia.

Habian pasado apenas tres meses, cuando una noche ¡noche fatal! ella era oscura y lluviosa.... A poco de haber anochecido se despidió de sus padres con lágrimas en los ojos mas abundantes que de continuo. Su madre la acompañó hasta su aposento, y yo me quede en el mio como de costumbre; pero una inquietud mortal no me permitia un momento de sosiego. Levantéme bastante fatigado, y arrodillado ante un crucifijo, oré largo tiempo por la felicidad de mi pobre Maria.

Ya era cerca de media noche cuando, algun tanto rendido por el sueño, recosté la cabeza sobre mi lecho triste. ¡Ah, nunca la hubiera recostado! Una horrible pesadilla acompañada de

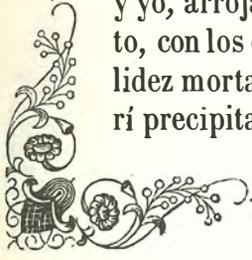


visiones fantásticas y extravagantes se apoderó completamente de mi cerebro. Soñé, que un fiero mónstruo de una figura colosal, de ojos centellantes, cubierto el cuerpo de negras y lucientes escamas y despidiendo un torrente de fuego por su desmesurada boca, se acercaba á la ventana del aposento de mi hija. Apenas habia llegado, levantó su gigante cabeza, batió unas pequeñas alas, que de especie de brazos le servian, y á este movimiento llenó el aire de un acento dulcísimo, con el cual se embriagaban los sentidos. Yo no cesaba de revolverme en el lecho: mi cuerpo todo se movia, como ajitado por una convulsion violenta: un copioso y frio sudor me bañaba, y aun en medio de esta agitacion febril, yo tambien sentí adormecerme.

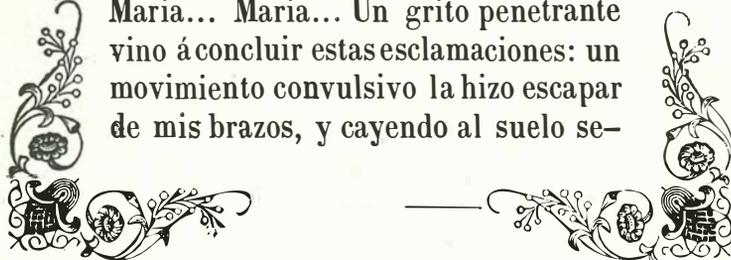
Al canto seductor de aquella horrible sirena yo vi á mi hija incorporarse en su cama, pasarse las manos por su

abrasada frente, y echar sobre la espalda su negra y luciente cabellera. Su seno virjinal estaba desnudo y se elevaba de tal manera á su fatigada respiracion, que parecia querer encerrar dentro de si toda la atmosfera, que le rodeaba. Aquel acento encantador cada vez se hacia mas penetrante. Los ojos de mi pobre Maria languidecieron, su cabeza cayó pausadamente sobre sus hombros, tendió sus manos hacia el lugar, en que el eco se escuchaba, y elevándose en el aire como un espíritu celestial, salió como evaporada por la reja, y el mónstruo la arrebató, lanzándose con ella á la region del viento.

En este instante un grito agudo penetró en mis oidos. La vision fantástica, que me ofuscaba, huyó precipitada, y yo, arrojándome fuera de mi aposento, con los ojos desencajados y una palidez mortal marcada en el rostro, corrí precipitado hacia el lugar, en que los

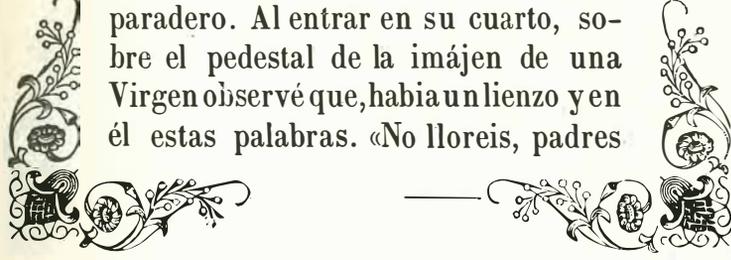


ayes se escuchaban. ¡Oh! Al llegar á la puerta, fijé la vista en un objeto, que yacía inmovil en el suelo. Me acerco... y era miesposa... Al levantarla, sentí que su cuerpo estaba frio como un cadáver: de una herida profunda, que tenia en la cabeza, corria la sangre en abundancia, inundando todo su cuerpo... ¡Figuraos, padre mio, cual seria mi dolor! Al limpiarle la sangre con mi pañuelo, llamé varias veces á mi hija, para que me ayudase á socorrer á su pobre madre. Al escuchar esta su nombre, se incorporó como electrizada, y mirando hacia la puerta, que al campo conducia, y señalando al mismo tiempo con ambas manos, exclamó con un acento desgarrador: «Mi hija...por allí... la llevan... ¡Ah.... vuelve... Maria... Maria... Un grito penetrante vino á concluir estas exclamaciones: un movimiento convulsivo la hizo escapar de mis brazos, y cayendo al suelo se-



gunda vez principió á maltratarse horriblemente. En vano pretendia yo sujetar sus violentas sacudidas, porque las fuerzas, que la fiebre le daba, eran muy superiores á las mias.

Solo, sin tener un amparo en mi desgracia, con una mujer espirando entre mis brazos, con la seguridad de haberse realizado mi vision funesta, caí en un completo delirio. Abandoné á mi esposa sobre el lecho del dolor, en que yacia, y como un demente corrí y recorri toda la casa en busca de mi hija; pero en vano: las puertas que daban al campo estaban de par en par abiertas. Salí, y despues de haber andado errante, sin direccion alguna toda la noche, volví al rayar el dia, sin haber adquirido noticia alguna de su paradero. Al entrar en su cuarto, sobre el pedestal de la imájen de una Virgen observé que, habia un lienzo y en él estas palabras. «No lloreis, padres



mios: hoy me ausento con el que mañana será mi esposo. No he podido resistir á mi pasion.»

Al ver tanta iniquidad, deshice entre mis manos aquella horrible prueba de mi deshonor, llegando en mi delirio á impetrar para ella la maldicion del cielo

En fin, padre mio, á qué recordar tantas horas de llanto y de amargura. Solo os diré que, al tercer dia de padecimientos, mi infeliz esposa espiró entre los mas crueles dolores, mi hija desapareció para siempre. Desde entonces ni un solo dia he dejado de derramar una lágrima sobre la tumba de mi desgraciada compañera, rogando al Ser Supremo por la felicidad de mi desventurada hija.

Asi concluyó el anciano, la relacion de sus desgracias. El sacerdote se esforzó, cuanto pudo, en consolarlo, y despues de haber logrado tranquilizar

algun tanto su espíritu, continuó la lectura, anteriormente comenzada, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

La tempestad.

L anciano escuchaba con avidez, mientras el sacerdote siguió leyendo de esta manera.

«Los años de mi juventud fueron dichosos; porque entonces yo no conocia otra felicidad que la quietud, que me ofreciera el hogar paterno. Las tiernas caricias de mi adorada madre formaron en mí un carácter amoroso y sensible, y las desgracias, de que cadadia se lamentaban, le dieron á la vez cierta dulce me-

lancolía, que me obligaba á enterne-
cerme por las causas mas frívolas.

Con este carácter, pura, inocente,
sencilla, pasaron de mi vida los cator-
ce primeros años, sin que en todo el
transcurso de ellos hubiera pensado
una sola vez en mi ecsistencia. Lo pa-
sado no me atormentaba, porque ya lo
había echado en olvido; miraba lo pre-
sente con indiferencia y ni aun siquie-
ra un solo instante había llevado mi
pensamiento al porvenir.

Pero mi suerte me guardaba en re-
compensa de esta dulce tranquilidad,
largos años de dolor inmenso, que á
mi pesar me han hecho comprender lo
mucho que cuesta una resolucion abra-
zada, sin escuchar otra voz que la de
las pasiones.

Un accidente imprevisto vino á tur-
bar la calma de mi pecho, cuando esta-
ba mas desapercibida.

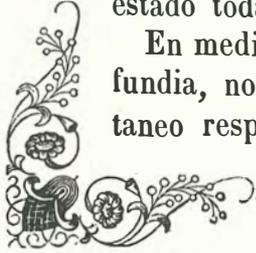
Era un dia de otoño: el sol había

avanzado dos terceras partes de su car-
rera, y un cielo puro y despejado con-
vidaba á gozar de la fresca brisa
de la tarde. La tierna yerbecilla prin-
cipiaba á matizar los campos, y las pe-
queñas y olorosas flores propias de es-
ta estacion, en que la naturaleza toda
se renueva, se veían ondear blanda-
mente sobre sus verdes tallos, movidas
por el soplo benéfico de un aire puro,
agradable y consolador. En aquella
tarde salí yo con otras compañeras de
mi misma edad por la orilla del rio,
en busca de algunas florecillas, con
que solíamos adornar nuestras cabe-
zas en los pueriles juegos de la in-
fancia. Sin cuidarnos de que la noche
se acercaba, caminamos largo tiempo,
no pensando siquiera en que teníamos
que volver á nuestras casas.

La sombra de los corpulentos ála-
mos de la ribera avanzaba hácia la
cumbre de los montes, y el sol comen-

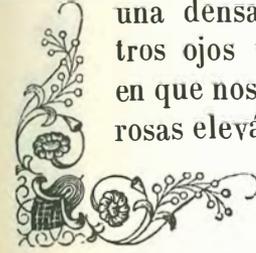
zaba á esconder su amortiguada lum-
bre entre unos negros y espesos nu-
barrones, que en el lejano horizonte
se asomaban. La brisa de la tarde prin-
cipió á cambiarse en un viento frio y
desapacible, y el movimiento de las
ojas en los apiñados árboles se aseme-
jaba al sordo ruido de una tempestad
lejana. Los tiernos pajarillos revolotea-
ban inquietos entre el ramaje, como
si no se creyesen seguros. Su canto
era monótono y triste, y el graznido de
las cornejas, que de cuando en cuando
se escuchaba, aumentaba la tristeza de
aquella melancólica armonia. A la par
que las nubes abanzaban, el viento se
hacia sentir con mas violencia pare-
ciendo que la naturaleza se desperta-
ba del sueño pacífico, en que habia
estado toda la tarde.

En medio de la oscuridad que se di-
fundia, notábase á lo lejos el momen-
taneo resplandor de los relámpagos

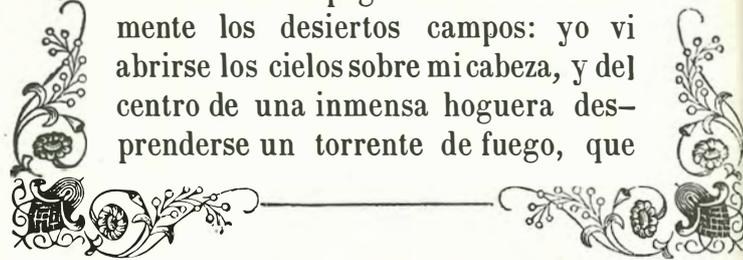


que, cruzando al travez de las cen-
cientas nubes, iluminaban por aquel
lado el horizonte con una luz rojiza, de-
jando ver mas claramente las capricho-
sas figuras, que en sus grupos iban
formando.

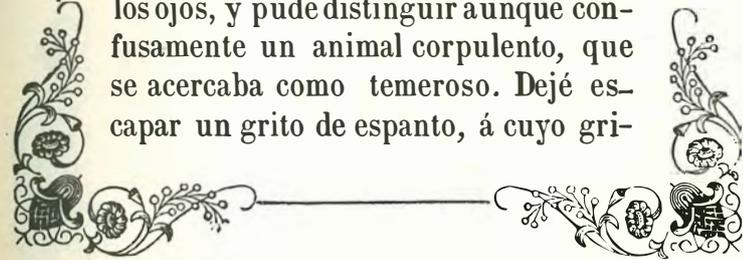
Arreció el viento, y las espesas nu-
bes volaron sobre nuestras cabezas con
una velocidad prodijiosa. Mis compa-
ñeras y yo, sobrecojidas de espanto,
corrimos presurosas hacia nuestras ca-
sas, creyendo evitar de esta manera los
horrores de la tempestad, que tan de
cerca nos amenazaba; pero fué en va-
no: gruesas y espesas gotas de un agua
fria como la nieve principiaron á caer
de improviso, y á los pocos momentos
un inmenso torrente nos inundaba. Era
tanta la fuerza de la lluvia, que como
una densa niebla no permitia á nues-
tros ojos penetrar mas allá del sitio,
en que nos hallábamos. Tristes y llo-
rosas elevábamos al cielo nuestras ma-



necitas, demandando en ferviente plegaria algun consuelo á nuestra afliccion; pero ¡ai! que el cielo no escuchaba nuestros lamentos, porque allí debia principiarse la tremenda prueba, á que los altos juicios del Señor me habian sometido. Tanto era el pavor, que la tempestad nos infundia que, buscando recursos en nuestra propia debilidad, corriamos, á cual mas podia, sin cuidarse ninguna de las demas compañeras. Yo, mas débil que todas ellas, no pudiendo seguir la carrera con la misma celeridad, las vi desaparecer ante mis ojos, como el náufrago que, impelido por las olas, ve perderse ante su vista el último rayo de su esperanza. A poco de habernos separado, un brillante relámpago iluminó súbitamente los desiertos campos: yo vi abrirse los cielos sobre mi cabeza, y del centro de una inmensa hoguera desprenderse un torrente de fuego, que



vino á precipitarse á mis pies á muy poca distancia. Al mismo tiempo un trueno espantoso hirió mis oidos, y como si el firmamento se desplomara, retendió la tierra, y el eco de los montes espantado lo repitió con mayor estruendo. Tal fué la impresion que me causó aquella escena horrorosa, que, caí de rodillas casi sin sentido entre las ramas de una higuera silvestre, que cerca del camino se encontraba. Cerré mis ojos, para no mirar tantos horrores, y coloqué mis manos en los oidos, como si esto me prestara alguna seguridad. Así permanecí algunos momentos, al cabo de los cuales sentí moverse las hojas de la higuera con una fuerza mayor, que lo hicieran á impulsos del viento y de la lluvia: abrí los ojos, y pude distinguir aunque confusamente un animal corpulento, que se acercaba como temeroso. Dejé escapar un grito de espanto, á cuyo gri-



to el animal, que era un perro, retrocedió ladrando.

—¿Qué es eso? Leal, exclamó una voz llena y sonora desde el camino.

El perro siguió ladrando, y acercándose cada vez mas al sitio, en que yo estaba.

A la luz de otro relámpago pude distinguir un caballero, que sobre un soberbio caballo ecsaminaba con atencion la higuera, en que yo estaba escondida. Como no habia percibido mi acento, y el perro continuaba sus ladridos, abanzó hacia el lugar, donde el mastin olfateaba, y al llegar cerca de mí, yo me levaté presurosa y con las manos en ademán de súplica le demandé socorro.

—¡Oh! caballero, cualquiera que seais, socorred, le dije, á unapobre niña desgraciada.

Aun no habia acabado la frase, cuando apeándose del caballo, corrió hacia mí, haciéndome mil preguntas, sin aguardar una sola respuesta.

—¿Quién sois, pobre niña, me decia: qué haceis aquí abandonada á los horrores de una tempestad furiosa? De donde venis? ¿Como os encontrais sola en medio de estos campos? ¿Quién os ha traído á este lugar?

—Señor, le respondí yo toda turbada: salí esta tarde con otras compañeras á cojer flores, la noche se adelantó con la tempestad, y ellas mas felices que yo pudieron evitarla en algun tanto, corriendo hacia la villa. Yo fuí mas débil y no pude alcanzarlas: vi desprenderse un rayo y caer cerca de mis pies: el trueno me hizo temblar y estremecerme; y huyendo, sin saber á donde, vine á caer casi sin sentido entre esas matas en que, á no ser por vos, no se hasta cuando hubiera permanecido. Pero vos sereis un hidalgo, tendreis lástima de mi desgracia y me conducireis á casa de mis padres. ¡Ellos son tan buenos! os colmarán de

bendiciones, y rogarán á Dios todos los dias por vuestra felicidad.

—¿Y donde están vuestros padres? me preguntó como enternecido.

—Allí, le conteste yó, señalando hacia los muros de Alcalá, que con la oscuridad no se divisaban.

—¡Ah! vuestras compañeras han sido muy crueles.

—No señor, le repliqué: ellas temieron, como yo habia temido, y al alejarse, creerian que las acompañaba. De lo contrario, no me habrian abandonado.

—¡Y aun las disculpa! exclamó el caballero lleno de admiracion.

—Bien lo merecen, le decia yó: bien lo merecen; porque me aman mucho, y estoy segura de que, habran llorado amargamente, cuando hayan notado mi pérdida. Son muy buenas, y todo el que loes, se interesa por los desgraciados.

—¿Tanto lo sois vos? me preguntó el desconocido; y sin aguardar á que le contestara, como la lluvia nos seguia molestando, venid, me dijo: montad en mi caballo: yo os conduciré hasta vuestra casa, y será para mí sobrada recompensa, el proporcionaros este bien, sin haber tenido que hacer para ello ningun sacrificio. Dicho esto, volvió á montar sobre su caballo, é inclinándose un poco hacia el suelo, me tomó por debajo de los brazos y me colocó delante de él, como si no pesara mas que una pluma. Picó entonces á su alazan, y volviendo las riendas hacia la villa: Adelante, Leal, gritó á su perro, y este, dando dos saltos delante del caballo en señal de agasajo, rompió la marcha por la orilla del Guadaira, sirviéndonos á un tiempo de guia y descubierta.

Mis vestidos estaban empapados, y con la frialdad del agua que contenian,

y el viento que soplabá de frente, principié á temblar.

—Observo que vais temblando, me dijo: ¡pobre niña!

—Sí, le contesté yo: tengo frío, y el viento me hace mucho daño.

Entonces él, quitándose prontamente la capa, en que iba envuelto, la colocó sobre mis hombros, cubriéndome con ella.

—A este tiempo la tempestad iba cesando, las nubes pasaban ligeras unas en pos de otras, dejándome ver y observar por algunos intervalos el hombre que me acompañaba. Este era un joven á lo mas de unos veinte años, de estatura algo mas que mediana; moreno de color y de ojos grandes, negros y penetrantes: su cabello tambien negro y algo rizado flotaba en espesos bucles sobre sus hombros, habiendo podido reservarse de la lluvia á favor del elevado cuello de su capa y las

grandes alas de un sombrero negro, en cuya parte anterior estaba prendida con un broche una pluma blanca medio caída por la fuerza del temporal. Un negro y fino bigote sombreaba su labio superior: ajustaba su cuerpo un elegante jubon de terciopelo negro bordado de oro y ceñía á la cintura una pequeña daga con la empuñadura de nácar. Su mirada era tranquila y apacible y el acento de su voz era á la vez sonoro y melífluo.

Yo advertí que tambien él me contempló en silencio algunos instantes, preguntándome luego con interés.

—Y bien, niña ¿como os llamas?

—María.

—Sois muy joven.

—No señor: he cumplido catorce años.

—¿Habeis amado alguna vez?

—Si por cierto. Desde que nací he consagrado á mis padres el amor mas tierno.

—¿Nada mas que á vuestros padres?

—Nada mas. ¿Quién tiene derecho á que yo le ame mas que ellos? ¡Me acarician tanto! Por la noche, cuando me dejan ya acostada, me besan con una ternura indecible y luego me encargan que no ame á nadie, mas que á ellos.

—¿Y vos no hebeis pensado nunca en que pudierais amar á otro, que no fueran vuestros padres?

—Algunas veces; pero la mayor parte de ellas ha sido soñando.

—Si quisierais hacerme conocer vuestros sueños.....

—Y por qué no? Yo os los diré, y por cierto que sereis vos el primero, á quien los he referido; pero cuidado que cuénte con que habeis de ser muy bueno y no os habeis de reir de mí; porque al fin son unos sueños tan insustanciales.... Figuraos que sueño con personas que ni aun siquiera conozco; pero

no obstante las veo, como si estuvieran presentes ¿Verdad que es una rareza grande?

—No porcierto: eso sucede con mucha frecuencia. A mi me ha ocurrido en diferentes ocasiones tener sueños con desconocidos, y al fin realizarse ellos y conocer la persona, que en él se me ha representado.

—¿Si? Pues entonces ya veo que, entre vos y yo hay alguna semejanza: y así confio en que no os reireis de mis locuras.

—Vaya: hablad, hija mia.

—Escuchad: luego que me duermo, siento que una voz dulce y sonora repite en mi oido: «Maria, Maria, yo te adoro!».

—¡Maria, Maria, yo te adoro!

—¿Qué estais diciendo!

—Nada: seguid, seguid. Estoy imitando á vuestro interlocutor nocturno, para que no se me olvide vuestro sueño.

—Os burlais.

—Todo lo contrario, seguid: vuestro sueño es para mí muy interesante.

—Pues bien: vereis. Aunque dormida, yo dirijo una mirada hacia el lugar de donde sale la voz

—¡Como es eso!: vos mirais tambien dormida?

—Si: miro; pero sin abrir los ojos: como ahora, apesar de cerrarlos, os estoy viendo perfectamente. Yo no sé como es; pero yo os veo.

—La que vé es vuestra alma, que desatada en el sueño de los lazos del cuerpo, contempla esa sombra misteriosa, á la cual da vida una imajinacion ardiente y pura.

—¡Será verdad!

—No lo dudeis: una joven de catorce años, hermosa como vos, como vos pura, tiene necesidad de amar. Los sueños á veces no son otra cosa que una imájen de la realidad, que satisfaria

nuestros deseos. Pero continuad.

—Yo hablaria; pero no sé que tiene vuestro acento, que me turba. Habladme vos, y estaré mas contenta. ¿No podreis vos concluir la relacion de mi sueño?

—Es imposible, hija mia. ¿Como he de referir yo lo que por vos sola ha pasado, y aun no habeis confiado á nadie?

—¡Es verdad! Y yo crei que vos lo sabiais. Como me habiais explicado la causa.

—Vaya: seguid.

—Pues bien: levanto la vista del alma, y miro cerca de mí un joven hermoso

Y sin saber por qué, le describí su propio retrato, queriéndole pintar el ángel de mis sueños.

El me contemplaba ajitado y yo continué:

—Despues de decirme aquellas pa-

labras, toma una de mis manos entre las tuyas, me mira fijamente y no me habla.

—¡Ah!

—¿Qué teneis?

—Nada: continuad.

—Luego la acerca á sus lábios y.....

¡Pero qué haceis!

El desconocido habia acompañado su accion á mis palabras. Posaba sus ardientes lábios sobre mi mano trémula, y escaldando al viento un suspiro, exclamó.

—¡Maria, Maria, yo te adoro!

—¡Ah! vos sois el ángel de mis sueños.

A esta escena se siguieron algunos momentos de éxtasis glorioso. Un temblor convulsivo se apoderó de mi, hasta el punto de hacerme perder casi del todo los sentidos. ¡Primeros instantes de inefable dulzura, que tantas penas acarrearán mas tarde á mi corazón!

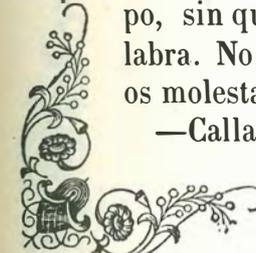


Ya llegabamos cerca de la villa: la luna brillaba en el cenit resplandeciente, y sus rayos reflejaban tranquilamente en las gotas de agua que, pendientes de las hojas de los árboles, presentaban á nuestra vista un espectáculo grandioso y sorprendente. Ni un solo celaje cruzaba por la atmosfera. Un silencio sepulcral reinaba por todas partes, sin escucharse otro rumor que el de las pisadas del caballo que nos conducia.

Yo no me atrevia á levantar los ojos para mirar á mi desconocido compañero. Él por su parte no hacia otra cosa que, mirarme con atencion, sin atreverse á desplegar sus lábios.

—Veis, le dije yo, mi sueño os ha incomodado. Ha pasado mucho tiempo, sin que me habéis ni una sola palabra. No os enfadéis conmigo. Yo no os molestaré mas con mis niñerías.

—Calla, calla, me replicó: tú no sa-



bes el daño que me haces, hablando de esa manera.

—¡Os hago daño!.... Perdonadme: vos sois muy jeneroso.

—¡Perdonarte!..... Yo imploro tu perdon: ¡Pobre niña inocente. ¡He hecho brotar en tu corazon un jérmen de pesares. ¡Ah! tú dormías: yo te he despertado.

—No, no por cierto: ahora no dormia. He escuchado muy claramente cuanto me habeis dicho. Mirad, continué, pasandome las manos por los ojos: estoy muy despierta, y no creais que, por mucho tiempo que me estais hablando, me dormiré tan facilmente.

En esto llegamos á una de las puertas de la poblacion: (A) entonces él, parando su caballo:

—Preciso es separarnos, me dijo.

—Y qué ¿no vendreis conmigo, á recojer las bendiciones de mis padres?

—No es posible.

—Pues á lo menos me direis como os llamis, para que ellos bendigan vüestro nombre.

—María: ¿amas al ángel de tus sueños?

—¡Ah! si, si.

—Pues no me preguntes quien yo soy.

Mi vida y mi nombre deben ser para ti un secreto misterioso.

—¿Será posible, Dios mio!

—¿Me prometes hacer, lo que te pida?

—Si; yo os prometo hacer todo, lo que vos querais.

—Pues bien: nadie ha de saber que yote he acompañado. Si á alguno lo revelas, no volverás á ver al ángel de tus sueños. Entre tanto toma, me dijo: y quitándose del cuello una pequeña medalla, la colocó en el mio, añadiendo: Esta medalla te recordará mi ecsistencia; y tú sola, que la posees, serás dueña de verla: nadie mas ¿lo entiendes?

—¿Nadie mas?

—Nadie mas: y ahora espero que, en cambio querras hacerme un obsequio.

—¡Yo! ¿Cual es?

—Ese lazo que llevas sobre el corazon.

Efectivamente: yo llevaba una cinta prendida sobre el pecho.

—Tomadla; pero ¿de que os servirá?

—Maria: esta cinta será para mí mas preciada que la posesion de cien castillos.

—¡Oh! y yo no os volveré á ver mas que en mis sueños..... En mis sueños, cuando al despertar hayais huido. ¿A quien preguntaré luego por vos? Nadie sabrá decirme quien es el ángel de mis sueños.

—Tú lo sabras: no lo dudes. Llegará un dia, en que nada habrá oculto para tí. Entre tanto yo velaré por tu felicidad y alguna vez podrás verme, como ahora me estas mirando.

Dicho esto, estrechó mi mano contra su corazon. Ambos nos apeamos del caballo; y él llamando á su perro:

—Leal: le dijo, ven á cumplir con tu obligacion.

El mastin se apresuró á tomar las riendas, que el caballero le entregaba, mientras este me seguia de lejos, hasta verme entrar en casa de mis padres, que tristes y llorosos me aguardaban.

Al llegar, me prodigaron las mas tiernas caricias, llevándome entre sus brazos á mi aposento. Allí, despues de haber trocado mis vestidos húmedos y frios por otros enjutos y perfumados, mi madre me hizo entrar en mi lecho; y sentados ella y mi padre al rededor de él, escucharon de mis labios la relacion de mi aventura, á la que nada hubiera faltado para ser esacta, si no callara, lo que se me habia prohibido revelar.

CAPITULO IV.

Es ella.



H! Es mi hija. Es ella: gritó el anciano, dirigiéndose otra vez precipitadamente hacia el cadáver. Y yo no pude conocerla..... ¡Dios mio!.....

Y volviendo á levantar el velo, que la ocultaba, la llenaba de besos, y humedecía su líbido semblante con sus ardientes lágrimas.

¡Qué escena tan tierna y admirable! El alma menos sensible no hubiera podido soportar mucho tiempo sin enter necerse la vista de aquel cuadro tan interesante.

El sacerdote conmovido por tan extrañas á inesperadas sensaciones, dejó caer de las manos el rollo de pergaminos, que leía, y se acercó á la cueva, como si no quisiera dar crédito á lo que sus mismos ojos le mostraban.

—¡Es posible, Pablo! exclamó, dirigiendo al anciano una mirada llena de asombro y sobresalto.

—Si, padre mio: no solo es posible, sino cierto.

Miradla, miradla. ¡Oh! cuan desconocida está! ¡Hija mia! ¡hija mia! Al fin he podido encontrarla.... Sus lábios están cárdenos. Su semblante pálido y desfigurado.... Sus ojos profundamente hundidos. ¡Ay, qué terribles habrán sido sus padecimientos! Y en quince

años, ella tan cerca de mí, y yo la buscaba por todas partes.

Llegad, venerable sacerdote: llegad: bendicidla otra vez. Su padre la perdona y la bendice. Ella será desgraciada; pero no culpable. ¡Oh! Leed, leed: decidme por piedad que, ella es inocente, inocente, porque ella era un ángel y un ángel no puede pecar.

—Yo he contribuido á su perdicion: murmuró por lo bajo el sacerdote.

Disponiase este á proseguir la lectura interrumpida: el anciano estrechaba entre sus brazos el cadáver de su hija desventurada, cuando se vieron aproximarse por la ladera del monte algunos grupos de habitantes de la inmediata villa que, observando á lo lejos en aquel lugar solitario la presencia no acostumbrada de aquellos dos personajes, venian movidos por la curiosidad á investigar por si mismos la causa de ello.

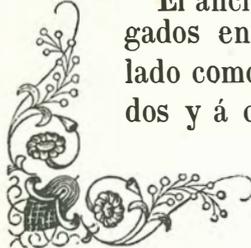
Parecerá extraño que, habiendo habitado por espacio de quince años aquella mujer cerca de una poblacion entonces de importancia, hubieran permanecido sus moradores con el deseo de desentrañar el misterio, que ocultaba aquella mujer desconocida, sin procurar por otros medios conseguirlo; pero si fijamos la atencion en las costumbres de la época, la preocupacion heredada de los Árabes y el fanatismo y respeto, que infundia en la jeneralidad aquella mujer incomprendible, advertiremos á primera vista la causa que retraía á aquellas jentes, de seguir sus instintos de curiosidad.

—Llegad, dijo el Sacerdote á los que se habian aproximado; admirad en las obras del Señor su inmensa bondad y su terrible justicia. Por quince años esta muger, cuyo cadaver estais mirando, ha permanecido oculta á

vuestros ojos entre las sombras del misterio. Hoy por fin, su alma separada de los lazos del cuerpo ha volado á recibir de las manos de un Dois ya satisfecho, la brillante corona de su martirio voluntario. Vedla: ella ha ofrecido al Señor por espacion de sus faltas quince años de continuos padecimientos y privaciones. Su anciano y desgraciado padre, que en tan largo tiempo la ha llorado perdida, ha podido darle su bendicion en esta hora suprema.

Mirábanse con asombro unos á otros, al escuchar las palabras de aquel ministro del Señor, que como un ser sobrenatural era escuchado entre la multitud con las mayores muestras de admiracion y respeto.

El anciano Pablo con los ojos anegados en llanto corria de uno á otro lado como un demente, diciendo á todos y á cada uno en particular:

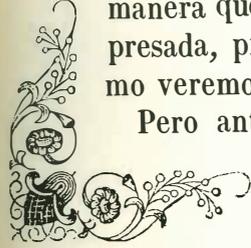


—Es mi hija, es mi hija, mi Maria: la he perdonado: el Señor habrá oido mi voz, y la habrá perdonado tambien.

El Sacerdote hizo arrodillar á todos los concurrentes, y recitó una ferviente oracion por el alma de la pobre Maria, mientras que los que le rodeaban iban repitiendo las sentidas palabras, con que demandaba al cielo el perdon de las faltas que aquella hubiera cometido. Concluida esta ferviente súplica rogó á los que allí estaban, se separaran á alguna distancia, para continuar la lectura iuterrumpida, no hubiera alguna cosa á que no pudiera darse entera publicidad.

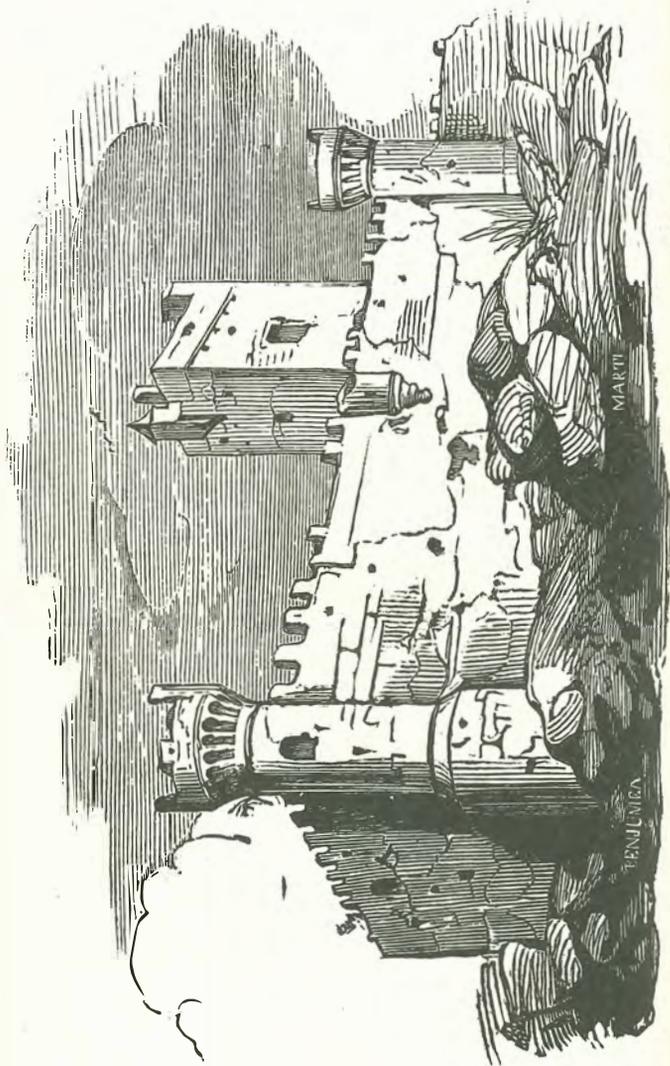
Ellos obedecieron sumisos la indicacion de aquel anciano venerable, y cuando hubieron quedado solos de la manera que anteriormente dejamos espresada, prosiguieron su lectura, como veremos mas adelante.

Pero antes de seguir dando noticia



á nuestros lectores de lo contenido en aquellos documentos creemos, justo darles á conocer quien era el Caballero, que habia acompañado á María en la noche de la tempestad, y que tan misteriosamente le habia ocultado su calidad y nombre.





Paj. 69.

Cap. V.

= 69 =

CAPÍTULO V.

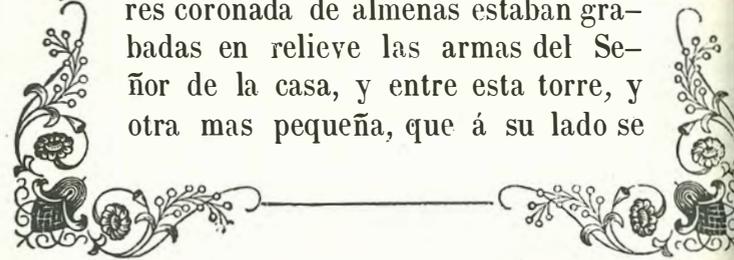
El Sr. de Machaniella.

Apoco mas de un cuarto de legua de Alcalá de Guadaíra, se encuentra al S. E. un antiguo Castillo, denominado hoy de *Marchenilla* y perteneciente al señor Marqués de Gandul.

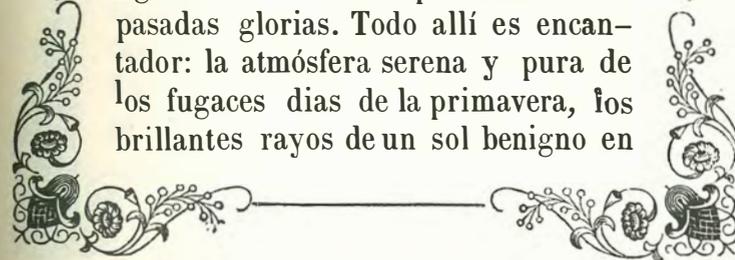
Este Castillo fué segun, algunos historiadores, dado en Señorío á Mosen Arnao de Solier por el Rey D. Enrique II despues de la muerte de su hermano D. Pedro, sin hacerse mencion de otros poseedores mas antiguos. Nosotros creemos con D. Pablo de Es-

pinosa, (B) que D. Rodrigo Alvarez de Lara, señor de Alcalá, era su poseedor en la época á que nos referimos, en virtud del reparto hecho por San Fernando, despues de la conquista de Sevilla.

Encuétrase, como hemos dicho, este Castillo en la cumbre de un cerro de los muchos que rodean por todas partes á la citada Villa. Su posicion topográfica es de aquellas que la naturaleza ha adornado con mas prodigalidad. Su figura es un pentágono irregular con una torre en cada uno de sus ángulos, y una puerta con barbacana al N. E. Una muralla de bastante fortaleza rodeaba su recinto, que comprendería procsimamente dos mil varas cuadradas. En una de sus torres coronada de almenas estaban grabadas en relieve las armas del Señor de la casa, y entre esta torre, y otra mas pequeña, que á su lado se



encuentra, habia un pequeño arco con una doble reja, que servia como de entrada oculta. A espaldas de este Castillo, y al lado en que se eleva la torre, de que acabamos de hablar, se estiende una fertil llanura poblada de innumerables huertas, que ofrecen á la vista del espectador un panorama delicioso: mas allá el pequeño Guadaíra va deslizand sus transparentes aguas entre el verde ramaje de su encantada orilla; y á lo lejos se estiende una espaciosa vega, cuyos limites se pierden en lontananza. A la derecha divisase el antiguo Castillo de Alcalá, cuyas torres medio deruidas rodeadas de musgo y de maleza aun responden á nuestras investigaciones con un eco profundo de sus pasadas glorias. Todo allí es encantador: la atmósfera serena y pura de los fugaces dias de la primavera, los brillantes rayos de un sol benigno en



medio del invierno, la fresca sombra de los acopados arboles en el estio, los suaves vientecillos que murmuran en las tardes de Otoño entre los verdes y frondosos pámpanos, las claras fuentes que riegan en su curso estas férricas tierras, donde la naturaleza derrama á porfía sus abundantes dones, todo hace de este paisaje encantador una de aquellas mansiones celestiales que, sin verlas, solo puede concebir una brillante fantasia.

Ya era bien entrada la noche, cuando la tempestad, que en el capítulo tercero hemos descrito, habia cesado. Hernando Alvarez de Lara, hijo único del señor de Machaniella, que era el que habia acompañado á la jóven María, luego que la vió entrar en casa de sus padres, volvió donde habia dejado su caballo, y tomando las bridas de la boca del perro que lo custodiaba, cabalgó en él, y á los pocos momentos se le

vió desaparecer por el mismo camino que habia traído.

—¡La hija de Pablo el morisco! decía entre sí, mirando el lazo que aquella le habia éntregado. ¡Cuán bella es! yo no sé por qué causa siento un interés tan vivo por ella. Siendo yo un caballero envidiado por mi linaje de cuantos el rey tiene en su corte, creo que seria capaz de amarla, sin mirar que es la pobre hija de un morisco. ¡Creo que seria capaz de amarla! me engaño: yo la amo ya, y siento en mi corazón el jermen de este cáriño, que solo ella pudiera haberme hecho sentir. Al contemplar este lazo, única cosa que de ella poseo, esperimento una sensacion tan grata y tan profunda que me creo con él aun mas dichoso que con la posesion de todos mis castillos. ¡De qué valen todos ellos! mañana en las vicisitudes de la guerra podria perderlos; pero el amor de Ma-

ría duraría eternamente. Ella sueña, y sueña con un amor que no comprende. Su corazón le dice: ama; y ella que no sabe lo que es el amor, cree que esos sentimientos son ideas extravagantes, cuya expresión la ruboriza. Ella me amaba, tal vez sin conocerme, y era que su corazón estaba dispuesto á amar al primer hombre, que le hubiera explicado la causa de ese sentimiento.

Absorto en estas meditaciones iba el caballero, cuando dió vista al castillo de Machaniella. Un centinela se paseaba apresuradamente sobre la muralla, que mira al N. O. en cuyo lado está el camino por el cual se dirigía á él nuestro Hernando. Llegaba este á la distancia de un tiro de ballesta, cuando, sacando una pequeña vocina, hirió el viento con un sonido agudo y prolongado, contestándosele con otro semejante por el hombre que estaba en la muralla. Al llegar el caba-

llero á las puertas de su castillo, estas, girando sobre sus goznes, se abrieron de par en par, apareciendo en un patio espacioso, que á la entrada había, cuatro hombres de su servidumbre. Uno de ellos, llamado Sancho, tomó el caballo de su señor por las bridas, después de haberse este apeado, y los otros tres le siguieron respetuosamente sin hablar una sola palabra. Dirigióse Hernando por una estensa galería á las habitaciones que le estaban destinadas en el castillo, y volviéndose á los criados, que hasta la puerta le acompañaban:

—Dejadme solo, les dijo, nadie entre, hasta que yo llame: necesito descansar.

Pedro, que era otro de los que hasta allí habían llegado, se atrevió á replicarle:

—Señor: el perro está muy mojado, y se empeña en entrar hasta vues-

tro aposento. Yo no debo dejarle entrar.

A este tiempo se dejó oír un ahullido de Leal y juntamente una imprecación de Pedro, que sin respeto á su señor que presente estaba, exclamó:

—Maldito seas de Dios, renegado, y qué dientes tan afilados tienes. ¡Qué lástima de benablo en una mano certera!

—¿Qué es eso, Pedro? preguntó Hernando á su enfurecido escudero. Parece que Leal no se acomoda con tus caricias ¿eh?

—No es mala por cierto la que él me ha hecho, exclamó el escudero refunfuñando: no es mala, digo, señor, porque me ha atravesado una mano.

—Déjale entrar, Pedro, déjale entrar, que esta noche todo puede dispensarsele; y dicho esto, cerró tras de sí la puerta, introduciéndose en las habitaciones interiores, acompañado solamente de su perro.

Dejemos ahora al buen Hernando entregado á sus profundas meditaciones, y veamos de lo que se trata en un salon inmediato, que servia de habitacion á D. Rodrigo Alvarez de Lara, padre de nuestro enamorado caballero.



CAPÍTULO VI.

Los conciertos de una boda.

En un ancho sillón recostado hallábase D. Rodrigo Alvarez de Lara, señor de Alcalá, Gandul y Machaniella: era este caballero de estatura aventajada, de rostro enjuto, y de aspecto noble, marcial é imponente. Sus pequeños ojos algo escondidos por la sombra de sus pobladas cejas, que ya iban encaneciendo, manifestaban una vivacidad extraordinaria y una firmeza de carácter poco comun. La habitacion que ocupaba era de figura cuadrada, y en cada uno de sus ángulo se hallaba colocada una brillante y completa armadura sobre

banquetas forradas de terciopelo. En uno de los testers habia una ventana adornada al gusto árabe, y en el opuesto una gran targeta con grandes letras de oro que decia: DON RODRIGO ALVAREZ DE LARA, SEÑOR DE ALCALÁ, DE GANDUL Y DE MACHANIELLA, FIEL SERVIDOR DEL REY, Y EL PRIMER CABALLERO DE SU NOBLEZA. Completaban el adorno de esta habitacion caprichosamente amueblada otros cuatro sillones forrados de cuero y una mesa de piedra sobre la cual se hallaba una gran cruz de marfil, un casco, y dos manoplas. De la bóveda, que le servia de techo, pendia una lámpara de metal, única luz que alumbraba aquel aposento.

El vestido, que el caballero tenia, era todo negro, y su cara algo tostada por los rayos del Sol parecia aun mas oscura por la escasa luz, que la lámpara proyectaba: solo su blanca caballera se destacaba de una manera mas

marcada, porque en ella se veían refractar los reflejos de aquella luz opaca, casi de la misma manera que en las lucientes armaduras. Tenía echada la cabeza sobre la mano derecha, cuando se incorporó repentinamente y exclamó:

=Lo he ofrecido y lo cumpliré: tiempo es ya; y antes de muchos días, Blanca, la hija de mi desgraciado amigo, será esposa de Hernando Alvarez de Lara.

Levantose luego precipitado y abriendo la puerta, que hasta entonces había permanecido cerrada: Nuño, gritó; y en el momento un hombre pequeño, de miserable y raquítica catadura apareció como por ensalmo delante de su señor, que le llamaba.

—¿Qué me mandais, Señor? dijole en tono humilde, y acompañando sus palabras con una escagerada reverencia.

Trae recado de escribir, le repuso D. Rodrigo con una voz de trueno.

—Señor.

—Si no vas pronto, te hago colgar de la torre como á un renegado.

—Dios me libre, salio diciendo el hombrecillo de las reverencias; y qué mal humor tiene esta noche. Si nó voy presto, por Santiago, que es capaz de cumplirme su palabra.

Pocos minutos habrían pasado, cuando ya estaba de vuelta con el recado de escribir, que su señor le había pedido.

—Sientate, le dijo este, y escribe lo que yo te dijere. Entonces acercándose al oído de su amanuense le dictó algunas palabras, de las cuales tendrán noticia nuestros lectores, mas adelante.

Concluida que fué la carta, acercóse á la mesa D. Rodrigo, y haciendo en aquella la señal de la cruz, la cerró,

y llamó á uno de sus escuderos, al cual, luego que se hubo presentado, habló de esta manera:

—Al salir el sol, ha de estar esta carta en su destino: elije el caballo que te plazca; porque sino cumples mis órdenes con la prontitud de mi deseo, te haré moler á palos las costillas.

—Serán cumplidas, señor, serán cumplidas conforme á vuestro deseo, dijo, sin levantar del suelo los ojos, el apremiado Cosme, que así se llamaba el escudero; y despidiéndose respetuosamente del de Lara, salió precipitado á ensillar el caballo mas veloz que en las caballerizas habia.

Despidió D. Rodrigo á su escudero, y en seguida dió á Nuño la orden de retirarse, el que lo ejecutó de muy buen talante, y volviendo atrás la cara, temiendo alguna de las insinuaciones no nada agradables, con que su señor solia de cuando en cuando rega-

larle. Este volvió á ocupar la posición que antes tenia, y en este estado le dejaremos para ver como Cosme aprestaba lo necesario para su partida, mientras sus compañeros se divertian á costa de su mal humor.

—¿Qué es eso, Cosme? le preguntaba uno, ecsaminándole el rostro con curiosidad: parece que en el corto viaje que has hecho al cuarto de las armaduras, te ha picado alguna alimaña, según el mal gesto que traes.

—Picárate una en la lengua, le contestaba Cosme, que no volvieras á andar con tus bachillerías.

—Mira, le decia otro, y que amostazado y mohino viene el tal señor, que no parece sino que le han zurrado bien el cuero.

—No te le zurraria yo mal, le repuso Cosme, mirándole de hito en hito y cruzándose de brazos, que así teneis de suelta la lengua, como de atadas

las manos cuando llegan las ocasiones.

—Miren, el mata-siete, gritaron todos á una voz riendo, y desviándose poco á poco del mal humorado Cosme.

—Por el Santo de mi nombre, gritó este, que os habeis de acordar de mí, perros, y quiera Dios que el Señor os mande ahorcar, para que sirvais en las almenas de espanta pájaros, ya que no podeis servir de otra cosa; y llegando á la cuadra ensilló el caballo, en que mas confianza tenia.

—¿A donde vas? le decian de nuevo sus compañeros, viéndole aparejado á marchar con tanta presteza; pero él, sin cuidarse de sus impertinentes bufonadas:

—A los infiernos, que Satanás os lléve, les contestó; y picando recio, salió como una escualacion por la puerta principal del castillo.

Dejémosle correr á todo escape; y mientras que se aleja precipitado de él, á cumplir las órdenes terminantes de su amo, volvamos al sitio donde hemos dejado al desgraciado Pablo y su venerable compañero, y escuchemos como continúan su lectura: que tiempo tendremos de ocuparnos del Señor de Machaniella, de las órdenes dadas á su escudero Cosme y del contenido de la carta, que no á muchas léguas de distancia conducia.



CAPITULO VII.

Continuacion de la historia de María.

Aquella noche la pasé en un completo sobresalto, y cien imágenes ya tristes ya alagüeñas venian á sofocar mi fantasía. En vano queria yo explicarme aquella agitacion: yo sentia abrasarse mi frente, mi pecho estaba oprimido como por una mano de hierro, y era que la crueldad de mi destino se presentaba á mi imaginacion al través de las mas risueñas esperanzas. La imagen del caba-

llero que me habia acompañado no se separaba de mí un instante: su voz dulcísima resonaba en mi oido y sus tiernas palabras herian de muerte mi corazon.

Dormí algunos momentos, y las alagüeñas visiones que despierta me enagenaban, tomaban en el sueño mayor incremento y una nueva vida.

Yo ví á mi Hernando sentado con tierna solicitud junto á mi lecho, enjugando con sus manos mis cabellos mojados en la pasada noche: su mirada fascinadora hacia palpitar mi corazon, y con sus dulces alagos yo, pobre inocente, enloquecia de placer.

Entonces conocí cuanto le amaba y lo imposible que me seria vivir en adelante sin el amor del Anjel de mis sueños.

Mis lábios secos por mi abrasada respiracion se posaban maquinalmente en la medalla que él habia echa-

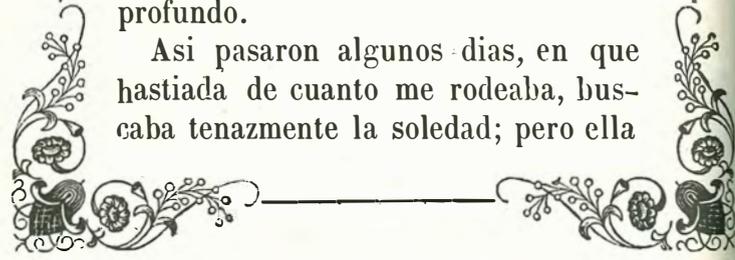
do á mi cuello, y un eco dulcísimo repetía dentro de mi corazón: María, María, yo te adoro.

Al encanto mágico de este acento embelesador, mi alma respondía con un tierno suspiro, y despertando precipitadamente tendía mis amorosos brazos hácia la dulce sombra que mi sueño me presentaba. ¡Horrible despertar! ¡Oh, aquel sueño debió durar toda mi vida!

Al siguiente día ¡la palidez de mi rostro, la alteración de mis facciones hacían comprender perfectamente la mutación repentina que se había obrado en mi alma.

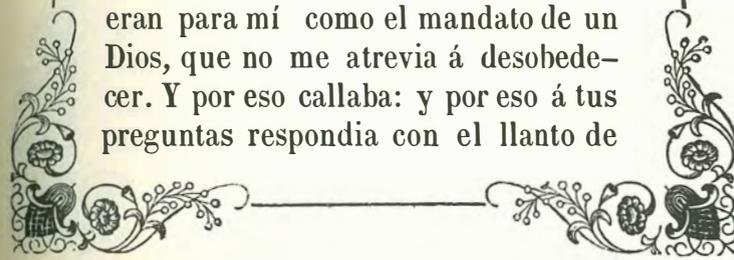
Mis padres amorosos me preguntaban la causa de mi abatimiento, y mi única respuesta era un silencio profundo.

Así pasaron algunos días, en que hastiada de cuanto me rodeaba, buscaba tenazmente la soledad; pero ella



no me prestaba todo el consuelo necesario á mi corazón.

Mi madre lloraba, y yo lloraba también, y le ocultaba la causa de mi llanto ¿Por qué lloras, hija mía? me preguntaba tiernamente. No lo sé, le constestaba yo, arrojándome entre sus brazos y estrechándola contra mi pecho... ¡No lo sé!... ¡Pobre madre mía! Si tu hubieras podido creer que tu hija te engañaba, la hubieras separado de tí como indigna de recibir tus caricias. Tu hija te engañaba: te engañaba, sí, porque aquel hombre misterioso me había prohibido hablar de la escena, que motivaba todos mis pesares. Me lo había prohibido, y yo no era capaz de hacer una traición al hombre que adoraba. Sus palabras eran para mí como el mandato de un Dios, que no me atrevía á desobedecer. Y por eso callaba: y por eso á tus preguntas respondía con el llanto de



mis ojos, y por eso te he dado ¡madre mia! tantas horas de pena y de amargura.

Seis dias habian trascurrido, y en ellos el Anjel de mis sueños no venia; y entre tanto mis tristes ojos no se secaban. A la sesta noche, ya estaba yo acostada en mi lecho: los padecimientos de los anteriores dias, cada vez mas me iban estenuando.

La continua ansiedad que experimentaba habia producido en mí el efecto que hubiera hecho un trabajo corporal, y caí rendida y me dormí profundamente.

Ya habia algunas horas que disfrutaba de un sueño, no mas tranquilo, pero sí mas profundo que las otras noches que habian precedido. Entre mi sueño me pareció escuchar los acordes acentos de una música melodiosa. Desperté sobresaltada, y ¡cual seria mi admiracion! al percibir al pié

de mi ventana una voz, que no me era desconocida, que con una dulzura y una espresion sobre natural moduló al compás de una armoniosa cítara la siguiente cancion, que quedó grabada eternamente en mi memoria.



CANCION.

Abreme rosa temprana
La ventana,
Y oye mi tierna cancion;
Y este suspiro, amor mio,
Que te envio,
Recoja tu corazon.

Ven, el ángel de tus sueños,
Dulce dueño,
Su amor te viene á cantar;
Ven y escucha el dulce canto,
Que tu encanto
Al alma supo inspirar.

Despierta, bella María;
Alma mia,
Deja el sueño embriagador,
Y oye el canto enamorado,
Que estasiado
Te entona tu trovador.

Ven, la luna refulgente
En tu frente
Sus rayos reflejará;
Y á mi acento conmovido,
En tu oido
El viento suspirará.

Mira la llama violenta,
Que alimenta
Mi abrasado corazon:
Los acentos de mi lira,
Que suspira,
Son ecos de mi pasion.

= 94 =

Yo te vi, paloma mía,
Y ese día
Empezó el alma á vivir;
Y al recordar ese instante,
Anhelante
Siento el corazón latir.

=

No marchitó tu belleza
La rudeza
De la horrible tempestad:
Antes tus gracias brillaron,
Y ostentaron
Mas sublime tu beldad.

=

La tormenta que importuna
De la luna
El resplandor ocultó,
Al horizonte impelida,
De mi vida
El astro me presentó.

=

= 95 =

Yo te ví, paloma mía,
Y ese día
Empezó el alma á vivir,
Y al recordar ese instante,
Anhelante
Siento el corazón latir.

=

Ni la brisa que murmura
Es mas pura
Que tu aliento abrasador;
Ni al Sol que brilla en Oriente
De tu frente
Tiene envidia el resplandor,

=

Son tus ojos hechiceros
Dos luceros,
Que mi vida alumbrarán;
Y tus labios carmesies
Dos rubies,
Que iguales no se hallarán.

=

Cae tu negro cabello
De tu cuello
De alabastro en redor,
Y entre las trenzas brillantes;
Y ondeantes
Lascivo juega el amor.

=

Tu blanco pecho de nieve
No se atreve
Hoy mi lábio á descifrar:
Que el templo, do amor reposa,
Niña hermosa,
Solo se debe admirar.

=

Abreme, rosa temprana,
La ventana,
Y oye mi tierna cancion;
Y este suspiro, amor mio,
Que te envio,
Recoja tu corazon.

=

Mi pecho habia estado comprimido mientras durara el canto. Aquellos sonidos melodiosos me habian enajenado de tal manera, que crei hallarme en un encantado paraiso. Todas las ilusiones mas seductoras, todas las ideas de una felicidad sin limites pasaban por mi imaginacion simultáneamente y mi cabeza se perdia en una embriaguez dulcísima.

No pudiendo sufrir mas una agitacion tan vehemente, me arrojé frenética á la ventana, gritando: ¡Anjel mio, ánjel mio! ¡oh! el es: el ángel de mis sueños!

Entonces aquel hombre, que me habia fascinado, me recibió con una sonrisa celestial, que acabó de enloquecerme. Recliné mi abrasada frente sobre los hierros de la ventana, y sin atreverme á separar mis ojos de los suyos, contemplé sin desplegar los labios aquel hombre misterioso, á quien

mi alma comenzaba á rendir un culto de idolatria.

Asi permanecimos algunos momentos, al cabo de los cuales Hernando escaló un suspiro, y despues me habló de esta manera:

—Ya ves, Maria, como el Anjel de tus sueños ha venido á cumplirte su palabra.

—Sí, le repuse yo, pero ha dejado pasar seis dias. ¡Oh! uno mas... y ya no me hubiera encontrado.

—¡Qué dices, Maria, qué dices!

—¡He sufrido tanto!

—Y ese sufrimiento yo he podido causarlo...

No me lo perdonaré jamás.

—¡Oh! Si: vos debeis perdanaros por que no teneis culpa ninguna. Yo sola debo echarme en cara el haber esperado tanto tiempo lo que hasta ahora no habia de suceder.

—¿No esperabas que yo viniera?

—Si por cierto: lo esperaba, porque vos no sois capaz de engañarme.

—Maria, yo te amo como á mi corazon: tu eres un ánjel de virtud y pureza, y engañarte seria el mayor de todos los crímenes.

—¡Seis dias! exclamé yo, bajando los ojos, y empecé á llorar.

—¡Ah! no llores, no llores ¡por piedad! me decia Hernando: cada lágrima tuya es un dardo punzante, que me atraviesa el corazon.

—¡Seis dias!... continué, sin atreverme á levantar los ojos: y luego pasarán otros muchos, y yo noos veré... y luego... ¿sabeis quien yo soy? le pregunté, con mas serenidad de la que de mí misma esperaba.

—Sí, Maria, lo sé: tu padre es Pablo el Morisco.

—Y Sabiéndolo...

—Sabiéndolo, te amo mas.

—¿Como la pobre hija de un mo-

risco, á quien todos desprecian, ha podido inspiraros ese cariño?

—Las joyas mas preciosas de una mujer son el candor y la virtud: si á estas va unida la hermosura, entonces la mujer es un ángel de adoracion; y tú, Maria, eres la mujer mas adorable del mundo. Y ademas de eso, ¿sabes tú quien yo soy?

—Vuestro traje me dice que no es vuestra calidad igual á la mia.

—Pero es igual al tuyo mi corazon.

—Pues bien, prometeme que volvereis á verme con mas frecuencia.

—Yo te prometo que ni una sola noche dejaré de verte. ¿Me amas mucho?

—¡Ah! Si: mucho, tanto, que si no os viera, moriria de dolor.

Mucho mas hubiera durado nuestra entrevista, si la aurora no nos anunciara el venidero dia; pero ya los pajarillos saludaban con su canto los

prócsimos albores de la mañana, y era preciso separarnos. Hernando se despidió de mí, imprimiendo un beso ardiente en una de mis manos, que yo le habia abandonado. Yo le seguí con los ojos, hasta perderle de vista, y con el corazon hasta la noche siguiente, en que debia volver al pié de mi ventana.



CAPÍTULO VIII.

El Señor de la Membrilla.

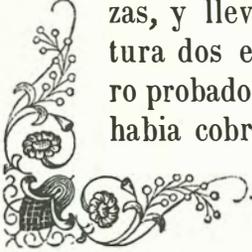
RETROCEDAMOS algunos años mas, y veremos cual era la promesa que D. Rodrigo Alvarez de Lara habia contraido, para casar á su hijo; y luego seguiremos á Cosme, cuya mision, ó por mejor decir, el contenido de la carta que conducia, no se habrá escapado á la perspicacia de nuestros lectores. No faltará quien desee saber, cual era la prometida esposa de Hernando, cuyo corazon vemos ya interesado en los

amores con la pobre hija de Pablo el Morisco: por lo cual, y para conducir la accion con mas rapidéz á escenas mas interesantes, haremos conocer en este y el prócsimo capítulo euanto tiene relacion con la pactada boda.

En una de las muchas correrias que los caballeros de Castilla hicieron contra los Moros en las marismas de Lebrija, por los años de 1247, salian una mañana D. Rodrigo Alvarez de Lara y D. Gutierre Suarez, ambos Ricos hombres y ambos de la flor de la nobleza española; y no de esa nobleza, que hoy, con mengua de nuestros ilustres guerreros de aquellos tiempos, solo se hace consistir en la conservacion de unos añejos pergaminos; sino de aquella verdaderamente ilustre, conquistada con la punta de la lanza en los campos del honor, donde el terreno se disputaba palmo á palmo, y no se adquiria con tanta faci-

lidad como hoy el renombre de *Héroe*. (C) Salian, como digo, estos dos caballeros, los dos solos, mano á mano, montados en soberbios caballos cordobeses, que ufanos al parecer con los jinetes, que los cabalgaban, hacían alarde de sus ligeros y graciosos movimientos, y como que participaban del belicoso espíritu que á sus señores animaba. Ambos caballeros eran jóvenes, y como amigos inseparables habían peleado siempre juntos por la causa de su religión y de su Patria.

El sol, que sin el mas leve celaje se asomaba en Oriente, reflejaba sus lucientes rayos en las brillantes y dobles armaduras, de que estos dos personajes iban cubiertos. Empuñaban sus manos dos robustas y afiladas lanzas, y llevaban pendientes de la cintura dos espadas cortantes, cuyo acero probado en cien batallas, como que había cobrado mayor fortaleza con la



sangre enemiga, de que tantas veces se habían teñido.

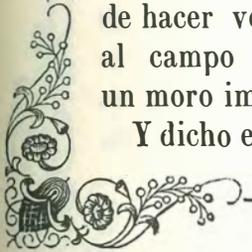
Así iban caminando por aquella extensa llanura, cuando divisaron á lo lejos un grupo, hácia el cual guiaron sus caballos, y reconocieron al acercarse que eran cuatro moros, que como ellos, habían salido en busca de aventuras. No bien se hubieron aproximado á una distancia, desde la cual fácilmente pudieran distinguirse, cuando D. Rodrigo, dijo, mirando á su compañero:

—Pardiez, amigo mio, que ya tenemos hecha la mañana.

—Y muy bien hecha, contestó D. Gutierrez: que no hemos de estar ociosos.

—No vienen mas que dos para cada uno; y yo, por Santiago, que he de hacer ver á esos perros, que no al campo de cristianos puede salir un moro impunemente.

Y dicho esto, como los moros se acer-



casen, bajáronse las celadas y se apercebieron á la pelea. No menos contentos y satisfechos venian los moros conociendo la ventaja, que sobre los caballeros tenian; y asi, luego que vieron las muestras que la pareja habia dado de aprestarse al combate, hiciéronlo ellos de la misma manera, y á los pocos momentos vinieron á las manos. A la voz de Santiago acometen los dos bravos campeones á sus cuatro adversarios, que ganosos tambien de la gloria, que darles pudiera el vencimiento, demostraban en cada golpe, que no eran noveles en el arte de la guerra.

Cerró D. Gutierre con el moro mas bravo, que entre los cuatro venia, y entre tanto, dirigiéronse los tres restantes á D. Rodrigo, cercándole de tal manera, que toda su gran destreza apenas le bastaba á defenderse. Entre tanto, mas feliz D. Gutierre,

pudo arrojar al suelo de un bote de lanza á su encarnizado enemigo, que bañado en la sangre vertida de una herida ancha y profunda, cayó maldiciendo su fortuna y blasfemando de su profeta Mahoma, á quien en vano habia invocado. Desembarazado ya D. Gutierre del Sarraceno, á quien dejaba tendido en tierra, ecsalando el último suspiro entre horribles imprecaciones, dirijióse hácia donde su compañero estaba, que bien habia menester de su auxilio; pues de no haber llegado tan pronto á su socorro, le hubiera cabido la misma suerte que el moro habia experimentado. Cercado por aquellos tres infatigables guerreros, no menos amaestrados que él en el ejercicio de las armas, habia sufrido un tan fuerte mandoble en la cabeza, que abollado el casco, y sin ser poderoso á resistirlo cayósele la lanza de la mano, sin quedar-

le fuerzas para empuñar la espada. Viéndole en este estado, acometiéronle de tal manera, que á no haber llegado su compañero con tanta presteza, hubiera sucumbido bajo los alfanjes de sus enemigos.

Al verle D. Gutierre en tanto apuro, enristró la lanza, y con la bravura de un leon enfurecido y la ligereza de un tigre, llevóse por delante á uno de los tres moros, que cercaban á D. Rodrigo. Repuesto este un poco del golpe que recibiera, hizo un terrible esfuerzo, y sin cuidarse de una herida que en el muslo habia recibido, y que no era la que menos le fatigaba, puso mano á la espada, repartiendo tan acertados golpes, que á pocos de ellos otro de los mahometanos quedó fuera de combate, y el que quedaba, huyó precipitado, temiendo la suerte de sus tres compañeros.

—Un abrazo: venid, dijo D. Rodri-

gō á Suarez: hoy os he debido la vida; y este combate, en que he hallado una nueva prueba de vuestra amistad y vuestra bravura, será un vínculo mas, que nos unirá para siempre.

—Un abrazo, contestó D. Gutierre, con toda la efusion de su alma: y los dos caballeros se abrazaron, y se juraron de nuevo una amistad eterna.

Vendadas despues las heridas de D. Rodrigo, retiraronse estos del campo, ofreciéndose mutuamente no separarse mas el uno del otro, hasta que la muerte los separara.

Y efectivamente, algunos años despues se celebraron dos bodas en un dia, y dos señoras principales de la corte del Rey Alfonso se desposaron, una con D. Rodrigo Alvarez de Lara, señor de Alcalá, Gandul y Machaniella, y la otra con D. Gutierre Suarez, señor de Osuna y la *Membrilla*.

Ocurrió despues, transcurrido algun tiempo, la muerte de D. Gutierre Suarez, que habiendo caido en desgracia del Rey, se hallaba privado de casi todas sus riquezas y honores.

En aquella última hora, su inseparable amigo D. Rodrigo Alvarez de Lara se hallaba sentado junto al lecho de muerte.

—Tengo una hija, dijo Suarez al de Lara, tomándole una mano: tu tienes un hijo, único é ilustre vástago de tu familia. Blanca queda sola, huérfana y desvalida, y desde ahora verá en tí su segundo padre.

D. Rodrigo entonces, estrechando tiernamente la mano de su amigo:

—Confia en mi, le dijo: yo velaré por su felicidad, y el tierno cariño, que siempre ha unido á los padres, se verá renovar en los hijos. Yo te hago solemne promesa de que Blanca

algun dia será esposa de Hernando Alvarez de Lara.

He aqui la promesa que debia cumplirse, y que el Sr. de Machaniella trataba de llevar á cabo, cuando en el cuarto de las armaduras entregó á Cosme la carta, cuyo contenido y direccion veremos en el próximo capítulo.



CAPITULO IX.

Blanca.



HALLANSE á unas tres leguas E. de Alcalá de Guadaíra en medio de una espaciosa vega y á la orilla del rio, tantas veces mencionado, los vestigios de unas ruinas, que como en otras muchas partes han venido á este estado, mas por la mano destructora del hombre, que por la accion gastadora del tiempo. (D)

En la época á que nos referimos habia en este lugar una poblacion pequeña llamada la Membrilla, con una fortaleza pequeña tambien, y correspondiente á la importancia de aquel pueblo. (E)

En esta fortaleza, que la constituian tres torres en forma de triángulo, unidas por una muralla de mediano espesor, y algunas tierras de pan sembrar era el único patrimonio que las intrigas palaciegas y la envidia del ambicioso cortesano habian dejado á los descendientes de D. Gutierre Suarez, cuya sangre vertida en cien combates habia contribuido en gran manera á la conquista de bastos territorios, cuya posesion habian obtenido los que menos para alcanzarla habian trabajado.

Pero dejando aparte estas amargas reflexiones propias mas que del presente de otro lugar, entremos en el cas-

tillo de la Membrilla, donde Blanca, la hija del desgraciado amigo del de Lara, yacia casi en el olvido en compañía de su anciana madre.

Era esta una señora como de sesenta años de edad, su cabello estaba totalmente blanco, para lo cual habían contribuido, acaso más que sus mismos años, sus muchas y considerables desgacias.

Desde la muerte de su esposo, habiase dedicado exclusivamente al cuidado de su pequeña hija, sin recibir más visitas que las que algunas veces les hacían el Sr. de Machaniella y su hijo Hernando.

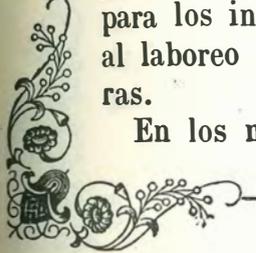
El cuerpo de esta muger denotaba, apesar de estar algo encorvado, que algún día no habría carecido de esbeltez y soltura. Sus facciones ya bastante alteradas conservaban aun cierta dignidad magestuosa, y su mirada fija, penetrante y escrutadora manifestaba las muchas vicisitudes que en la vida había experimentado.



Su hija, por el contrario, de una estatura menos que mediana, de cara redonda, color fresco y sonrosado y mirada dulce aunque algo vaga y distraída, de cabello rubio, y graciosas formas, aunque no muy esbeltas; si bien no tenía aquel aire de gravedad magestuosa que en Doña Leonor se notaba, no carecía de ciertos encantos, que la hubieran hecho amable á vista de cualquier otro jóven, cuyo corazón no estuviera ya interesado en otro cariño, como lo estaba el de Hernando Álvarez de Lara, su prometido esposo.

Estas señoras habitaban la torre principal de la fortaleza, y dos criados, única servidumbre que les quedara, ocupaban una de las dos torres pequeñas, quedando reservada la otra para los instrumentos indispensables al laboreo de sus reducidas tierras.

En los muebles, que decoraban la



habitacion de las señoras, se notaba una modesta sencillez, que bien se acomodaba á su desgracia.

Al ruido de cien vasallos, al movimiento y vida que en épocas mas felices daban á aquel recinto los hombres de armas prontos á la voz de D. Gutierre, habia sucedido un silencio profundo y una quietud tan solemne, que se asemejaba mucho al de la soledad de un árido desierto.

Aun no habia el sol salido: la aurora iba disipando las profundas sombras de la noche, y el campo, en cuya verde alfombra se veian derramadas las gotas de agua, que habia dejado la lluvia, las presentaba, ya como lucientes perlas, ya como preciosos rubíes heridos por la purpúrea luz de la mañana.

A esta hora dos fuertes golpes hicieron resonar las cerradas puertas del castillo de la Membrilla.



—Quien va, gritó desde dentro uno de los criados, encaminándose á abrirlas. Y asomándose por una pequeña reja que en el lado habia, reconoció á Cosme, que era el que á la puerta habia llegado.

—Bien venido, buen Cosme, dijo al escudero, abriendo de par en par las puertas del Castillo.

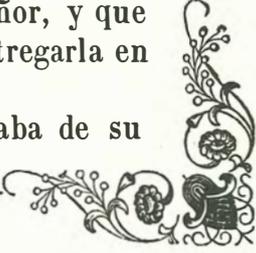
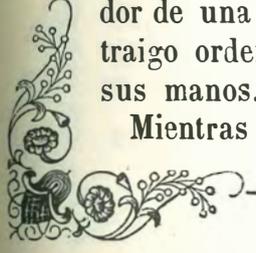
—Bien hallado, contestó Cosme al criado, que le saludaba.

—¿Como tan de mañana por aquí?
—Traigo una carta de mi amo para tu señora.

—Justamente acaban de levantarse: tenian proyectado un paseo al campo, y han elejido esta mañana, para salir.

—Pues bien: diles que soy portador de una carta de mi Señor, y que traigo orden espresa de entregarla en sus manos.

Mientras Cosme se apeaba de su



caballo, el fiel criado de D.^a Leonor, que así se llamaba la madre de Blanca, se dirigió á dar el aviso á estas Señoras, las que al punto mandaron entrar al escudero, que habiéndolo verificado, las saludó respetuosamente, hablándoles de esta manera:

—Aquí teneis, señoras, una carta, que para entregaros me ha confiado anoche mi Señor. Apenas el sol ha asomado; y cumpliendo sus espresas órdenes, á esta hora debe hallarse en vuestro poder. Ahí os la entrego: ved si algo teneis que mandarme; pues me es preciso estar de vuelta en el Castillo de Machaniella antes del medio día.

Con grande agasajo recibieron las Señoras á Cósme; y despues de haber tomado la carta, de que este era portador, mandaronle retirarse á descansar, mientras se ocupaban de su lectura.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Señora: ya hace quince años que vuestro esposo y mi mejor amigo dejó de ecsistir: para perpetuar el recíproco amor de nuestras familias le ofrecí con promesa solemne én sus últimos momentos, que mi hijo, Hernando Alvarez de Lara se uniría en matrimonio con D.^a Blanca vuestra hija, cuyo protector me nombraba.»

«No he querido que Hernando diera su mano á la noble hija de un valiente, hasta que hubiera sabido en las batallas lo mucho que cuesta alcanzar este nombre.»

»Hoy lo considero digno de aspirar á ese enlace, por que ya ha dado pruebas repetidas de que por sus venas corre la ilustre sangre de los Ricos hombres de Castilla.»

«Si vos, señora, y vuestra hija teneis en algo esta promesa, hecha y acep-

tada en los últimos momentos de vuestro esposo, ved de fijar el día en que quereis se verifique union tan deseada.»

»Yo por mi parte haré preparar grandes fiestas y regocijos en todos mis Señoríos, y mis vasallos recibirán á vuestra hija con el respeto y cariño que merece por sus virtudes la que mas tarde será su protectora.»

Castillo de Machaniella, día seis del mes de Octubre año de Cristo mil doscientos setenta y uno.

Rodrigo Alvarez de Lara.



Lágrimas de placer brotaron á los ojos de D.^a Leonor, al leer aquellas líneas, en que via colmarse la ventura de su adorada Blanca.

—Hija mia, le dijo, he aqui que

el Señor que nunca desampara á los buenos, ha velado por tu felicidad.

Mañana, cuando mis ojos se cierren á la luz del día, yo moriré contenta. Hernando será tan buen esposo como hijo, y Dios bendecirá vuestra union, colmándoos de ventura.

El rubor impidió á Blanca demostrar su estremada alegría, contentándose solo con manifestar que sería de su agrado. Y decimos que reprimió su alegría, porque habiendo visto diferentes veces la gallarda presencia de su prometido esposo, y habiendo llegado á su noticia la fama de su valor y sus hazañas, habia encontrado este motivo mas para amarle.

Contestaron luego á D. Rodrigo con mil muestras de gratitud y aprecio, dejando á su eleccion el plazo, que debia fijarse para la boda.

Cosme, portador de esta nueva, despidióse respetuosamente de D.^a Leo-

nor y D.^a Blanca, y antes del medio día ya habia llegado al castillo de Machaniella.

CAPITULO X.

Un confidente.

APENAS hubo D. Rodrigo recibido la noticia relativa al matrimonio de su hijo, mandó empezar los preparativos de la boda, sin dar á este noticia alguna de su decision, hasta haber pasado algunos dias, y cuando ya estaban bien adelantados. En este tiempo ya

Hernando habia visto en diferentes noches á María, y como era de esperar, su cariño hácia ella se habia hecho demasiado vehemente, para retroceder con facilidad.

Hallábase un dia Hernando en su aposento embebido en agradables pensamientos y dulcísimas ilusiones, que la ansiada posesion de María traiale constantemente á la memoria. Su fiel Leal estaba de pié junto á su señor, que sentado junto á una ventana, contemplaba á lo lejos las altas torres del castillo de Alcalá de Guadaira. El perro tenia reclinada su cabeza sobre un muslo de su amo, el cual pasándole la mano por ella diferentes veces, lo acariciaba, recordando el feliz encuentro de la noche de la tempestad.

Asi se entretenia el jóven caballero con la grata memoria de sus amores, cuando Nuño, de quien ya hemos hablado anteriormente, vino á

avisarle que su padre lo aguardaba en el cuarto de las armaduras.

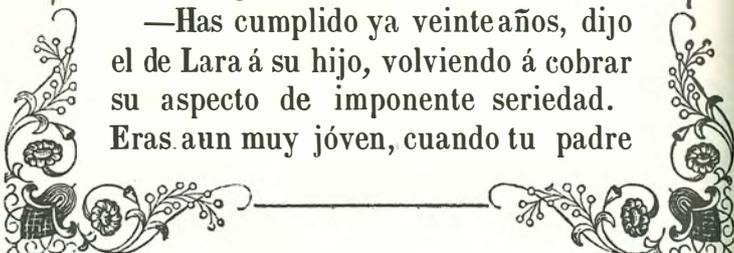
Dirijióse Hernando al aposento, en que su padre lo esperaba, y encontró á este, que con semblante mas risueño que de costumbre se paseaba lentamente.

—Buenos dias, padre mio: he recibido la órden de presentarme á vos, y aqui me teneis á vuestro servicio, dijo Hernando, tomando y besando respetuosamente la mano de su padre.

—Buenos dias, hijo mio: contestó D. Rodrigo á Hernando, colocándole la mano derecha sobre el hombro, y dándole un par de golpecitos.

—Buen humor tiene hoy mi padre, dijo Hernando para sí, viendo á D. Rodrigo tan cariñoso.

—Has cumplido ya veinte años, dijo el de Lara á su hijo, volviendo á cobrar su aspecto de imponente seriedad. Eras aun muy jóven, cuando tu padre

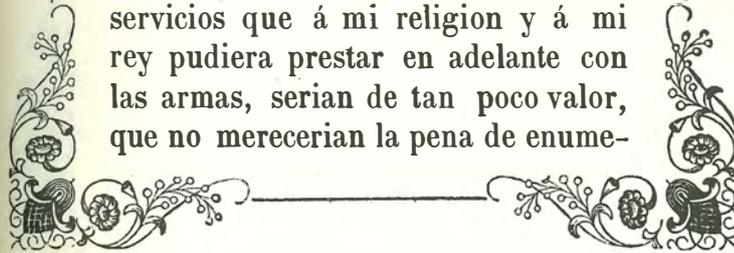


hizo una promesa, á la cual te toca dar cumplimiento.

—Sabeis bien, padre mio, contestó Hernando, que ha sido siempre para mí una ley la mas leve insinuacion de vuestra parte.

—¡Bravo! exclamó D. Rodrigo con cierto aire de satisfaccion. El que es buen español y buen soldado no podia dejar de ser buen hijo. Y ocupando su ancho sillón de terciopelo, hizo sentar á su hijo cerca de él, y luego continuó:

—Mi avanzada edad apenas me permite ocuparme de los asuntos de mis Señoríos: la guerra no tiene ya para mí los encantos de otros tiempos; porque el vigor de mi brazo se halla casi estinguido por los años. Los servicios que á mi religion y á mi rey pudiera prestar en adelante con las armas, serian de tan poco valor, que no merecerian la pena de enume-



rarlos. Conozco que ya la tierra, de que el Señor se sirvió formarme, me vuelve á llamar á su centro, por que ya he cumplido mi destino en el mundo. Ahora tú, por el contrario, empiezas la gloriosa carrera, cuyos términos va ya tocando tu anciano padre. La has principiado bien, vive Dios; que de otra manera yo nunca te hubiera llamado mi hijo. Cuando tu padre baje á la tumba, llevará la gloria de no haber menguado el lustre que sus antepasados le transmitieron. Deber es tuyo conservarlo, y si fuere posible con aumento. Y no es solo este el deber, que te toca cumplir: tu eres el único vástago, que quedará á mi muerte, de los Alvarez de Lara, y este nombre que tantos dias de gloria ha dado á Castilla, tú estas encargado de trasmitirlo á la posteridad.

Yo tuve un amigo, fiel compañero de mis fatigas en las sangrientas lides,



y cuyos méritos no fueron recompensados como sus gloriosos hechos reclamaban. Murió infeliz casi olvidado de todos, sin quedarle otro recuerdo de sus hazañas que sus muchas y honrosas cicatrices. Hace quince años que en su última hora, tomando una de mis manos entre las suyas, me confió el cuidado de su pequeña hija. Yo le ofrecí solemnemente que velaría por su felicidad, y que algun dia tú la conducirias al altar. Tiempo es ya, hijo mio, de cumplir esta promesa sagrada, y de que, uniendo tu suerte á la de Blanca, esa infeliz y virtuosa huérfana, descargues á tu padre del grave peso, que le proporciona el cuidado de los Señoríos, que mañana han de pertenecerte.

A tu eleccion queda el plazo, que debe fijarse para llevar á cabo el matrimonio: esta es la voluntad de tu padre, la cual no dudo que cumpliras,



cumo un hijo obediente, siendo al mismo tiempo de tu agrado.

Sorprendido quedó Hernando, al escuchar la inesperada propuesta de su padre. Pero el gran respeto que á este profesaba, no le permitió hacer la mas leve indicacion de disgusto: asi que, bajando los ojos, y tratando de disimular su sorpresa, solo dió por contestacion:

—Padre mio: vos lo habeis dispuesto: yo no podré contravenir á vuestros deseos; pero necesito algun tiempo para decidirme á realizarlos.

D. Rodrigo despidió luego á su hijo con las mayores muestras de cariño; y este, volviendo á besar la mano de su padre, se retiró pensativo á su aposento.

Figuraos cual sería la agitacion de Hernando: obligado por su padre á contraer un enlace, que rechazaba su corazon: prestado ya tácitamente su

consentimiento, solo faltaba la decision del plazo, decision que él debia determinar. Por una parte el cariño que á su padre profesaba, por otra el respetuoso temor de desobedecerle; y lo que es mas, el tierno y decidido amor que ya profesaba á Maria ponian á su alma en una cruel tortura imposible de expresar.

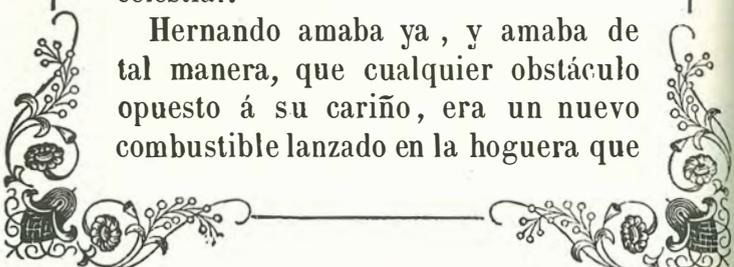
Apenas hubo entrado en su aposento, volvió á ocupar el mismo sitio que antes tenia y volvió á mirar con mas avidéz los lugares, que tan gratos recuerdos le presentaban. Reclinada la cabeza en una de sus manos, tendía su vista por el camino, en que algunas noches antes habia encontrado lo que él llamaba el principio de su felicidad. Desde allí se divisaba la higuera silvestre, entre cuyas ramas sufría los horrores de una tempestad violenta una tierna niña, cuyos graciosos encantos habian hecho en su

corazon una sensacion tan profunda.

Mas lejos, entre los altos muros de Alcalá, se confundia el modesto techo de la casa de Pablo el Morisco, bajo el cual en el sencillo pecho de una inocente virgen latia un corazon ardiente arrullado por las imágenes dulcisimas de su primer amor. Allí habia unos ojos que en su dulce languidez manifestaban el sentimiento purísimo de un amor celestial, creado y alimentado en un alma sublime, nacida espresamente para amar.

Allí, á los acordes acentos de su cítara, modulados al pie de una ventana, una muger encantadora habia escuchado los ecos del corazon, apareciendo á sus ojos como una vision celestial.

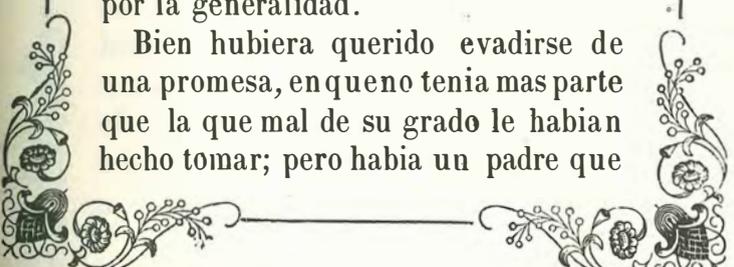
Hernando amaba ya, y amaba de tal manera, que cualquier obstáculo opuesto á su cariño, era un nuevo combustible lanzado en la hoguera que



dentro de su pecho alimentaba.

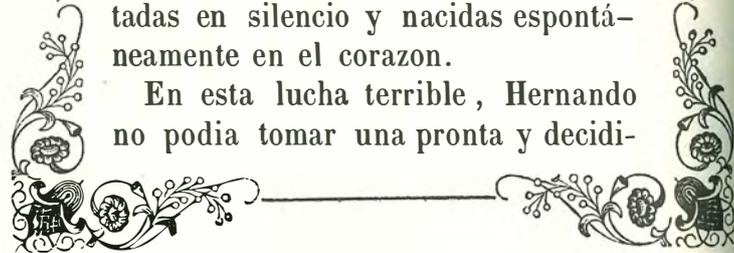
No era posible retroceder; pero faltaba á Hernando cierta enerjia de voluntad, que no nosserá dado desconocer, si atendemos á la posicion que ocupaba respecto á su padre y á la clase á que desgraciadamente pertenecia la muger, á quien habia consagrado sus amores; que aunque él, de un alma mas elevada que la mayor parte de los hombres en aquella época, comprendiera bien que solo en el corazon y en las virtudes es donde puede hallarse la verdadera nobleza, no podia menos de conformarse y tributar, digamoslo así, cierta veneracion á las creencias ecsageradas y fanáticas admitidas y sancionadas ya por la generalidad.

Bien hubiera querido evadirse de una promesa, en queno tenia mas parte que la que mal de su grado le habian hecho tomar; pero habia un padre que



lo escigia, un padre cuyo carácter de hierro no era posible doblegar. Necesario era un sacrificio; pero este sacrificio era cruel, y á que muy gustoso se hubiera ofrecido siendo él solo la víctima: mas no era solo él: habia una muger jóven, pura y sensible, de cuyo corazón era necesario arrancar una á una mil gratas ilusiones, que cada una de ellas sería bastante por si sola para llevarse unida su existencia. Él por su parte tambien acariciaba los gratos pensamientos que formaban su dicha en el porvenir. Necesario era renunciar á una ventura contemplada á lo lejos entre las vagas sombras de un porvenir dichoso. Necesario era dar un eterno adios á tantas y tan risueñas esperanzas alimentadas en silencio y nacidas espontáneamente en el corazón.

En esta lucha terrible, Hernando no podia tomar una pronta y decidi-



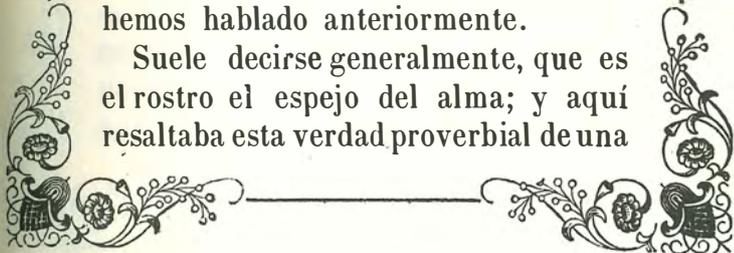
da determinacion, y el tiempo corría velozmente, y el término fatal debia fijarse.

Apoyaba el abatido jóven la abrazada frente entre sus dos manos, y allí con ojos fijos y penetrantes, contemplaba el lazo de su adorable María.

Su corazón franco, noble y sencillo no le daba lugar á valerse de una estrategia necesaria en el caso en que se encontraba, para librarse, ó detener al menos su enlace con Blanca, y realizarlo con María, que era su ensueño de felicidad.

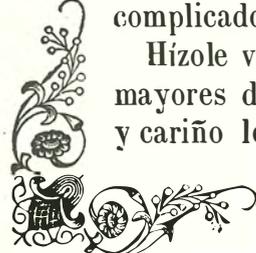
No pudiendo, como digo, crear en su imaginacion una intriga, que pudiera conducirle á su deseo, se decidió á hacer su confidente á Nuño, el hombre raquítico y miserable, de quien ya hemos hablado anteriormente.

Suele decirse generalmente, que es el rostro el espejo del alma; y aquí resaltaba esta verdad proverbial de una



manera poco comun. En efecto: Nuño, cuyo cuerpo de unos cuatro pies de elevacion, un tanto encorbado, sostenia una enorme cabeza medio escondida entre sus hombros; cuyos ojos pequeños y de una vivacidad y penetracion extraordinarias formaban ángulos agudos con su nariz gruesa y aplastada; cuya boca grande y algo hundida, y cuya barba picuda y prominentemente completaba una fisonomía extravagante, y en gran manera antipática: Nuño, repito, era el hombre mas apropósito que pudiera encontrarse para aprovechar sus talentos estratégicos, y de él pensaba valerse Hernando, depositando en él toda su confianza, y esperando de su sagacidad poder dar una buena solucion á tan complicado asunto.

Hizole venir á su aposento, y con las mayores demostraciones de adhesion y cariño le participó el estado en que



se encontraba respecto á su padre, y la huérfana, cuya mano se le destinaba, y al mismo tiempo descubrióle el intenso amor, que profesaba á María, la hija de Pablo el Morisco.

Luego que Nuño se hizo cargo de cuanto su señor le habia referido, frunciendo sus escasas y arqueadas cejas, dijo á este:

—No es muy fácil, á fé mia, señor, el que podamos salir victoriosos en un asunto, que tantos y tan graves peligros, y tan arriesgadas dificultades ofrece. Ya sabeis por otra parte, que si vuestro padre y mi señor llegára á entender que yo os habia aconsejado contra su voluntad terminantemente manifestada, no se pararia mucho en mandarme ahorcar, cosa que, aquí para entre nosotros, no me haria mucha gracia.

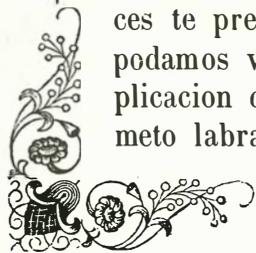
—No solo es consejo, dijo Hernando al hombrecillo que le escuchaba,



lo que escijo de tí: preciso es tambien que me ayudes en esta empresa; porque antes de dar la mano á una muger que rechaza mi alma, seria capaz de.....

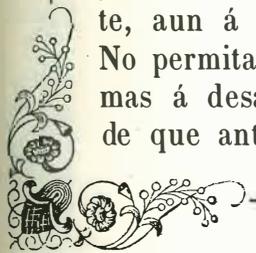
—Señor.....

—En fin, ya sabes que hay una muger por quien mi corazon se interesa, y á ella sola, á ella sola podré dar mi mano ante Dios y los hombres, por mas que sea la pobre hija de un infeliz Morisco. Tres dias te doy de plazo, para que busques un medio oportuno de llevar mi deseo al término anhelado. Si en ellos tu astucia no fuere bastante á salvarme, no lo será tampoco para librarte de mi enojo. Por el contrario, si tu imaginacion siempre pronta para estos lances te presentar una idea, de la cual podamos valernos en tan grave complicacion de circunstancias, yo te prometo labrarte una fortuna que te ha-



brán de envidiar muchos hidalgos.

—Solo el poder complaceros, será para mí una agradable recompensa, dijo Nuño: erais aun tierno niño, á la muerte de vuestra madre; vuestro padre siempre ocupado en las guerras contra los moros confió vuestra infancia casi del todo á mi cuidado: os he visto crecer con la misma alegría que mira un labrador levantarse las mieses en sus campos: os he acariciado mil veces con la misma ternura que si hubiérais sido mi hijo, habiendo sido siempre para mí muy agradable el satisfacer vuestros mas pueriles caprichos. Y ahora, al veros ya hombre robusto y vigoroso, ¿tendria necesidad de vuestras amenazas, para ayudar con mi pobre ingenio vuestro deseo mas insignificante, aun á costa de mi propia vida? No permita el cielo que yo llegue jamas á desagradaros; y estad seguro de que antes del plazo, que habeis



tenido á bien fijarme, habré encontrado ya un medio seguro de salir triunfantes en situacion tan intrincada, como la que ahora se nos presenta.

—En tí confio, dijo Hernando á su criado, tendiéndole una mano.

Tomóla Nuño prontamente, y dirigiendo á su señor una mirada de reptil, la estrechó contra su pecho en el lado del corazon, y besándola despues, se despidió del jóven Hernando, cuya felicidad comenzaba á trocarse desde este momento en la mas amarga y cruel de las desventuras.



CAPITULO XI.

El convento de los Angeles.

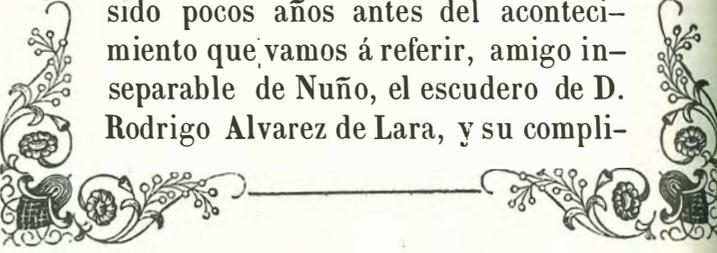


un cuarto de legua S. de Alcalá de Guadaira, y cerca del rio, que le dá su nombre, descubrense entre dos colinas pobladas de olivos los vestigios de un antiguo edificio, de cuyas ruinas, apenas queda otra señal que algunos montones de escombros medio escondidos ya entre la tierra por el arado del labrador. Estas ruinas fueron un dia el antiguo Convento de los Angeles, de cuyo

remoto orijen se habla con tanta variedad por nuestros antiguos y modernos escritores, que apenas es posible vislumbrar alguna probabilidad al traves de tantos y tan encontrados pareceres. (F.)

Pero sea lo que quiera de su orijen, poco hace á nuestro intento investigarlo ahora, cuando en la época, en que estos acontecimientos tenian lugar, ecsistia ya, y ecsistia con la misma advocacion de los Ángeles, que conservó aun despues de haber pasado dentro de la poblacion, en el año de 1537, y la cual debió sin duda alguna al Rey S. Fernando, su fundador.

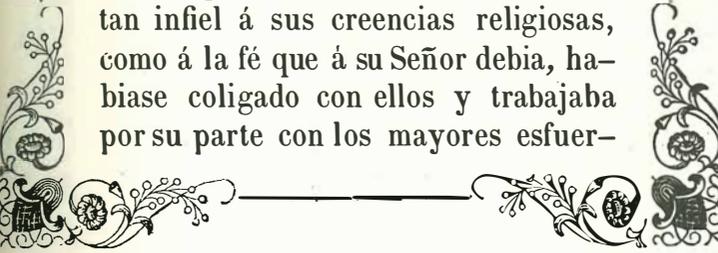
Hallábanse á la sazón solo cuatro frailes en este convento, de los cuales uno, llamado el Padre Ernesto, habia sido pocos años antes del acontecimiento que vamos á referir, amigo inseparable de Nuño, el escudero de D. Rodrigo Alvarez de Lara, y su compli-



ce en un delito que permanecia oculto, y del cual facilmente podia vengarse el mencionado escudero, si aquel se negase á alguna de sus ecsigencias.

Este delito, que si bien era tal para Nuño, para el Padre Ernesto solo era una accion verificada á impulsos de sus sentimientos de caridad; no obstante, podia el escudero hacerla aparecer como un verdadero crimen; pues tenia en su poder documentos que acreditaban una aparente culpabilidad contra aquel sacerdote.

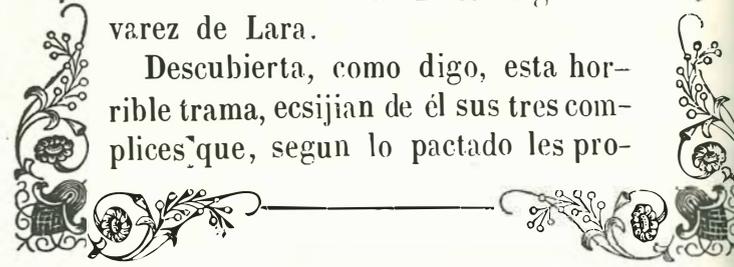
Era, pues, el caso que, habiendo venido á tierras de Sevilla tres moros, con el objeto de conspirar contra la dominacion de los fieles conquistadores, incitando á la rebelion á cuantos moriscos habian quedado en estas tierras, Nuño, tan infiel á sus creencias religiosas, como á la fé que á su Señor debia, habiase coligado con ellos y trabajaba por su parte con los mayores esfuer-



zos, seducido por la miserable esperanza de poseer algun dia algunas riquezas en cambio de una traicion infame hecha á su religion y á su patria.

Quiso el cielo que, cuando mas prócsima á estallar se encontraba aquella rebelion, que verificada hubiera dado á España nuevos dias de luto y desventuras, se descubriese, siendo puestos en prision gran parte de los conspiradores, de entre los cuales no pudieron ser habidos los tres árabes principales agentes de ella, evadiéndose tambien del castigo el escudero apóstata; porque nadie hubiera podido sospechar de su mala fé, mediante á que se hallaba suficiente garantía para su conducta su calidad de escudero de D. Rodrigo Alvarez de Lara.

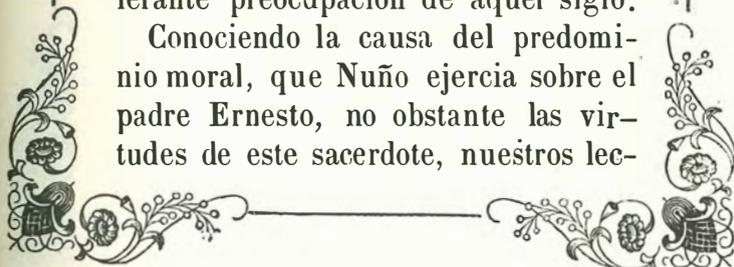
Descubierta, como digo, esta horrible trama, ecsijian de él sus tres complicés que, segun lo pactado les pro-



porcionase un lugar donde permanecer ocultos á las inquisiciones de la justicia, hasta que con un salvoconducto pudiesen dirigirse libremente á sus tierras.

Este salvoconducto pudo al fin obtenerlo el infame conspirador, y ademas tres hábitos ó sayales de la órden franciscana, que mas por clemencia que por otra causa indigna de su ministerio les facilitó el referido sacerdote, que, contra la costumbre de la época, consideraba como hermanos á los mismos infieles, no abrigando en su corazon otro sentimiento hacia ellos que el de la compasion, sentimiento á la verdad digno de un alma generosa y ecsenta de la intolerante preocupacion de aquel siglo.

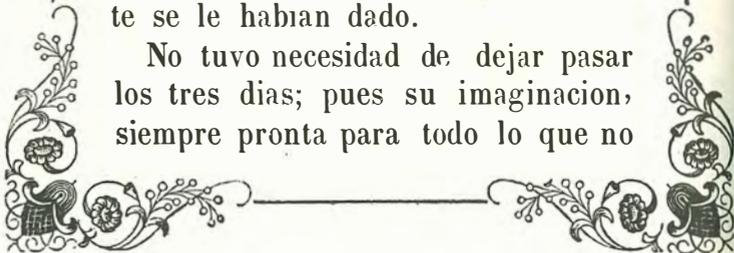
Conociendo la causa del predominio moral, que Nuño ejercia sobre el padre Ernesto, no obstante las virtudes de este sacerdote, nuestros lec-



tores no podran estrañar, que este se prestase á cualquier ecsijencia del escudero; pues no le concedemos una virtud tan sólida ni un valor tan heróico, como para arrostrar sin temor alguno las graves consecuencias que pudieran resultarle, de oponerse abierta y temerariamente á sus deseos.

Hecha ya una reseña, aunque leve, pero suficiente á nuestro propósito, del carácter del padre Ernesto y los vínculos que á su pesar le ligaban con aquel hombre miserable, pasemos á ver, de qué manera intentaba este salvar á Hernando del compromiso contraido, y cual era el plan de astucia que se proponia, y del que debia dar cuenta al jóven caballero en los tres dias de plazo, que por este se le habian dado.

No tuvo necesidad de dejar pasar los tres dias; pues su imaginacion, siempre pronta para todo lo que no



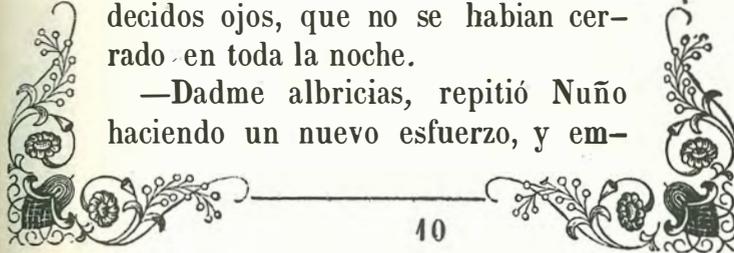
era bueno, le sujirió una idea, la cual irán conociendo nuestros lectores por sus efectos; siendo asi, que cuanto se obre hasta la conclusion de esta novela llevará el sello de fatalidad que aquel hombre sabia imprimir en cuantas cosas tomaba parte.

Solo una noche habia pasado desde la última entrevista con Hernando, y al dia siguiente se presentó á él, marcada en el rostro la triunfante y diabólica alegría, con que se animaban sus facciones siempre que, en virtud de alguno de sus planes infernales, habia de seguirse alguna desgracia.

—¡Albricias, señor, albricias! entró gritando en el aposento de Hernando.

Este al verle entrar, permaneció sin levantar apenas del suelo los humedecidos ojos, que no se habian cerrado en toda la noche.

—Dadme albricias, repitió Nuño haciendo un nuevo esfuerzo, y em-



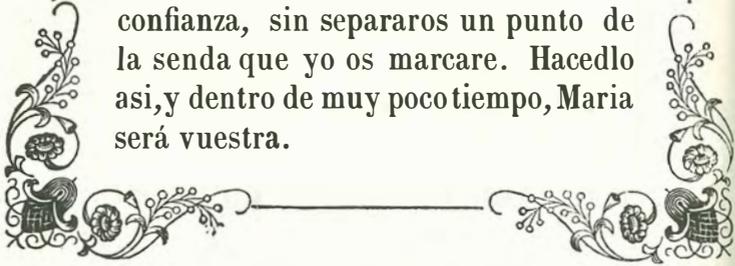
pinándose sobre las puntas de los pies, para hacer mas visible su estravagante figura.

Entonces Hernando, dirijiéndole una mirada indiferente, se encojió de hombros, frunció las cejas y volvió á tomar la actitud sombría y meditabunda, que tenia á la llegada del escudero.

—Muy embebido debeis estar en vuestros pensamientos, replicó segunda vez el hombrecillo, cuando no os cuidais de vuestro fiel Nuño, que viene á daros importantes nuevas de la mision que le habeis confiado.

—Y bien.... qué?.... preguntó Hernando, como si despertase de un sueño profundo.

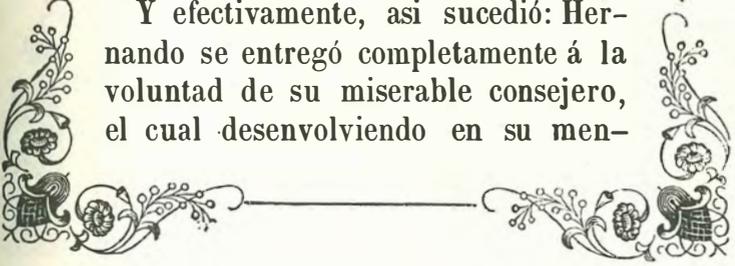
—Podeis libraros de la promesa contraida, si os entregais en un todo á mi confianza, sin separaros un punto de la senda que yo os marcare. Hacedlo asi, y dentro de muy poco tiempo, Maria será vuestra.



—¡Oh, Maria! sí, Maria, exclamó Hernando enajenado..... ella será mia: nadie podrá arrebatarme su posesion. ¡Ah! Nuño yo seré lo que tu quieras que sea: yo haré lo que tu quieras que haga; pero al fin de todo yo podré poseer á Maria, sin llevar la maldicion de mi padre. Obtenga Blanca el Señorío de todos mis dominios: sea ella dueña de todo cuanto poseo, menos de mi corazon, que está reservado enteramente para Maria.

Bien penetrado estaba Nuño de que su señor se entregaria enteramente á su voluntad; porque conocia muy bien la franqueza de su impresionable y sencillo corazon, ageno de todo punto á las horribles tramas, de que mas tarde habia de ser la víctima.

Y efectivamente, asi sucedió: Hernando se entregó completamente á la voluntad de su miserable consejero, el cual desenvolviendo en su men-



te el inicuo plan que habia trazado, principió á ponerlo por obra, aconsejando á su jóven Señor que prometiese á su padre celebrar su enlace con Blanca, al espirar un periodo de cuatro meses, dentro del cual no dejaría de hallarse un medio oportuno de evadirse á la promesa, consiguiendo al mismo tiempo que D. Rodrigo descansando en la confianza de su realizacion, no impidiera la de sus designios.

Luego que propuso á Hernando el hacer aquella promesa tan repugnante á su corazon, y que al fin debia ser un engaño, como todos los hombres de alma buena y generosa, miró á su consejero con despreciativo enojo, mandándole salir prontamente de su aposento.

—Si con una insolente falacia he de comprar mi felicidad, le dijo, yo renuncio á ella para siempre, y prefie-

ro morir separado de María, antes que engañar al mejor de los padres de una manera tan villana.

Poco intimidó al perspicaz confidente la amenaza de su señor, antes por el contrario, bien penetrado de su carácter, vislumbró en esta negativa un obstáculo, que solo serviria para hacer mas enérgica la resolucion del jóven caballero, luego que llegara á decidirse á verificar lo que él le proponia.

Y no se engañó por cierto; por que Hernando, cuyas razones desvanecia Nuño con su malévoló charlatanismo, vino por fin á decidirse, en fuerza de los sofismas de su escudero, á abrazar el partido, que este le proponia, por mas que en un principio le pareciese indigno y despreciable.

—Bien: yo me retiraré, le decia Nuño, vos luego, sin otro guia que vuestro corazon inesperto y sencillo, no

sabreis oponer la mas dévil resistencia á los deseos de vuestro padre; y al fin vendreis á ser víctima de lo que llamais vuestro deber y vuestra dignidad. Renunciareis á la ventura de toda vuestra vida, y cuando querais arrepentiros de vuestra docilidad, ya será tarde. Entonces echareis de menos las caricias de una muger idolatrada, cuya posesion os hubiera hecho verdaderamente dichoso: recordareis con la amargura del mas horrible remordimiento, las gratas ilusiones perdidas unas en pos de otras, como se pierden las cristalinas aguas de los mansos arroyuelos entre las turbulentas ondas de un cenagoso rio. Y esa muger, esa pobre y desgraciada niña, que ha soñado cerca de vos en una ventura celestial, en cuyo corazon habeis abierto una herida profunda, que trais ahora de emponzoñar, cuando os considere perdido para siempre, de-

mándará al cielo el castigo de vuestro perjurio y maldecirá vuesta ecsistencia.

—¡Oh! nunca, nunca, exclamó Hernando, levantándose como un demente, y colocando una mano en la boca de aquel miserable, que asi le atormentaba. Nunca: antes que la maldicion de Maria, caiga sobre mí la maldicion de.

—¡Señor!

—Calla, calla: ¡María! yo lo sacrificaré todo por ti.

Nuño, prosiguió, dirijiéndose al hombrecillo: dispon de mi: mi voluntad te pertenece: yo seré el brazo, y tu serás la cabeza que lo dirija.

—Al fin, exclamó Nuño con cierto aire de triunfo, al fin habeis escuchado la voz de la razon, que es el camino de la felicidad, cuando está en armonia con los sentimientos del alma.

¿Vuestra palabra me garantiza la Promesa que acabais de hacerme?

—Y mi mano tambien, contestó Hernando, presentándola al escudero. Este la estrechó entre las suyas, y salió de la habitacion, donde el incauto jóven quedó entregado á una especie de enagenacion, como la que se experimenta al despertar de un horroroso sueño.



CAPÍTULO XII.

La Fuga.

HA hace mucho tiempo que hemos abandonado la lectura de la historia de María, con el fin de que nuestros lectores vayan conociendo los acontecimientos que motivaban las escenas que vemos descritas en la historia de esta muger misteriosa. No faltará quien critique

el plan que en esta novelita nos hemos trazado, por que en nada se parece al de ninguna otra, y porque vamos enlazando los hechos, que conducen la accion á su desarrollo con los que solo se refieren á los recuerdos de estos mismos hechos vistos y comentados por María de la manera que á ella le era posible examinarlos.

No tenemos la presuncion de creer nuestra novela exenta de defectos, tanto porque nuestra capacidad no nos permite otra cosa, cuanto por que es el primer ensayo que hacemos en este género de literatura, cuyo principal objeto es el que en la dedicatoria indicamos.

Sentado esto por base, seguiremos alternativamente las materias que entre sí tengan un enlace mas íntimo, y puedan producir, á nuestro juicio, mejor efecto en el ánimo de los lectores.

Ahora, veamos como sigue Maria su historia tantas veces interrumpida.

«Despues de la primera noche en que Hernando al pié de mi ventana habia modulado tan dulcemente al compaz de su cítara los amorosos ecos de su corazon, yo sentia que el mio poco á poco se iba ensanchando, para poder sentir las dulces y extraordinarias emociones que principiaba á experimentar»

«El desasosiego, que continuamente me ajitaba, habiase convertido en una inquietud agradable y profunda»

«A la enerjia de mis anteriores padecimientos habia sustituido una languidez embelesadora, que me hacia esperar en el porvenir con una fé grande y sin límites.»

«Ya Hernando no era para mí aquel hombre misterioso, cuya mirada fascinadora me hacia estremecer. Acostumbrada á verle y hablarle todas las noches, su presencia era para mi cora-

zon lo que el rocío benéfico para las nacientes florecillas.»

«Si su mano estrechaba la mía, yo me sentía conmovido; pero no era una conmoción como la que antes había experimentado: era una especie de éxtasis divino, en que mi alma se embobaba, era una sublime emoción tan difícil de expresar, como fácil de sentir en un corazón tan tierno como el mío.»

«Así habían pasado ya cerca de cuatro meses. Hernando no dejaba de verme una sola noche; porque mi presencia, decía él, era el mantenimiento dulcísimo de su alma.»

«En todo este tiempo, mi vida había sufrido una mutación extraordinaria. Ya no era yo, María aquella tierna y candorosa niña, cuyo corazón se satisfacía con los tiernos halagos de una madre amorosa. A la superficialidad de la niñez habíase su-

cedido en mi pecho la mortífera inquietud que el amor había hecho brotar en mi corazón, y la cual más tarde había de conducirme á esta soledad espantosa.»

«Llegó por fin el día, el terrible día, cuya memoria aun me estremece. Hernando vino como de costumbre al pie de mi ventana: su faz, siempre serena, mostrábase entonces como anublada por una cruel melancolía: el brillo de sus ojos estaba apagado, y su mirada tenía á la vez cierta mezcla de indiferencia y una expresión de amargo y profundo sentimiento.»

«Yo me estremecí al verle en aquel estado. Su pupila fija, sus labios entre abiertos, su respiración ajitada, su mano temblorosa y convulsa, todo me hacía comprender que en él había cierto extraordinario padecimiento, que yo no me atrevía á adivinar.»

«Así estuvo algunos instantes mi-

randome en silencio, y al cabo, como dando rienda suelta á su dolor, me dijo con voz balbuciente.»

«Maria, la suerte mas poderosa que nosotros, se empeña en seperarnos para siempre.»

«Al escuchar estas palabras, principié á temblar, y la voz, con que queria haberle contestado, se ahogó en mi garganta. Estuve algunos instantes sin poder reunir las ideas, que sucesiva y rápidamente pasaban por mi imaginacion estraviada. Al fin hice un esfuerzo, y hallándome ya dueña de mis sentidos, observé que las facciones de Hernando habian tomado una espresion enteramente contraria á aquella con que me habia dirigido las primeras palabras. Sus ojos ya no tenian aquella triste languidez, muestra inequívoca de su sentimiento profundo: habian recobrado instantaneamente su brillo, y su mirada

habia adquirido una enerjia tan sobrenatural que me espantaba. Su fisonomia se habia animado de tal manera, y tal era la fiereza y dignidad que sus facciones denotaban, que parecia estar dominado por una fiebre violenta.»

«Yo me estremecí de nuevo, y participé á mi pesar de la agitacion que él experimentaba.»

«Maria, volvió á decirme, la suerte se opone á que tú seas mia para siempre; pero mi voluntad mas enérgica que su poder y tu amor mas preciado que cuantas riquezas encierra el mundo sabrán hacer frente á la adversidad del destino, al cual desafiare para poseerte.

«Yo no sabia que pensar: parecian me á veces sus palabras la espresion de un delirio horroroso; y otras, creyendo leer en el fondo de su corazón, yo no veia en sus acciones, sino una

momentanea enajenacion producida por un amor inmenso, á que se oponian algunos obstáculos. Yo comparaba con los míos sus sentimientos y esta me parecia la causa mas natural que pudiera haber producido aquel estado.

Y ¡qué hacer! Yo estaba toda trémula: mis ojos se habian arrasado de lágrimas, y al reflejar en ellas los escasos rayos de luz, que las estrellas despedian, me parecia contemplar en mi amante un ser superior á todos los mortales, un ángel rodeado de una atmosfera luciente cuya presencia me embelesaba si su delirio no despertara en mi corazon otras muy diversas sensaciones.

Entonces conocí cuanto adoraba á aquel hombre misterioso, que no se dejaba ver sino envuelto entre las densas sombras de la noche y cuyo nombre y condicion aun eran para mi un secreto impenetrable.

—¡Oh! calla, calla por Dios, le dije: si tú tienes valor suficiente para desafiar las adversidades del destino, yo le tendré tambien, y tu María te seguirá donde quiera. Yo comprendo perfectamente tu corazon. El me dice que tú mereces que te ame eternamente; y sin embargo de que tu nombre está para mí velado por una misteriosa oscuridad, yo sabré sacrificártelo todo, hasta mi misma vida.

—María, María, exclamó él enajenado; si tu amor es tan inmenso como lo manifiestan tus palabras, ya ha llegado el tiempo de hacérmelo conocer. Nuestro destino va á fijarse para siempre; y mañana debes partir conmigo donde nos aguarda nuestra felicidad. Allí, ante el ara sagrada yo te daré mi mano, y un sacerdote bendecirá nuestra union.

Estas palabras pronunciadas con toda la efusion de su corazon produjeron en mi alma el efecto que él se

proponia; y á pocos ruegos obtuvo la promesa de mi partida.

Aquella noche su separacion me causó una pena mas grave que de ordinario. Yo lo veia alejarse de mí, y parecíame que aquella era la última vez que debia volver á verlo.

Segun él, nuestra union y mi fuga debian permanecer ocultas para todos, hasta mejor dia; y apesar de que este silencio nada bueno me presajiaba, yo no me atrevia á oponerme á su voluntad: tal era la inmensidad de mi amor y la ceguedad de mi confianza.

El siguiente dia todo lo pasé llorando y procurando ocultar mi dolor á las caricias de mis aflijidos padres.

—¡Oh! era muy cruel. En aquel dia fatal debia abandonarlos para siempre. Yo buscaba en mi imaginacion risueñas esperanzas con que engañarme á mí misma, y con las cuales poder santificar mi locura.

Mi amorosa madre procuraba consolarme de un dolor, que ella no conocia, y sus tiernos halagos lo aumentaban insensiblemente. Algunos momentos estuve prócsima á confiárselo todo, implorando de su bondad el perdon de mi ingratitud; pero mi promesa y el amor que á Hernando profesaba, interponiéndose á mi determinacion, me hacian retroceder espantada de mí misma.

En esta lucha cruel, que aun se presenta vivamente á mi memoria, pasé todo aquel dia agitada por un horrible padecimiento. Llegó la noche, y una violenta tempestad, precursora de mi desgracia, vino á aumentar con su horroroso aspecto las lúgubres ideas que tenian embargada mi imaginacion. Las nubes amontonadas despedian furiosos torrentes, y los truenos, que rápidamente seguian á los fugaces relámpagos, aumentaban los

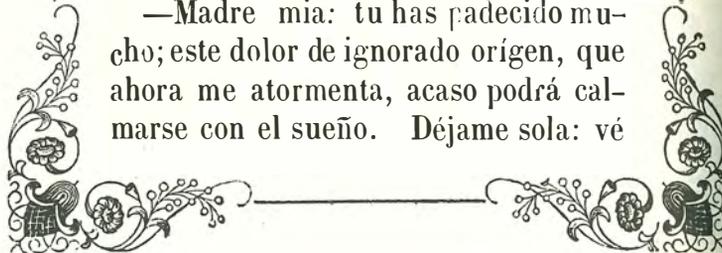
horrores de aquella noche espantosa.

Apenas hubo anochecido, me despedí de mis padres, abrazándolos tiernamente, y sola ya en mi aposento, me entregué á mi dolor, anegada en un copioso llanto.

Mi pobre madre, sin atreverse á dejarme entregada á mi desconuelo en la soledad, volvió á acompañarme algunas horas, prodigándome los mas tiernos halagos. Yo sentia desgarrarse mi corazon á cada una de sus caricias, y este mismo padecimiento me consolaba en algun tanto de mi ingratitud.

Viéndome en un estado, que no me era posible soportar por mas tiempo, dándola un beso en la frente y estrechándola convulsivamente sobre mi corazon, le dije:

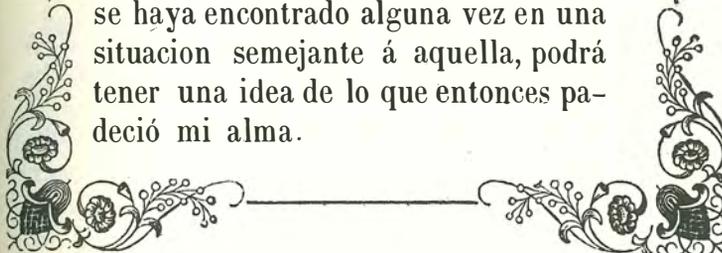
—Madre mia: tu has padecido mucho; este dolor de ignorado origen, que ahora me atormenta, acaso podrá calmarse con el sueño. Déjame sola: vé



á descansar de tu mucha fatiga, que tu pobre hija se calmará. Viéndote padecer á mi lado, mis dolores se aumentan, y ni tú ni yo podremos encontrar el descanso.

Mi madre entonces me abrazó de nuevo; pero de una manera que me hizo estremecer. Sus húmedos ojos se fijaron en los míos, y sus labios pronunciaron mi nombre tan apagadamente, que apenas su acento penetró en mis oídos; y sin articular otra palabra, se separó de mí, dejándome entregada á toda la intensidad de mi tormento.

Imposible me será dar aquí una leve idea de mi dolor; porque las palabras nunca tendran la energía suficiente para espresarlo. Solo el que se haya encontrado alguna vez en una situacion semejante á aquella, podrá tener una idea de lo que entonces padeció mi alma.



En esta ansiedad las horas pasaban rápidamente, y el terrible momento se acercaba. Por no retroceder en mi designio, y para consolar de alguna manera á mis padres de mi precipitada fuga, dejé escritas sobre un lienzo al pié de una imájen de la Virgen, que en mi aposento habia, las siguientes palabras.

«No lloreis, padres míos: hoy me ausento con el que mañana será mi esposo. No he podido resistir á mi pasión.»

Después me arrodillé ante la madre de Dios, implorando el perdón de mi locura, y rogándole por la felicidad de mis amorosos padres.

«Madre mía, le dije cruzando las manos y levantando al cielo los ojos: vos sabéis cuánto los amo: vos sabéis también que si cometo un crimen en abandonarlos, me es imposible dejarlo de cometer. Ese hom-

bre, al cual pertenece mi corazón, mañana ante un altar consagrado á vuestro hijo me hará su esposa, y acaso un día ellos nos deberán una felicidad, que ahora me veo forzada á arrebatársela.»

Al acabar esta plegaria, parecióme que los ojos de la virgen se fijaban en mí, con una expresión de enojo, que me horrorizó. Me levanté atemorizada, y sin saber lo que hacia, me arrojé sobre mi lecho, cubriéndome el rostro con las manos, queriendo de este modo ocultar de mí misma mi dolor y mi vergüenza. Pero ya era la media noche, hora señalada para consumir el sacrificio. Entre el confuso ruido que el agitado viento producía, escuché la voz de Hernando que, conforme á la señal entre nosotros convenida, cantó á media voz de esta manera:

Entre las sombras profundas
de la noche bienhechora,
el ánjel que el alma adora
por su amor velando está.

Huye de sus bellos ojos
el dulce y tranquilo sueño,
y la imágen de su dueño
contempla absorta quizá.



Ven, tortolilla amorosa,
ven á ocupar otro nido;
que en un corazon herido,
el amor te preparó.

Ven, aduerme con tu canto
la pena del alma mia:
al viento tus alas fia,
ya que el cielo te las dió.



Un dulce nido te aguarda
cercado de gayas flores,
donde mis tiernos amores
dichoso te cantaré.

Y el eco de mis acentos
acompañará tu arrullo,
y de la fuente al murmullo
contigo me estasiaré.



No tardes, tórtola mia:
remonta ufana tu vuelo,
y extiende tu vista al cielo:
tu nombre escrito está allí

Y ese Dios omnipotente,
que tan bella te ha criado,
á la tierra te ha enviado
á hacerme feliz por tí.



Toda la energía de que me sentía animada antes de aquella hora fatal, se desvaneció como el humo: trémula y enagenada no acertaba á dar un paso para arrojarme fuera del hogar paterno; pero al escuchar los repetidos acentos, que herían tan profundamente mi alma, hice un esfuerzo, y me lancé precipitada al abismo, que ante mis plantas acababa de abrirse.

Al ruido que hicieron las puertas para darme paso, mi madre, mi infeliz y desconsolada madre se arrojó frenética en pos de su desventurada hija; pero en vano: mi suerte estaba ya decretada, y mi amante, que impaciente me esperaba, me llevó rápidamente fuera de la villa, donde habiéndome colocado sobre su caballo, fui conducida hasta el lugar, en que había de empezar la espacion del crimen, que acababa de cometer.



—Mi hija, mi hija, María fueron las últimas palabras que oí pronunciar en medio del dolor á una madre digna de otra hija menos ingrata.

Aquella voz, que por última vez penetró en mis oídos, se estinguió al punto por la velocidad de nuestra fuga.

Hernando, cuyo nombre y clase no conocí hasta pasado algun tiempo, guiaba nuestra marcha en su fogoso caballo, y dos hombres, que le acompañaban, caminaban en pos de él, siguiendo rápidamente la huella, que el animal dejaba marcada.

Con la obscuridad de la noche no me fué posible conocer el camino, que habíamos emprendido, ni el lugar que se me destinaba para habitacion, hasta que estuve ya instalada en él.



CAPÍTULO XIII.

El padre Ernesto.

AL mismo tiempo que Hernando había partido del castillo de Machaniella con direccion á la casa de Pablo el Morisco, donde debía encontrar á su María, Nuño había partido tambien, por mandado de su señor, hácia el convento de los Anjeles, en busca del padre Ernesto,

que debía bendecir la union del jóven hijo del de Lara con María, la hija del desgraciado Pablo.

Para llegar al convento mencionado, encaminábase por la ribera del rio en direccion de su corriente, hasta llegar cerca del castillo de Alcalá, donde un puente, sostenido por dos grandes barcas le dió paso á la opuesta orilla, por la cual, sin dejar su direccion, habiendo caminado dos millas escasas, se encontró entre las dos colinas en que se levantaba el edificio, de que hablamos en el capítulo, que lleva por epígrafe *El convento de los Anjeles*.

La noche estaba, como hemos visto, oscura y lluviosa, y otro menos conocedor que Nuño de la tierra que pisaba, no hubiera llegado á él con la facilidad que este había arribado.

Apenas se encontró en los umbrales de sus anchas y herradas puertas,

hízas resonar con algunos fuertes y repetidos golpes, los cuales fueron contestados sin tardanza por una voz lejana, que decia así:

—¿Quién llama a la casa de Dios en esta hora?

—Un cristiano, que ha menester un sacerdote, contestó Nuño, dando á su voz un acento, que conmovía.

Las puertas no tardaron en abrirse, y un religioso apareció en ellas, demandando á Nuño la causa de su venida.

—He menester un sacerdote, repitió Nuño con el mismo acento que en la primera vez. Decid al padre Ernesto, que un cristiano, que necesita su presencia, le aguarda á las puertas del convento.

El religioso desapareció por una estensa galería, y al poco rato, el sacerdote, que Nuño procuraba, llegó precipitado á donde estaba el escudero.

—¡Oh! ¿eras tú? le dijo con voz afectuosa.

—Si, padre mio, contestó Nuño, tomando y besándole nna mano. Necesito que vengais conmigo.

—¿Y á donde vamos á esta hora? replicó el sacerdote con algun recelo.

—Donde vuestra presencia es necesaria, repuso Nuño, con algunas muestras de impaciencia. No os escuseis de venir, á prestar los ausilios de vuestro ministerio, á donde él mismo os impone la obligacion de acudir, cuando se os llame.

—Pues es necesario, vayamos, dijo el Sacerdote. Y llamando al religioso, que habia recibido al escudero, se despidió de él, quien cerrando las puertas del convento, lo dejó en el umbral, acompañado del escudero Nuño.

Apenas se separaron algunos pasos de las paredes de aquel edificio,

cuando Nuño dijo] al padre [Ernesto:

—Vuestra mision, padre mio, será en esta noche algo incómoda, preciso es confesarlo; pero en cambio, vais á dar descanso á dos almas, que á mi parecer bastante lo necesitan.

—¿De qué se trata? preguntó el sacerdote.

—¡Oh! es una cosa de mucha entidad. Y aplicando la boca al oido del religioso, como si hubiera algun peligro de que en aquella soledad alguno lo escuchára, le dijo por lo bajo: Se trata de un casamiento.

—Pues yo creo que el asunto no ecsije tanta reserva.

—Pues yo creo que os habeis equivocado de medio á medio; porque si algo de este matrimonio llegára á saberse, yo pagaría con la vida, y vos con la vida, y la honra. Ya sabeis.

—Bien, calla.

—Y es de tanta entidad, vuelvo á

deciros, que aunque vos esteis obligado á guardar el secreto, yo lo estoy tambien á usar de ciertas precauciones...

—¿Qué quieres decir con eso?

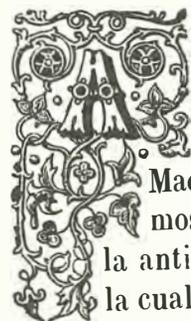
—Nada: que para que en ningun tiempo podais veros obligado á una revelacion, iréis con los ojos vendados hasta el punto donde os aguardan. No hay cosa mas sencilla: llegais; se os quita la venda, echais una bendicion, os la vuelven á poner, y yo os conduzco de la misma manera hasta la puerta de vuestro convento. Luego ni vos os acordais de lo que os ha pasado en esta noche, ni yo de lo que vos no quisierais acordaros.

—¡Oh! este hombre es un monstruo de iniquidad, dijo para sí el padre Ernesto. Y sin antreverse á contradecirle, se prestó sin aparentar repugnancia alguna á la ecsijencia del escudero, el cual, habiéndole venda-

do los ojos, lo hizo montar á las ancas de su caballo, y volvió por el mismo camino hasta el lugar en que dejamos á María.

CAPÍTULO XIV.

La bendición nupcial.



Al menos de un cuarto de legua del castillo de Machaniella, que ya dejamos descrito, encuéntrase la antigua villa de Gandul, de la cual apenas quedan hoy mas que ruinas. En la época á que nos referimos, tendria unas doscientas casas, y el palacio, que en algunas temporadas habitaban sus señores. A

la sazón estaba desierto, y solo algunos criados de D. Rodrigo Álvarez de Lara tenían ocupada una parte del edificio: lo demás estaba perfectamente amueblado al gusto de la época, y á este palacio se dirigió Hernando con la joven María.

Hállase este situado en una de las posiciones mas pintorescas que pueden encontrarse en toda la bella Andalucía.

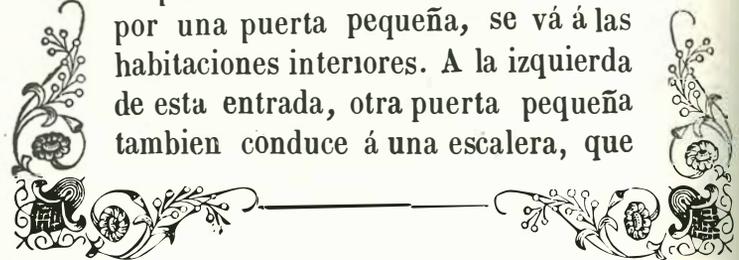
En la ladera de un pequeño monte, que termina la cordillera, que rodea la espaciosa vega de Carmona por el N. y O. se levanta como un magestuoso recuerdo de aquellos tiempos este palacio, cuya vista nos trae á la memoria las muchas y gloriosas hazañas de sus antiguos señores. Al pié cien frondosas y pobladas huertas amenizan aquel terreno delicioso, y las cascadas de algunos molinos forman un agradable murmullo, que contrasta suavemente con la ar-

monía del enamorado ruiseñor, poblador constante de aquellas frondosas enramadas. Estiéndese á lo lejos la ancha y feracísima vega de Carmona, y allá en el horizonte se divisan las elevadas sierras, que sirven de límite á esta dilatada llanura.

Por la puerta principal del palacio corre mánsamente un cristalino arroyo, cuyas aguas descienden á fecundizar aquella hermosa ribera.

El edificio, cuya superficie tendrá de longitud unas sesenta varas y cuarenta prócsimamente de latitud, tiene su puerta principal al S. O. sobre una ancha y fuerte esplanada.

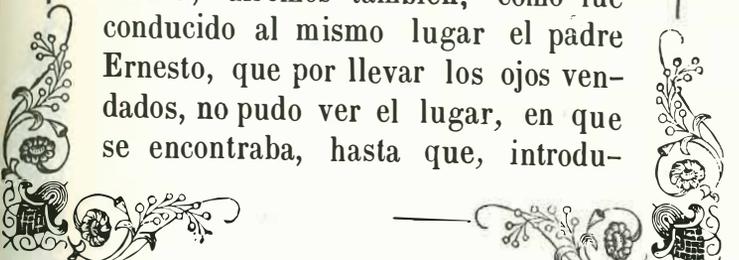
Entrando á la derecha, se encuentra una galería descubierta, sostenida por dos columnas, desde la cual, por una puerta pequeña, se vá á las habitaciones interiores. A la izquierda de esta entrada, otra puerta pequeña tambien conduce á una escalera, que



dá á las habitaciones subterráneas iguales enteramente á las superiores.

En el centro del edificio hay una sala cuadrada como de ocho varas de estension, cuyo techo es una bóveda sostenida por cuatro arcos. Mas adentro, al S. E. termina el edificio una galería de cuarenta y cinco á cincuenta varas de longitud y cuatro de latitud, con ventanas á los bellos jardines de este palacio, plantados de espaciosas calles de naranjos y limoneros y regados por los ricos manantiales, que brotan por do quiera alpié de estos alcóres.

Dada ya á conocer á nuestros lectores la posicion del palacio de Gandul, á donde María habia sido conducida, dirémos tambien, como fué conducido al mismo lugar el padre Ernesto, que por llevar los ojos vendados, no pudo ver el lugar, en que se encontraba, hasta que, introdu-



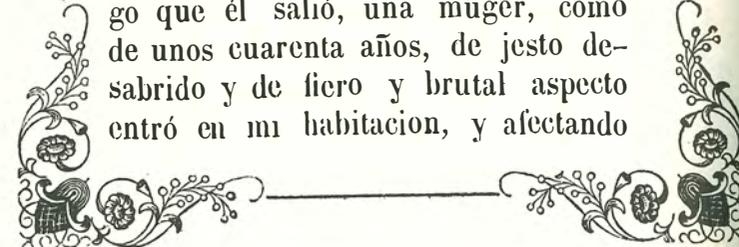
cido por el escudero en la sala de la bóveda, que ya dejamos descrita, le fué por el mismo quitada la venda, mandándole esperar, hasta que allí vinieran á buscarle.

Dejémosle en este lugar, para ver como María en la continuacion de su historia nos refiere el importante acontecimiento, para el cual habia sido llamado el sacerdote.

La historia continuaba así:

La habitacion que se me habia destinado tendria unas diez varas de estension.

Apenas hube entrado en ella, mi amante se despidió de mí afectuosamente, segun me dijo, para dar algunas órdenes á sus criados. Luego que él salió, una muger, como de unos cuarenta años, de jesto desabrido y de fiero y brutal aspecto entró en mi habitacion, y afectando

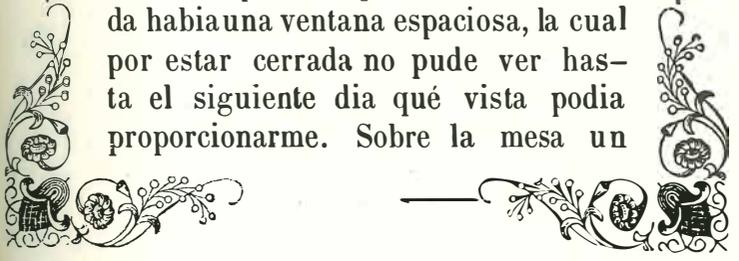


una dulzura, que le era imposible sentir, me dijo:

—Mi señor me ha enviado cerca de vos, para serviros en cuanto podais necesitarne: encargándome ante todo que á su vuelta, que será en breve, os hayais colocado este vestido, espresamente hecho para vos.

Y habriendo un armario, que en un ángulo del aposento habia, sacó un rico vestido bordado de oro, el cual me ajustó con prontitud, llevándose consigo el modesto traje, que hasta entonces habia usado.

Cuatro sillones forrados de terciopelo, una mesa de mármol, y una alfombra de pieles era todo lo que habia en aquella habitacion. Frente de la puerta, que le daba entrada habia una ventana espaciosa, la cual por estar cerrada no pude ver hasta el siguiente dia qué vista podia proporcionarme. Sobre la mesa un



hermoso candelabro de plata con dos mecheros esparcía una clara luz por todo el aposento.

De allí á poco volvió de nuevo la muger que se destinaba á mi servicio, trayendo un blanco velo, que me cubría hasta los pies, el cual me colocó, segun decia, por órden de su señor.

Hernando no se hizo esperar mucho; entró donde yo estaba, y con una sonrisa celestial me dijo, besándome una mano:

—María, vas á ser mi esposa: ven: el sacerdote nos espera: quiero conducirte al altar.

Dicho esto, me tomó de la mano, y cubriéndose hasta los ojos con su capa, y echándose el sombrero á la frente, nos dirigimos por una espaciosa galería, hasta un salon cuadrado cubierto de una elevada bóveda, donde el altar estaba preparado.

Allí un venerable sacerdote nos esperaba, acompañado de un escudero del señor de aquel palacio, cuyo escudero fué siempre para mí la sombra de mi infortunio. Solo una luz opaca habia en aquella habitacion, por lo cual, apenas se distinguian confusamente las facciones de los que en ella estaban.

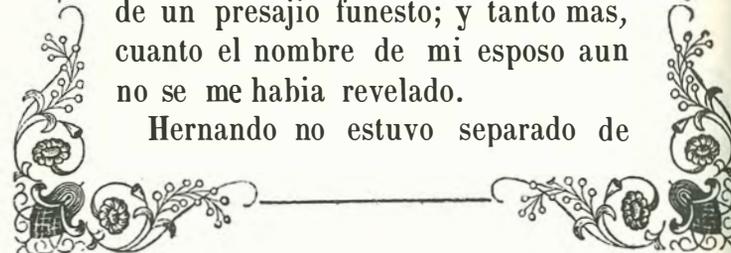
El aspecto melancólico de aquel aposento y el misterio con que todo se obraba, fué tan imponente para mí, que al tomar el sacerdote mi mano para unirla con la del que mas tarde habia de ser mi esposo, sin poder contenerme, principié á temblar, dejando escapar un grito ahogado, y reclinándome maquinalmente en el brazo de Hernando. Este me dirigió algunas palabras de consuelo con una voz casi imperceptible, y el sacerdote recitando por lo bajo algunas palabras nos echó su bendicion.

En seguida salimos de allí, y Hernando me condujo á una habitacion prócsima á aquella, que se me habia destinado, la cual debia ser en adelante nuestra morada.

Dos dias estuvo mi esposo sin separarse de mi lado: sus continuas caricias casi me habian hecho olvidar el dolor que á mis padres habria causado mi fuga; pero sin embargo de que por aquellos momentos la suerte me sonreia, yo experimentaba en mi corazon un sobresalto, que no sabia definir.

De la modesta casa de mi padre, donde todo era sencillo y pobre, habíame visto de improviso trasladada á un suntuoso palacio, cuya grandeza, sin saber por qué, era para mí de un presajio funesto; y tanto mas, cuanto el nombre de mi esposo aun no se me habia revelado.

Hernando no estuvo separado de

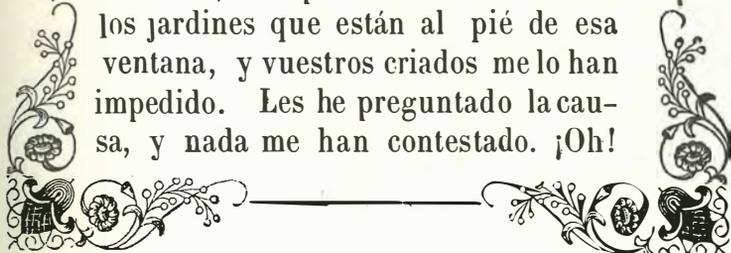


mí, mas que un dia, y al siguiente volvió á mi lado, lamentándose de las ocupaciones, que por tanto tiempo le habian privado de mi vista.

Como al entrar hubiese notado la melancolía que debia pintarse en mis facciones:

—¿Qué tienes, María? me preguntó. Veo que no estás contenta con tu suerte.

—¡Oh! no, le repliqué yo, queriendo en vano reprimir una lágrima. Me habeis traído á este suntuoso palacio, donde solo queda para la pobre María una jaula dorada y el nombre de esposa de un hombre que no se digna concedérselo, sino en la oscuridad del misterio. Durante vuestra ausencia, he pretendido salir á ver los jardines que están al pié de esa ventana, y vuestros criados me lo han impedido. Les he preguntado la causa, y nada me han contestado. ¡Oh!



su silencio me destrozaba el corazón.
—Pobre María! exclamó él, estrechándome contra su seno. Tú no sabes la mortal angustia, que he tenido lejos de tí, previendo este mismo acontecimiento, casi llegué á reconvenirme de las órdenes que habia dado; porque has de saber, pobre tórtola mía, que ese silencio y la prohibicion de que te quejas son una emanacion de mis mandatos. Un poco mas de resignacion: el tiempo vuela rápidamente, y acaso mañana podré decirte con orgullo mi nombre, presentando á mi esposa delante del mundo con el mismo placer que la he recibido delante de Dios.

—Vuestras palabras me consuelan, le dije yo; pero acaso cuando llegue ese dia....

—¡Qué dices!

—Perdonadme: yo me resignaré, hasta que la suerte termine vuestro

silencio, siempre que vuestro amor no me falte en mi soledad.

—Mi amor, María, mi amor, él es puro como tu alma, y eterno como tu virtud.

—¡Ah! bendito sea vuestro amor: bendiga el cielo vuestras palabras por el mucho bien que me hacen. Pero os suplico que no me abandonéis. Consagrada como estoy á vos, no tengo otra delicia que el hablaros. Vuestra presencia me hace olvidar de mí misma, y mi corazón se ensancha para recibir vuestras caricias. Vos, que fuisteis el ángel en mis sueños, sedlo tambien mientras estoy despierta. No me abandonéis, y vuestra esposa será feliz.

Hernando me tendió sus brazos, y estrechándome nuevamente contra su corazón:

—María, me dijo: tú eres mi único pensamiento. Tengamos un poco de esperanza; y cuando llegue el ven-

turoso día, que tanto anhela mi alma, recojerás con usura el premio de las muchas privaciones, que por la suerte te ves obligada á sufrir en silencio. Entre tanto, preciso es que permanezcas ignorada de todos. Solo mi escudero y esa muger dedicada á tu servicio pueden saber de tu existencia. Mas adelante serás libre y dichosa.

De esta manera se pasó todo aquel día, y muchos siguientes, sin que me fuera posible comprender cual habia de ser mi destino en el porvenir.

Representábaseme á veces entre los sueños dorados de mi fantasía una ventura sin límites al lado de mi adorado esposo: otras, por el contrario, parecíame ver á lo lejos sembrada de abrojos y sinsabores la triste carrera de mi vida. Entonces, sin poder contenerme, lloraba con amargura una desgracia que veía descender sobre mi cabeza. En medio de mi soledad,

creía mirar á mi amorosa madre, tendiéndome los brazos cariñosa, para apartarme de un abismo que á mis plantas se abría; y al acercarme á ella, me repelía con enojo, como á una hija, que llevaba sobre su frente la torpe mancha de la ingratitud.

Los días que Hernando estaba cerca de mí, los pasaba mas tranquilos y una dulce esperanza me sonreía; pero cuando estaba alejada de su presencia, las imágenes mas desgarradoras venían á martirizar mi corazón,

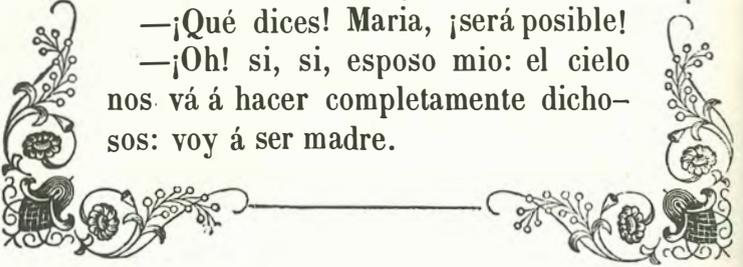
Tres meses habrían pasado, cuando, una mañana recibí á mi esposo con una alegría sobre natural. El, conociendo el placer que rebosaba en mi alma, me acarició mas tiernamente demandándome la causa de aquel extraordinario regocijo.

—Esposo mío, le dije, ven, soy muy dichosa, y tomándolo de la mano, lo conduje al pié de la ventana, que

daba á los jardines. La mañana era templada: las gotas de rocío estaban aun pendiente de las verdes ojas, y los rayos del sol, naciente apenas, las herian débilmente con sus dorados reflejos. A la orilla de una apacible fuente una tierna paloma arrullaba sus dos pequeños hijuelos, que por primera vez habian volado del nido, y su arrullo se confundia con los sonoros trinos de las alondras de la vega, y de los pintados gilguerillos que cantaban entre el verde follaje de los acopados naranjos. Mira aquella paloma, continúe, estrechando mas y mas la mano de mi esposo: acaso en el dia feliz, que tantas veces me has pintado, tú y yo, podremos, como ella, acariciar á nuestro hijo.

—¡Qué dices! Maria, ¡será posible!

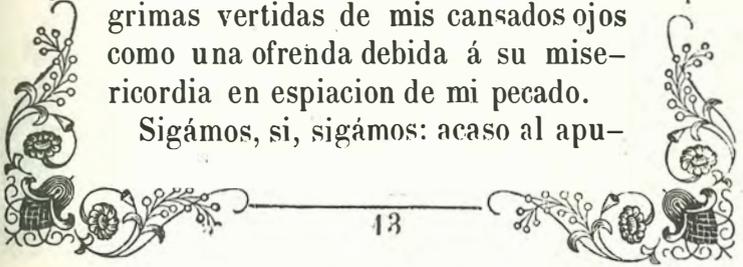
—¡Oh! si, si, esposo mio: el cielo nos vá á hacer completamente dichosos: voy á ser madre.



Hernando entonces, abriéndome sus brazos, me estrechó en ellos con un tierno delirio, y posando sus labios sobre mi frente, hizo palpitar mi corazón, con la sublime espresion de su ternura. ¡Dia feliz! Tu imagen siempre grabada en mi memoria ha sido el tormento que ha aniquilado mi existencia. ¡Ah! ¿quién me hubiera dicho que en pos de aquellos momentos de gozo y de alegría, habian de venir las lentas y amargas horas de mi cruel desventura? Pero sigamos; cada recuerdo es una nueva espina, acaso un dia convertida en rosa, de la corona de mi martirio.

Dios, que todo lo vé, Dios, que todo lo oye, Dios, que comprende el corazón de sus criaturas, admitirá las lágrimas vertidas de mis cansados ojos como una ofrenda debida á su misericordia en espacion de mi pecado.

Sigámos, si, sigámos: acaso al apu-

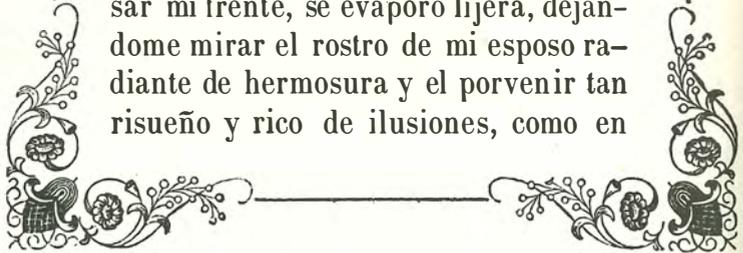


rar mi copa de amargura, Dios se apiará de mí, colocando en el fondo de ella el fin de mi existencia.....

Estrechábame Hernando contra su corazón, y viéndome ajitada y convulsa: ven, me dijo, Maria: tiempo es ya de descubrirte el secreto misterioso que por tanto tiempo te he velado: todo lo sabrás; que ya que el cielo me ha dado en tí un ángel de virtud y de pureza, justo es que yo deposite en el seno de mi adorable esposa el secreto que, á costa de mi ventura, hasta ahora he podido ocultarle.

Parecíanme entonces los acentos de Hernando, los acentos dulcísimos de una voz celestial, llena de encanto y de armonía.

La densa nube, que rodeaba de pesar mi frente, se evaporó lijera, dejándome mirar el rostro de mi esposo radiante de hermosura y el porvenir tan risueño y rico de ilusiones, como en

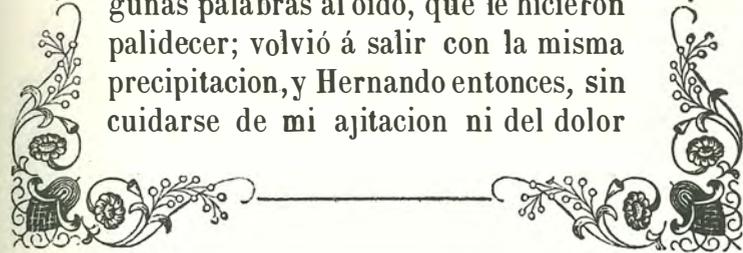


mis venturosos éxtasis lo habia mirado muchas veces.

Miraba yo á Hernando con cierta veneracion llena de tierna idolatria, y mis brazos rodeaban su cintura, y mis ojos espiaban los movimientos de sus pupilas, y mis lábios pendientes de los suyos parecian esperar un bálsamo dulcísimo para mi corazón, como un niño sediento al aplicar los suyos á las bullentes aguas de una fuente.

En esta posicion esperaba yo por instantes el colmo de mi ventura, cuando á deshora, el malhadado escudero, présago de todas mis desgracias, entró precipitado en nuestro aposento, turbando la alegría que empezaba á nacer dentro de mi corazón.

Al acercarse á Hernando, dijole algunas palabras al oido, que le hicieron palidecer; volvió á salir con la misma precipitacion, y Hernando entonces, sin cuidarse de mi agitacion ni del dolor



que su repentina ausencia me causaba, siguió los pasos del traidor Nuño, estinguéndose poco á poco el ruido de sus pisadas por la espaciosa galería, al fin de la cual se hallaba mi aposento.



CAPITULO XV.

Un Consejo.

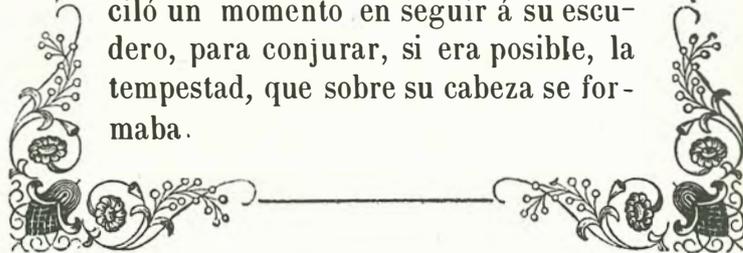
QUAL será, dirán nuestros lectores, la causa que motivó la repentina salida de Hernando? Una palabra de consuelo estaba próxima à deslizarse de los lábios del generoso caballero, para colmar de felicidad el corazon de una desconsolada niña; pero el destino, á que la pobre Maria estaba condenada, no permitia á su dolor una pequeña tregua:

sus ojos debian llorar; y sus lágrimas, vertidas en la soledad y el desconsuelo, debian ser las únicas compañeras de su desgracia.

El plazo fijado por Hernando estaba ya próximo á cumplirse y D. Rodrigo Alvarez de Lara hacia todos los aprestos necesarios para llevar á cabo su proyectado enlace.

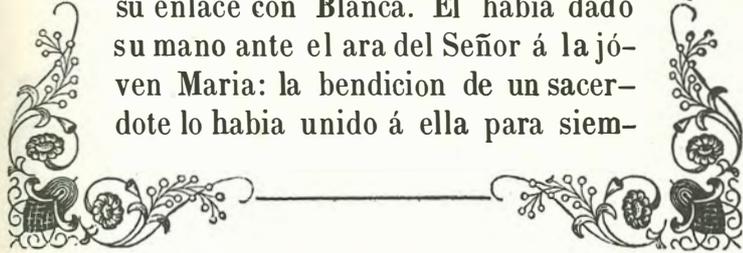
Nuño, sabedor de ello, y por otra parte interesado en su realizacion, como veremos mas adelante, siguiendo el curso de esta historia, llegó á deshora, segun hemos visto en el anterior capítulo á participar esta terrible nueva al, mas que nunca, enamorado esposo.

Como herido del rayo, quedó Hernando al escuchar la noticia de preparativos tan funestos, asi es, que no vaciló un momento en seguir á su escudero, para conjurar, si era posible, la tempestad, que sobre su cabeza se formaba.



Qué hacer entonces: la voluntad de su padre, terminantemente significada, no era susceptible de revocacion: por otra parte, su palabra habia sido solemnemente empeñada, y faltar á ella resueltamente, hubiera sido un baldon arrojado sobre sus gloriosos timbres: que si bien aquella promesa, hecha sin la necesaria premeditacion, no tenia en su conciencia toda la fuerza necesaria para obligarle á su cumplimiento, no obstante, la promesa habia sido hecha, y las consecuencias habian de ser fatales, cualquiera que fuera la decision que abrazara.

Decidióse, pues, el jóven Hernando á participar á su padre el estado de su corazon, y la imposibilidad de llevar á cabo la fatal promesa respectiva á su enlace con Blanca. Él habia dado su mano ante el ara del Señor á la jóven Maria: la bendicion de un sacerdote lo habia unido á ella para siem-



pre, y estos sagrados vínculos no podían romperse sin quebrantar á un mismo tiempo las leyes de Dios y de los hombres; pues, apesar de haber sido el enlace clandestino, hecho en la oscuridad y en el misterio, el honor de un caballero del siglo trece era una garantía mas que suficiente para sostenerlo á todo trance.

Decidióse, como hemos dicho, á arrojarse á los pies de su padre, implorando, mas que para él, para la pobre Maria, la clemencia de su corazón.

Con tan buen ánimo dirigióse al castillo de Machaniella, resuelto á llevar á cabo su pensamiento.

No bien hubo llegado, cuando Nuño, que en el camino le habia precedido, salio á recibirle, dando evidentes muestras de estar poseido del mismo sentimiento, que á su jóven Señor entristecía.

Hernando, con la frente inclinada

al suelo, los ojos arrasados de lágrimas y el corazón abatido por la melancolía, dirigióse al escudero, participándole su loable determinación.

Apenas Nuño la hubo escuchado, cuando poniéndose de inojos; ante el jóven caballero, le suplicó con el ansia mas solícita, no diera un paso, del cual tan malas consecuencias podían deducirse.

¿Qué hareis, le decía, con arrojaros á sus pies, implorando un perdón, cuya consecución es imposible? ¿No considerais, que siendo vuestro padre y mi Señor el que tanto se interesa en vuestro enlace con la señora Blanca, de nada servirían vuestros suspiros, de nada vuestros ruegos, de nada vuestras súplicas, de nada vuestras lágrimas? El corazón de un anciano, semejante al árbol endurecido por los años, ni se mueve al viento de un suspiro, ni brota nuevos tallos, humedecido por

una lágrima; pues estéril ya, y casi insensible á las impresiones de la juventud, no se acuerda de cuando un blando céfiro lo balanceaba y una gota de rocío hacia reverdecer sus agostadas hojas.

Acaso no sería tan difícil que consiguierais un plazo mas dilatado. Mil causas justas podrían esponerse para ello, y si me permitierais, yo os indicaría una. . . .

—Habla, habla, dijo entonces Hernando con una voz nacida de lo íntimo del corazón. Tú, que fuistes mi salvador en otro tiempo, selo ahora también. Indica tú la manera de obrar: la ejecución será mía.

Púsose Nuño á pensar algunos instantes, al cabo de los cuales dijo á su señor:

—El cielo me ha iluminado: yo retardaré el cumplimiento de esa promesa.

Ireis á ver á vuestro padre: decidle

que estais pronto á realizar sus órdenes; pero que antes es necesario que cumplais otra promesa, cual es, la de no dar vuestra mano á la jóven que se os propone, hasta haber obtenido en los combates un trofeo digno de ofrecerle. Que por lo tanto es preciso os deje partir á los campos de batalla, donde os esperan nuevos laureles, conseguidos los cuales, volveréis á llevar á efecto sus deseos. De este modo conciliais el obtener un plazo mas dilatado, que os libraré por ahora de cumplir la promesa, cuyo término espira y al mismo tiempo saciareis la sed de gloria que en vuestro noble corazón se encierra, y por la cual tantas veces habeis suspirado.

En cuanto á lo demas, dejadme hacer, que acaso á vuestra vuelta bendecireis á vuestro fiel Nuño por el consejo que acaba de daros.

Ecsaltado Hernando con las ideas

de gloria que Nuño habia despertado habilmente en su corazon, como todo jóven de alma grande y corazon ardiente se dejó arrebatado facilmente por tan alhagüeña esperanza, y sin dar lugar á la premeditacion necesaria, corrió á los pies de su padre, donde con todo el entusiasmo del ardor juvenil le espuso el pensamiento nuevamente concebido, y tal como Nuño se lo habia representado.

Hubo de consentir D. Alvaro en fuerza de sus encarecidos ruegos; y asi, con la esperanza de hacerlo regresar prontamente bajocualquier pretesto, le concedió el permiso de su partida.

Delirante de alegría salió Hernando de la habitacion de su padre y corrió á abrazar á su escudero, que por momentos y ansioso lo esperaba.

A los pocos momentos se dirigia á la habitacion de su infeliz esposa, donde le encontraremos en el prócsimo capítulo.

CAPITULO XVI.

La Partida.



NO pudo tranquilizar á la infeliz Maria la pronta vuelta de su adorado Hernando.

Al sentir sus pasos por las estensas galerias que conducian á su aposento, ella los conoció perfectamente, como si el ruido que ellos producian fuera imposible de confundirse con otro; porque el alma por sí sola percibe y conoce

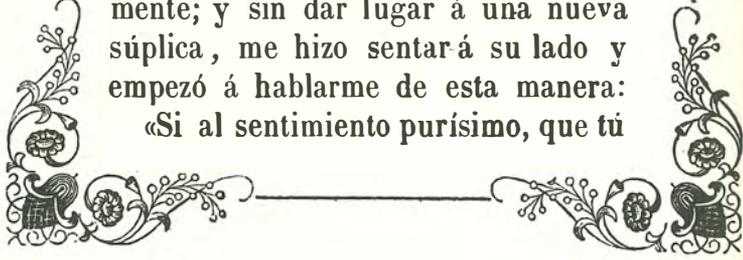
ciertas sensaciones, cuya causa no nos podemos explicar, y la cual nace sin duda de un conocimiento superior al que nos puede provenir de los sentidos.

Pero sigamos la historia de Maria, que ella describe perfectamente los acontecimientos, que queremos narrar en este capítulo.

«Al cabo de algunas horas volvió Hernando, trayendo pintada en su fisonomia la espresion de una melancolia, hasta cierto punto agradable. Yo que, durante su ausencia, me habia entregado al mas amargo desconsuelo levanté hacia él mis llorosos ojos, demandándole una esplicacion, que pudiera satisfacerme.

Hernando me comprendió perfectamente; y sin dar lugar á una nueva súplica, me hizo sentar á su lado y empezó á hablarme de esta manera:

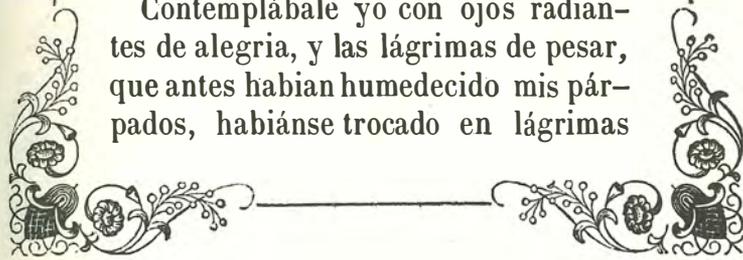
«Si al sentimiento purísimo, que tu



supiste inspirarme, alma mia, no se uniera la horrible fatalidad de nuestros destinos, fuera yo el mas feliz de los hombres.

Hasta ahora un secreto misterioso ha velado ante tus ojos mi nombre y mi fortuna. Acaso alguna vez te habrá parecido criminal mi silencio, y tu alma habrá rechazado con indignacion los tiernos halagos, que mi afecto te prodigaba: habrás mirado en mi un hombre cruel, que se complacia en atormentarte, sin dejarse comprender cual debiera á una mujer, cuya ecsistencia le pertenece. Pues bien: ese velo fatal ahora se desprenderá de tus ojos, y el hombre, cuyo corazon has sabido conquistarte, podrá decirte con orgullo: hé aquí mi nombre.

Contemplábale yo con ojos radiantes de alegria, y las lágrimas de pesar, que antes habian humedecido mis párpados, habiáanse trocado en lágrimas



dulcisimas vertidas casi en un completo enajenamiento.

Yo estrechaba con la mas ardiente eesaltacion las manos de mi esposo, que se hallaban entre las mias, humedeciéndolas con el copioso llanto de placer, que se desprendia de mis ojos: despues, como el me contemplara en silencio:

—Háblame, háblame, le dije: mi alma esta pendiente de tus palabras; y como si temiera perder alguna de ellas, suspendí mi respiracion, temerosa de que pudiera oscurecerme un solo acento.

Hernando lloraba tambien, pero era el llanto sublime con que un alma de fuego espresa una sensacion profunda y agradable. Dos lágrimas bajaban tranquilamente por sus mejillas: yo me apresuré á recojerlas con mis lábios.

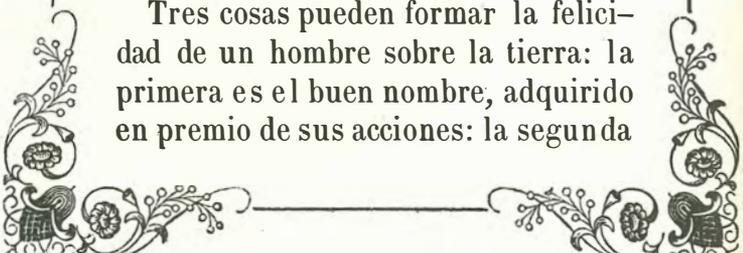
Hernando continuó con voz menos firme que su revelacion habia comenzado.

Mi nombre es Hernando Alvarez de Lara: arrullaron mi cuna los murmullos de las ondas del claro Guadaira, meciéndola los benéficos aires, que han mecido la tuya. Ese embalsamado ambiente, que se respira en las encantadas orillas de esa ribera, ha sido respirado por ambos en los presurosos dias de nuestra niñez. Esa enorme fortaleza que se levanta á su márgen, orgullo un tiempo de las huestes Agarenas, y hoy rico blason de sus nobles conquistadores, ha visto pasar en su bello recinto los primeros instantes de mi vida, felices porque eran el presagio de la época dichosa en que yó habia de poseerte. Mi padre, á quien cien vasallos acatan y obedecen, contemplaba en mí un ilustre vástago de la nobleza castellana, destinado á perpetuar las glorias de sus ilustres progenitores.

He aquí, Maria, el hombre á cuya

suerte has querido unir la tuya: mañana, dueño de mis castillos y fortalezas, podria presentarte al mundo como á la dulce compañera elegida por mi corazon. Tus virtudes, tu pureza, tu corazon noble y generoso son timbres mas esclarecidos que cuantos pudieran adornar otros blasones, que de ellos carecieran; pero los hombres, mas acostumbrados á ecsaminar á los demas por una exterioridad engañosa, que á profundizar en el corazon donde tienen su asiento las virtudes, se engrien facilmente con deslumbradoras y falsas apariencias, sin advertir el enorme engaño de que suelen ser víctimas, cuando se presenta bajo su verdadera y propia figura la triste imagen de la realidad.

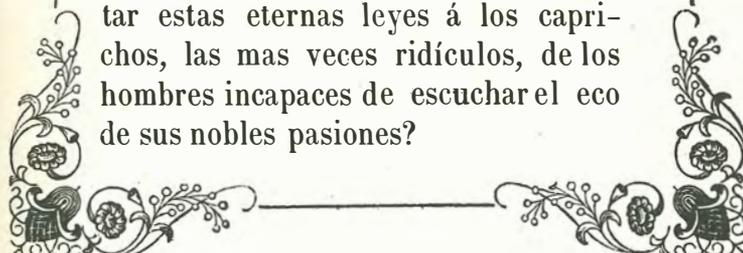
Tres cosas pueden formar la felicidad de un hombre sobre la tierra: la primera es el buen nombre, adquirido en premio de sus acciones: la segunda



el valor, que lo hace respatable ante sus enemigos: y la tercera una mujer cuyo corazon unido al suyo por la secreta simpatia, que el Señor ha establecido entre sus criaturas, endulce los momentos amargos de su vida y se goce con él en sus prosperidades.

El amor no conoce otras leyes que las de la naturaleza: las leyes, á que los hombres han querido sujetarlo, son vanas quimeras, que solo sirven para hacer la infelicidad del género humano.

Ama, dijo Dios al hombre, al colocarlo sobre la tierra; y este hombre, impelido por la necesidad de amar, no puede seguir otra senda que la que su corazon le marca, que es la senda trazada por el Señor, hablando por la naturaleza. Si esto es asi; ¿á qué sugerir estas eternas leyes á los caprichos, las mas veces ridiculos, de los hombres incapaces de escuchar el eco de sus nobles pasiones?



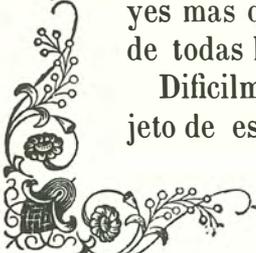
Yo te ví, hermosa y tierna niña, y en aquel momento escuché la voz de la naturaleza, por medio de la cual el Dios omnipotente me ordenaba que te amase.

Los hombres, en cuyo corazón no penetra este acento, acaso tendrán por un crimen el responder á esta voz celestial, présaga de nuestra ventura.

Ellos han querido sujetar el amor á una serie de falsos y mal calculados raciocinios, sin considerar cuan imposible es uniformar los sentimientos que nacen espontáneamente en el corazón á impulso de las santas pasiones, con los mezquinos cálculos de un interés miserable y rastrero.

El amor, sublime emanación del espíritu, no recibe, ni puede recibir leyes más que de Dios, sabio ordenador de todas las cosas.

Difícilmente comprenderías tú el objeto de este preámbulo, si yo no te es-

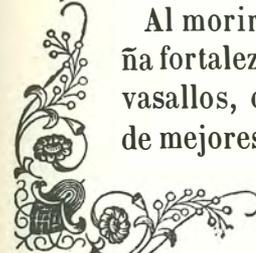


plicara la causa de haber empezado con él la revelación, que tanto has deseado.

Al hacerte conocer mi calidad y mi nombre, parecíame indispensable darte algunas noticias sobre estas ideas, que continuamente se me presentan á la imaginación, y principalmente en los momentos, en que se me quiere hacer víctima de esas combinaciones, que mi corazón rechaza.

Mi padre, noble y honrado caballero, tuvo un amigo desde la infancia, compañero en las lides y partícipe de sus glorias, hasta que la suerte, que en variar de faz á cada momento se complace, privole del galardón recibido en premio de sus muchos y muy considerables servicios.

Al morir, solo conservaba una pequeña fortaleza y un número reducido de vasallos, que como un triste recuerdo de mejores días, habíale dejado su for-



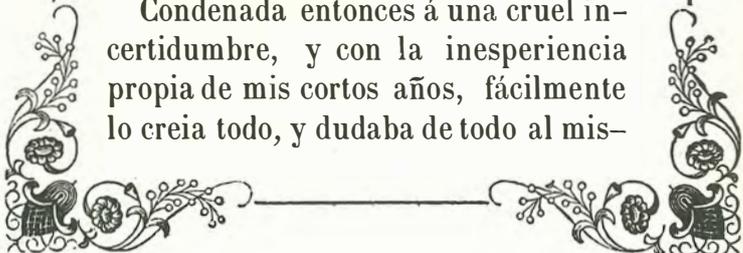
tuna. Al escalar su último suspiro entre los brazos de mi padre, escijó á este una promesa, la cual le fué hecha desde luego, sin considerar lo mucho que en ella tal vez aventuraba.

Este caballero dejaba una hija de mi misma edad..... Maria, la promesa era..... la de unirme á ella con vínculos eternos.

Apenas escuché esta confesion de los lábios de Hernando, un temblor convulsivo se apoderó de mí; y sin ser poderosa á resistir sus efectos, caí turbada y sin sentido entre sus brazos.

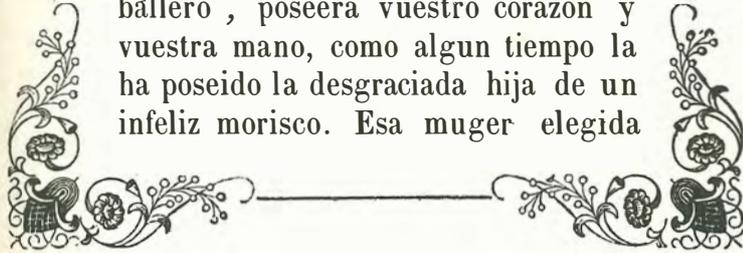
Vuelta ya en mí, á fuerza de sus muchos cuidados, comencé á llorar, como si aquella revelacion fuera el fatal anuncio de los amargos dias, en que mas tarde he pasado mi ecsistencia.

Condenada entonces á una cruel incertidumbre, y con la inesperienza propia de mis cortos años, fácilmente lo creía todo, y dudaba de todo al mis-



mo tiempo. Cualquier insignificante acontecimiento era suficiente para sumirme en la mayor amargura, y cualquiera otro, rodeado de alguna apariencia de felicidad, bastaba para hacerme enloquecer de alegría. De esta manera no fué difícil á Hernando consolarme, como en otras ocasiones lo habia hecho; pues sus palabras tenian para mí cierta fuerza de conviccion, á que en vano hubiera querido resistirme. La voz de aquel hombre, que habia sabido fascinar mi corazon, llevaba para mí el acento de la verdad emanada de un ser extraordinario, ante el cual enmudecen los sentidos, calla la razon y cree el alma,

Y bien, le dije yo: mañana esa mujer á quien vos llamais hija de un caballero, poseerá vuestro corazon y vuestra mano, como algun tiempo la ha poseido la desgraciada hija de un infeliz morisco. Esa muger elegida

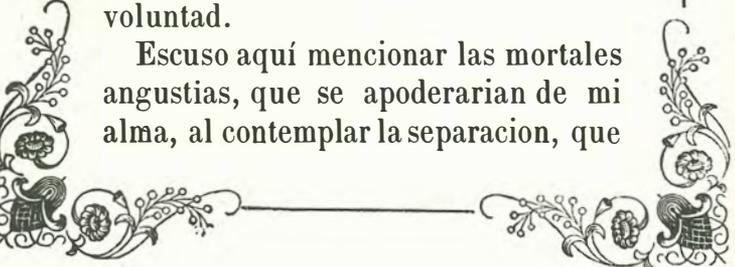


por vuestro padre, será bendecida por él ante el ara del Señor, olvidando vos la union temeraria, que habeis osado realizar en medio de la oscuridad misteriosa.

No pude decir esto sin alguna mezcla de turbacion, ni sin que mis lágrimas volvieran á mis ojos, buscando tranquilamente su acostumbrado curso.

Hernando volvió á reiterarme sus promesas de no abandonar nunca á la muger, que su corazon habia elegido, manifestándome su pensamiento de alejarse por algun tiempo del lado de su padre, para dar lugar de esta manera á que algun acontecimiento viniera á relevarle de la obligacion contraida por este, sin consultar antes su voluntad.

Escuso aquí mencionar las mortales angustias, que se apoderarian de mi alma, al contemplar la separacion, que



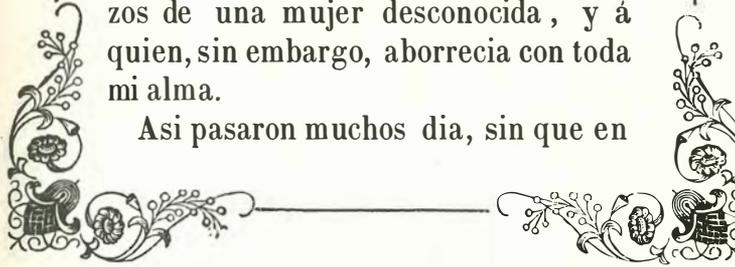
por primera vez habia de privarme de la presencia de mi adorado esposo.

Un sentimiento, hasta entonces desconocido, habiase apoderado de mi corazon. Los celos, esa pasion irresistible, que agota los tiernos sentimientos de un alma generosa, habia emponzoñado entonces mi ecsistencia, dejándome ver mi porvenir aciago, cercado de todos los horrores, que mas tarde habia de prestarle una realidad funesta.

Hernando partió al fin: yo no tuve valor para soportar su tierna despedida, y por algunos dias permanecí casi insensible, entregada al mas cruel abatimiento.

Representábaseme á veces la imagen de aquel hombre adorado entre los brazos de una mujer desconocida, y á quien, sin embargo, aborrecia con toda mi alma.

Asi pasaron muchos dia, sin que en



ellos hubiera tenido noticia alguna del hombre, por cuya ausencia suspiraba.

Si alguna vez abria las ventanas de mi aposento para respirar la embalsamada brisa de los jardines cercanos, pareciame ver aquella tierna paloma, que en tiempos mas felices arrullaba á sus pequeños hijuelos, y á cuya vista habia manifestado á Hernando el estado en que entonces me encontraba.

Pero demos alguna tregua á mis dolores: vá á comenzar la mas terrible época de mi vida, y es necesario para continuarla un valor que, acaso excederá á mis fuerzas

Suspendamos por un momento la continuacion de esta historia, para ver como el infame Nuño trató de llevar á cabo el mas ruin proyecto, que pudo abrigar la imaginacion del mas perverso de los hombres.

CAPÍTULO XVII.

La Seduccion.

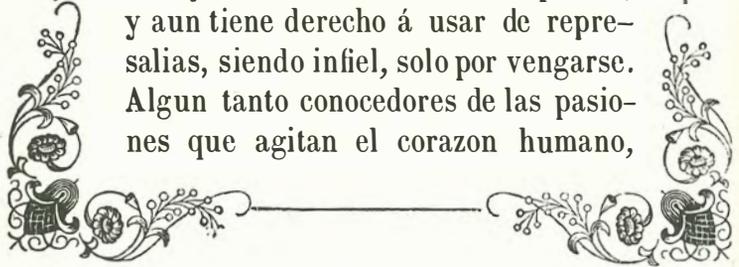


S IEMPRE ha sido de almas mezquinas, prevalerse de las amargas situaciones, para asestar los tiros de sus maldades contra el indefenso, que en vano trataria de desviarlos, cuando ellos han sido bien dirigidos.

Nuño habia calculado, y acaso habria calculado bien, si sus planes no se dirigieran contra la virtud de Ma-

ria, que una mujer, colocada en la situacion, en que ella por desgracia se encontraba, era tanto mas fácil de seducir, cuanto lo era el manifestarle con todo el aparato de realidad una infidencia de parte del hombre que adoraba. Él calculó bien, repetimos, que una muger abandonada por un hombre, fácilmente se presta á ejecutar lo que otro, por quien se vé alhagada, le propone; pero él no consideraba lo difícil, y aun casi imposible que es las mas veces introducir el veneno de la seduccion en el corazon de una muger, que ama todavía, y que ama con esperanza.

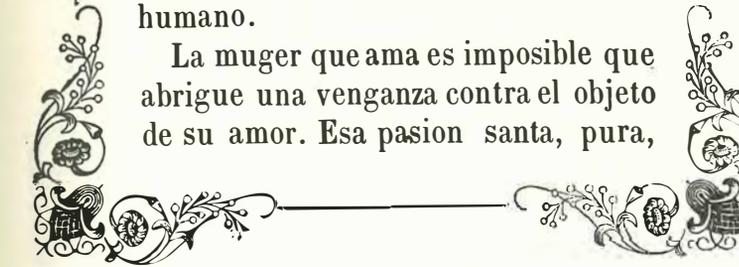
Nosotros no admitimos en manera alguna la teoria, que hasta ahora se ha querido establecer, de que una mujer, solo por ser desdeñada, está dispuesta, y aun tiene derecho á usar de represalias, siendo infiel, solo por vengarse. Algun tanto concedores de las pasiones que agitan el corazon humano,



creemos mas bien que esa venganza, por algunos mal entedida, y esplotada por muchos, es mas bien hija de una depravacion del alma, que de ese instinto, que en manera alguna podemos conceder á las mugeres. La muger que se venga de una infidelidad, recurriendo á otra, podemos asegurar, sin temor de engañarnos, que estaba dispuesta á ejecutarla, sin necesidad de talescitacion, y que al disculpar un crimen, cuyas circunstancias quieren atenuar por ese medio, escogen el escudo, á cuya sombra mas fácilmente pretenden guarecerse.

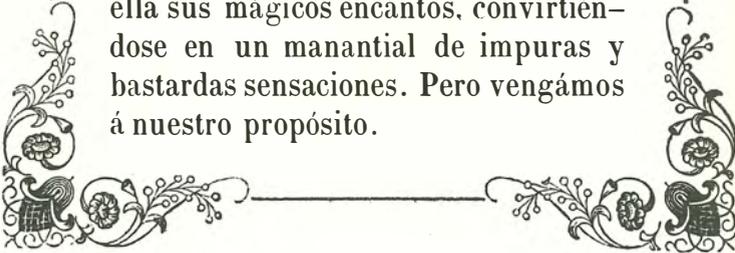
Permítasenos esta digresion en gracia de las verdades que envuelve, y de que por fortuna no puede dudarse con un mediano conocimiento del corazon humano.

La muger que ama es imposible que abrigue una venganza contra el objeto de su amor. Esa pasion santa, pura,



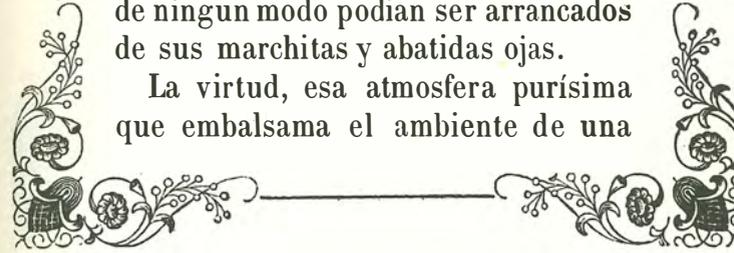
vivificadora, inmensa, que Dios ha colocado en sus criaturas, y por cuyo medio alcanza el hombre su mas sublime felicidad, si rectamente es conducida, es imposible de rodearse de esos atributos, que almas mezquinas y corrompidas por el egoismo mas estúpido quieren atribuirle. Ese sentimiento dulcísimo, que embriaga el corazon y enajena el alma, elevándola hasta la divinidad, es imposible, repetimos, de estraviar la razon hasta el punto que algunos maliciosamente han pretendido.

Nunca está mas lejos una muger de imaginar esas supuestas venganzas, que cuando el amor ha penetrado en su corazon: nunca mas próxima á realizarlas, que cuando ese sentimiento, de origen celestial, ha perdido para ella sus mágicos encantos, convirtiéndose en un manantial de impuras y bastardas sensaciones. Pero vengámos á nuestro propósito.



Nuño, cuya estrategia maravillosa, y cuyo malévolo corazon irémos conociendo en el curso de esta historia, habiase propuesto, corromper el corazon purísimo de Maria, convirtiéndolo en una sentina de vicios, que estuvieran en armonia con los instintos de su alma depravada. La fragancia de aquella flor, cuyo caliz no se habia abierto sino á las puras auras de un amor eterno y espiritual, por decirlo asi, formaba un contraste con la hediondez de las venenosas plantas que la rodeaban. El huracan de las bastardas pasiones, nacidas en el corazon de aquel infame escudero, debia agotar la frescura y lozania de aquella rosa, sin espinas que la guarecieran; pero su fragancia y sus dulces y suaves perfumes de ningun modo podian ser arrancados de sus marchitas y abatidas ojas.

La virtud, esa atmosfera purísima que embalsama el ambiente de una

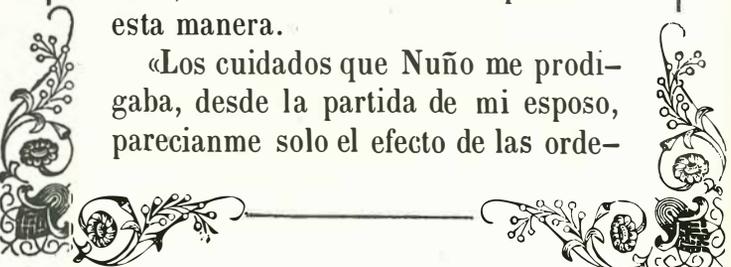


muger, es imposible arrancarla de su corazon si ella no la arroja voluntariamente: como todas las cualidades del espíritu es incapaz de desvanecerse, mientras el alma se obstine en conservarla.

Nuño, colocado respecto de ella, en una posicion ventajosa, queria aprovechar la superioridad que él acaso ponía en sus manos, para arrastrarla en pos de sí á un abismo de corrupcion y de maldades.

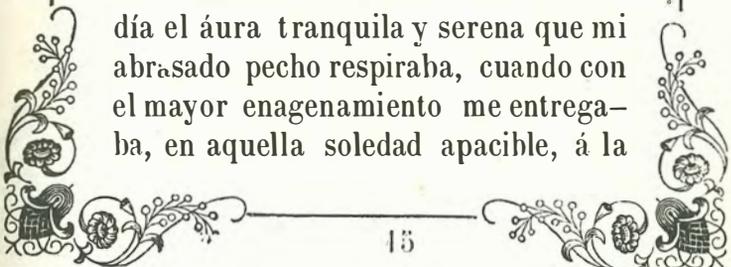
Prodigábale desde la partida de Hernando los cuidados mas afectuosos, usando con ella de cuantas condescendencias y tiernos desvelos pudieran imaginarse. Pero aquí tomaremos de nuevo el hilo de la interrumpida historia, en la cual Maria se espresa de esta manera.

«Los cuidados que Nuño me prodigaba, desde la partida de mi esposo, parecianme solo el efecto de las orde-



nes, que él le habria dado antes de su salida. Ya no habia para mí la severa reclusion, en que se me habia hecho permanecer los primeros dias de mi estada en aquel castillo. Las puertas estaban abiertas para mí á todas horas, y no se me privaba de pasar los dias enteros en los jardines, al pié de aquella fuente, que para mí tan gratos y lisongeros recuerdos conservaba. Si se exceptua la presencia de Nuño, que como una sombra fatal me seguia á todas partes, gozaba yó allí de la libertad mas completa.

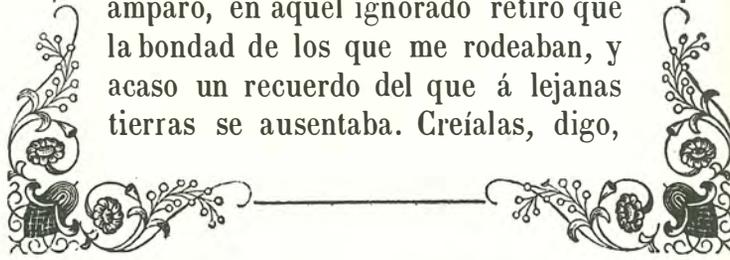
Una noche, en que sentada al lado de mi fuente querida, contemplaba los rayos de la luna, que sobre sus cristales reflejaban, y en que el melancólico ruiñeñor llenaba de dulce melodía el áura tranquila y serena que mi abrasado pecho respiraba, cuando con el mayor enagenamiento me entregaba, en aquella soledad apacible, á la



contemplacion de las bellas ilusiones, que mi fantasia me presentaba, senti moverse las hojas de un naranjo cercano de la fuente, y sin poder contener mi emocion, escalé un grito de espanto, al cual una voz monótona y desabrida, contestó con estas palabras.

—Nada temais, señora: ¿qué cosa puede sobresaltaros, estando á vuestro lado el hombre, que de continuo vela por vuestra felicidad, como el ángel custodio por el alma que le está confiada?.

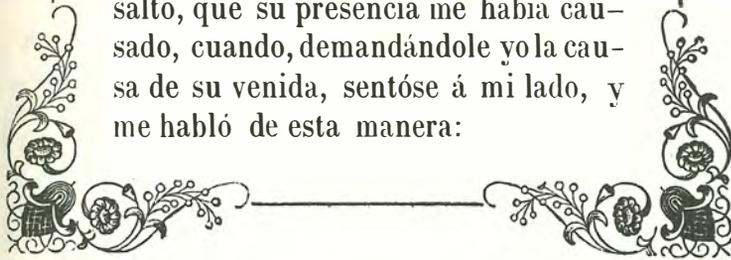
Parecióronme en un principio las palabras de aquel hombre, nacidas de un verdadero afecto, escitado en su corazon por mi soledad y mi infortunio. Él me veia jóven, enteramente abandonada de todo el mundo, sin tener otro amparo, en aquel ignorado retiro que la bondad de los que me rodeaban, y acaso un recuerdo del que á lejanas tierras se ausentaba. Creíalas, digo,



nacidas del afecto que pudiera inspirarle una tierna y desconsolada niña; pero nunca hubiera imaginado que aquel hombre, de corazon perverso, hubiera fijado una mirada de torpes y asquerosos deseos, en que mancillaba mi honor y al mismo tiempo daba pruebas de la mas negra ingratitud hacia su señor, que en él habia depositado su confianza.

Si grande fué mi sorpresa por la aparicion inesperada de aquel monstruo de iniquidad en medio de la soledad de la noche, mucho mayor lo fué al escuchar de sus nefanos lábios una declaracion hecha con la mayor impudencia, y con aquella serenidad propia de un alma envilecida.

Habíame repuesto apenas del sobresalto, que su presencia me habia causado, cuando, demandándole yo la causa de su venida, sentóse á mi lado, y me habló de esta manera:



—No estrañaréis, señora, que quien ha sido tanto tiempo vuestra custodia, por invitacion agena, ahora, por su propio interés, y por los tiernos cuidados, que habeis sabido despertar en su alma, os siga por todas partes, cual si fuera la sombra de vuestro mismo cuerpo. Mientras una llama es pequeña, fácilmente puede sefocarsela, ó à lo menos hacerla permanecer algo escondida bajo algunas sencillas apariencias; pero cuando á esta llama se añaden sin cesar combustibles, que la alimenten, difícil sería, y aun acaso imposible hacerla estar oculta, cuanto menos desvanecerla; porque entonces, formada ya una hoguera voraz é irresistible, consumiría cuantos obstáculos quisieran oponerse á su violencia.

Tal es, señora, el estado, á que ha llegado mi triste corazon con el inmenso amor que lo consume. Desde el primer instante, en que mis ojos os vie-

rón, principié á sentir la llama ardién-
te, que ellos dentro del pecho han en-
cendido, y que principiando por despõ-
jarme de mi tranquilidad y mi alegría,
se ha convertido en una hoguera in-
mensa, que sin cesar me consume y
me devora.

Sois demasiado jóven: aun no cono-
ceis del mundo las engañosas tramas,
y habeis sido víctima de una de ellas,
que hábil y cautelosamente se os habia
tendido.

Hernando, ese hombre, à quien ha-
biais consagrado vuestro corazon lle-
no de ternura, lejos de corresponder
fielmente á vuestra pasion insensata,
os ha abandonado en los brazos de vues-
tra desgracia, cuando vá á unir su suer-
á la de otra muger, que corresponde á
su elevada clase.

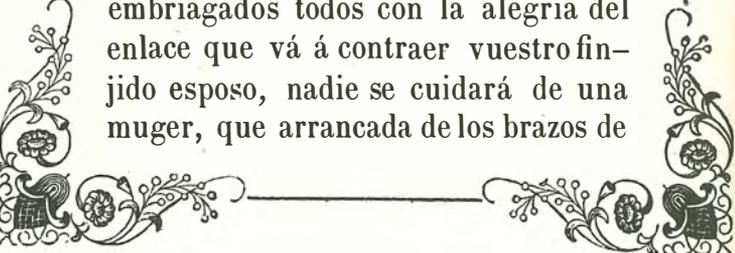
En vos no ha visto otra cosa que la
satisfaccion de un capricho vago y pa-
sagero, que con su ilusion ha arreba-

tado las bellas esperanzas, que habiais formado en los sueños de vuestra fantasia.

Él, nacido en noble é ilustre cuna, no hubiera osado jamas efectuar con vos un enlace, que á la faz del mundo lo degradaba.

Vos no podeis alegar otros méritos que los de la hermosura; y la belleza de una mujer pasa tan ligera como una ráfaga de luzen el cielo, que cruza velozmente por los aires, sin dejar huella alguna de su camino.

Llorais: bien lo veo: ese es el único consuelo que os han dejado en esta soledad. Mañana, cuando desengañada y sin esperanza alguna seais arrojada de este castillo, ni aun tedréis el consuelo de que se os compadezca; porque embriagados todos con la alegría del enlace que vá á contraer vuestro finjido esposo, nadie se cuidará de una muger, que arrancada de los brazos de

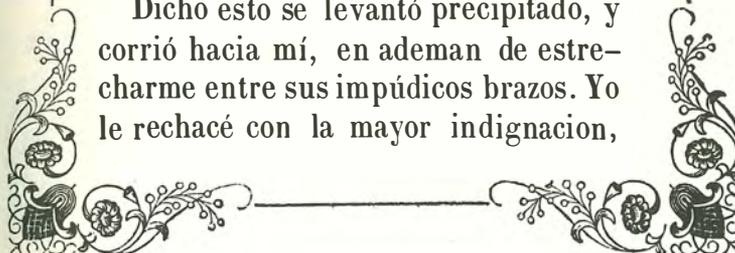


la infelicidad, torna á ella por el camino de su deshonra.

Sin embargo, aun ecsiste un corazon, que por vos ha latido en silencio, y que acaso un dia podra hacer vuestra felicidad.

Este corazon, que con el mayor delirio os adora, sabrá inspirarme acciones dignas de vuestro aprecio. Yo os consagraré mi vida entera; y si fuere preciso huir de este recinto, donde tan injustamente se os ultraja yo os seguiré donde quiera, para defenderos y para amaros. Venid, venid á mis brazos: en ellos encontraréis el consuelo que ha menester vuestro corazon, y yo os haré comprender que, aun ecsiste en el mundo quien pueda merecer vuestra ternura.

Dicho esto se levantó precipitado, y corrió hacia mí, en ademan de estrecharme entre sus impúdicos brazos. Yo le rechacé con la mayor indignacion,



reprendiéndole su vil y temeraria osadía, y haciéndole ver cuanta era la bajeza de sus sentimientos.

Esta repulsa, en vez de apasiguar sus bárbaros intentos, sirvió de un nuevo incentivo á su brutal deseo. Volvió á instar con mayores ansias, haciéndome promesas ridículas y extravagantes, que hicieron llegar á su colmo el resentimiento de mi dignidad ofendida.

Volvíle á rechazar con la mayor aspereza, ofreciéndole dar al olvido su infame atrevimiento, si desistía para siempre del pensamiento infame, cuya declaracion se habia atrevido á hacerme; y que además nada de ello participaría á Hernando, á su vuelta, si un arrepentimiento sincero habia de seguirse á la ingratitud y deslealtad, que entonces habia mostrado.

Al escuchar estas palabras, fijó en mí una mirada de compasión irónica,

y asomando á su lábios una infernal sonrisa, me dijo:

—Si la lástima y el desprecio no hubieran apagado en mi corazón la llama del amor insensato, que hacia vos habia sentido, fácil me fuera probaros que, para conseguir mi deseo, era bastante la fuerza de mi voluntad, pues aquí nadie podría favoreceros. Por otra parte, estoy convencido de que algún día llegaréis á implorar de mí el amparo, que he venido á ofreceros, y quiero esperar este momento, para dar mas valor á mi triunfo.

La amenaza, que me haceis, de revelar á mi señor la osadía, que decis he mostrado, poco temor á la verdad me causa. Él contestaría á vuestras quejas á lo mas con una sonrisa de compasión, porque ya nada le queda que esperar de la hija del morisco, y sobre todo, que es necesario que os vayais convenciendo, pobre cordera ofen-

dida, de que no volvereis á ver à mi señor, siendo asi que él ya os ha abandonado, como un objeto inútil á su felicidad.

Cuando acabó de hablar de esta manera, dejando en mi corazon el mortal veneno, que aun en este momento me consume, prorrumpió en una carcajada diabólica y se separó de mi, gozándose al parecer en el horrible tormento, de que me habia rodeado para siempre.

Entonces conocí todo el horror de mi infortunio, viendo que empezaban á realizarse los funestos presajios, que habia tenido mi corazon.

Fuera de mi, sin saber qué hacerme ni á que decidirme, me dirigí hacia mi aposento y arrojándome en el lecho, estraviada mi razon y en un enajenamiento inesplicable, permanecí hasta el siguiente dia, para volver de nuevo á la contemplacion de mi amarga y cruel desventura.

CAPÍTULO XVIII.

La Lucha.



Si hay corazones nobles que jenerosamente perdonan una ofensa, por mas que no hayan dado lugar á ella, hay otros, por el contrario, que llevan el resentimiento hasta su último grado, no perdiendo ocasion de vengar el agravio mas leve, y conservando el rencor mas apasionado en todos los instantes de su vida.

Los séres, que poseen un corazon

de tal naturaleza, tienen como vinculado todo su placer en la venganza. Ella forma sus delicias, cuando alguna vez, inspirados por sus miserables pensamientos, pueden devolver centuplicado el mal que han recibido.

Tal era el carácter del escudero, que habia visto fracasar y desvanecerse sus locas esperanzas contra la firme roca de la virtud de Maria.

Inclinado por su naturaleza al mal, no podia dejar impune la afrenta recibida, y por lo tanto, se preparaba para llevar á cabo la obra de su malignidad, del modo que le fuera posible.

Vencer aquella fortaleza, donde tenia que combatir á un mismo tiempo la virtud, la pureza y un amor tierno y apasionado, sin tener de su parte otras fuerzas, que las que le prestaban su audacia, y su descaro, era de todo punto imposible. Sin embargo: aun conservaba en su corazon alguna remota

esperanza, y sin dar oidos mas que á su insensato ardimiento, hábiase formado este dilema: *ó su posesion ó su ruina.*

Fácil es de calcular las consecuencias que de cualquiera de ambos modos habian de seguirse á la infeliz Maria. Ella por su parte habia conocido bien la posicion, en que aquel monstruo la colocaba, y habiase formado á la vez otro, en estos términos: *ó la infamia ó la muerte.*

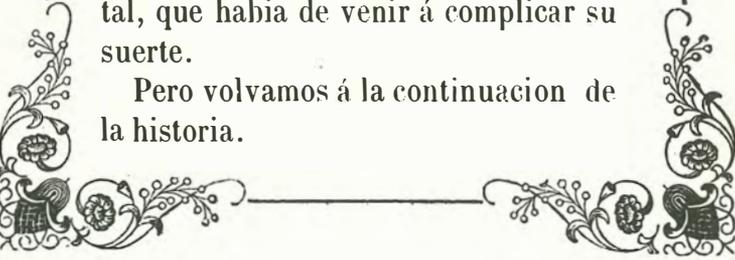
Ya no habia mas esperanza: ella se veia abandonada, sin amparo alguno, encerrada en aquella fortaleza. Su esposo, á quien creia perdido para siempre, habiala traidoramente engañado, valiéndose de la sencillez de su alma, segun las palabras de Nuño. ¿Qué debia esperar? Allí debia pasar el resto de su vida, entregada continuamente al llanto y á la desesperacion: allí era preciso escuchar continuamente las

pérfidas sujestiones de un hombre depravado, sin tener á quien volver sus empapados ojos, para demandar una palabra de consuelo. La lucha debia ser tremenda; pero no obstante, ella se armó de todo el valor, que su virtud le daba, y decidió en su corazon dejarse morir mil veces, antes que ceder á las asquerosas invitaciones de aquel hombre miserable.

Su estado era cruel: llevaba en sus entrañas el fruto de un amor infortunado, que desde las puertas del paraíso la arrojaba á lo mas profundo del infierno.

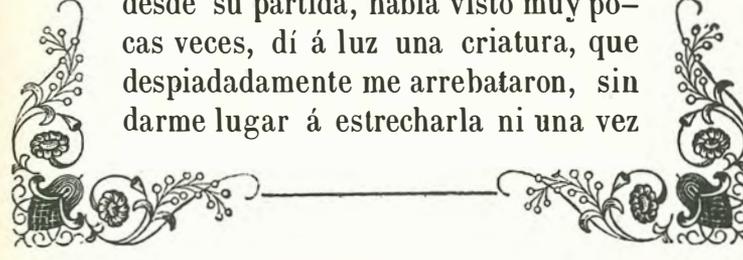
El tiempo corria velozmente: el dia de su alumbramiento se acercaba, y ella entre tanto, con la resignacion de un martir, esperaba aquel momento fatal, que habia de venir á complicar su suerte.

Pero volvamos á la continuacion de la historia.



«La presencia de aquel hombre desalmado no turbó mi sociego por algunos dias: yo, insensata, esperaba que, conociendo su crimen, tal vez el remordimiento le haria evitar mi presencia; ¡pero cuán al contrario sucedia! mi repulsa habia despertado en él mayores deseos, y una tenacidad sin límites siguió á sus insensatas persuaciones. Ni un dia, ni un solo dia se pasaba sin tener que oponer una enérgica resistencia á su brutal deseo. En esta lucha penosa pasó todo el tiempo que faltaba hasta el momento fatal, que se acercaba por instantes.

Sola, sin mas ausilios que mi esperanza en un Dios de bondad inmensa, y los de aquella mujer, que Hernando habia destinado á mi servicio, y á quien, desde su partida, habia visto muy pocas veces, dí á luz una criatura, que despiadadamente me arrebataron, sin darme lugar á estrecharla ni una vez



siquiera entre mis maternales brazos.

Todos los padecimientos, todos los intensos dolores, que entonces me angustiaron, y todas las penas, que desde entonces acá he sufrido, sin escalar una sola queja, hubiera duplicado con gusto, si se me hubiera dejado llevar á mi hijo y vivir con él en la soledad mas apartada. Pero ¡ah! no ha sido posible: el dedo del Señor marcaba la senda de mi destino, y no me era dado separarme de ella, porque mi destino debia cumplirse.

Al dia siguiente volvió aquel hombre infernal á mi presencia, para hacerme sufrir un nuevo suplicio en cada una de sus palabras.

Vuestro hijo vive, me dijo; pero no os será entregado, hasta que mas humana hayais cedido á las continuas súplicas que mi corazon os dirige.

No me fué posible contestar á esta nueva afrenta: la voz quedó helada en

mi garganta, y con las manos elevadas al cielo, demandé á Dios el castigo para aquel miserable.

No sé, si desesperado por mi obstinacion, si horrorizado por su mismo crimen, salió precipitado de mi aposento, donde no volvió despues á sentar su inmundada y asquerosa planta.



CAPÍTULO XIX.

La Venganza.

RARA vez, cuando un alma ha emprendido el camino de la depravacion, le es posible separarse de él, hasta haber tocado su término. Esto mismo sucedia á Nuño, que obstinado mas y mas en la ruina de aquella jóven inocente, no queria abandonar su comenzada venganza, hasta haber dado colmo á su bárbaro proyecto.

Si mal le habia salido la empresa de sus amores, en cambio, habia jurado la perdicion de aquella niña infeliz, que no era ya ante sus ojos la muger capaz de inspirar sensibles y tiernas emociones, sino un ser, ante el cual habia visto humillarse su desmedido orgullo, y á la manera que las olas del mar embravecido, cuando encuentran la resistencia de un peñasco, pugnan entonces con mas fuerza por destrozarlo y abatirlo; de la misma manera las bastardas pasiones que luchaban dentro de su corazon, pretendian deshacer y aniquilar el obstáculo, contra el cual se desbarataban, que era la firme roca de la virtud de Maria.

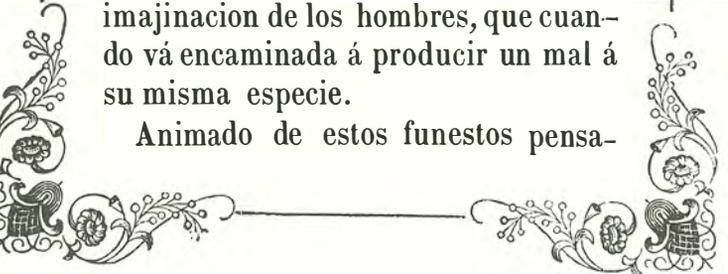
No satisfecho aquel corazon sediento de maldades, con verla padecer bajo el enorme y degradante peso de su desgracia, su perversidad no se satisfacía, sino arrojándola fuera de aquel castillo, testigo de su osadía temeraria.

Para esto era preciso dar el golpe con seguridad, valiéndose de una mano estraña, mano poderosa, á quien no pudieran alcanzar las iras de su joven señor, cuando diera la vuelta á sus dominios.

Nunca alcanza mas la imaginacion de un hombre que cuando ésta se dirige á perjudicar á sus semejantes.

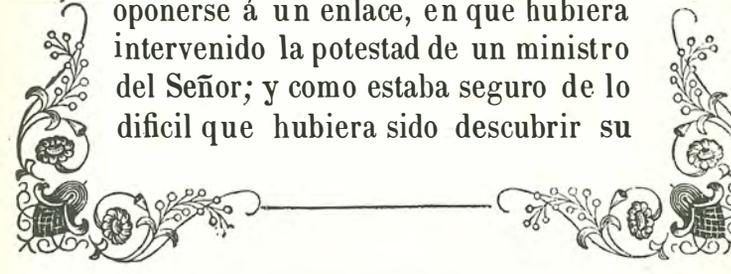
Constantemente se ha observado, ecsancionando los humanos seres desde el estado natural, (caso de concederle) hasta el de mayor grado de civilizacion, que si bien han inventado algo para su conservacion propia, los efectos de este *algo* son nada en comparacion de lo mucho que han creado para su ruina. Por eso decimos, y decimos muy hien, que nunca es mas fecunda la imaginacion de los hombres, que cuando vá encaminada á producir un mal á su misma especie.

Animado de estos funestos pensa-



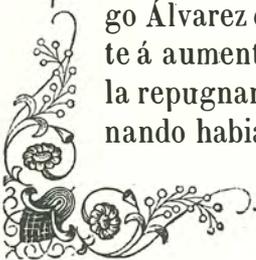
mientos, dirigióse aquel hombre de maldicion al castillo de Machaniella, donde á la sazón D. Rodrigo Alvarez de Lara se encontraba, y hallándose ya en su presencia, con finjidas muestras de un profundo sentimiento, le participó los amores de Hernando con la joven Maria, sin ocultarle el estado, en que aquella se encontraba, relativo á su maternidad. Solo pasó en silencio la parte que él habia tenido en aquellos amores, alegando como un mérito el haber hecho concurrir para la bendicion de aquel enlace á un hombre, ministro del altar en la apariencia, y que no era en verdad sino un finjido sacerdote.

Con esto evitaba el escrúpulo que pudiera tener el anciano caballero en oponerse á un enlace, en que hubiera intervenido la potestad de un ministro del Señor; y como estaba seguro de lo difícil que hubiera sido descubrir su



impostura, nada le detenía en aventurarla. Pero á donde mas llegó á colmo su iniquidad fué al asegurar á aquel caballero que, lejos de guardar aquella muger la fé debida al hombre que hasta á su amor la habia elevado, impúdica y sin rubor se entregaba en los brazos de otro hombre, durante la ausencia de su señor, crédulo y apasionado. Y llegó á tanto la infamia de aquel mónstruo aborrecible, que para saciar de una vez los instintos de ferocidad que alimentaba, propuso al anciano Señor de Machaniella, arrojar aquella muger, envilecida por sus crímenes, de la mas alta torre del castillo, premio debido á sus muchas liviandades.

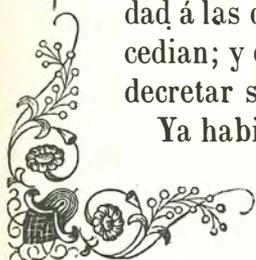
Crédulo por demas era D. Rodrigo Álvarez de Lara, y no fué poca parte á aumentar esta misma credulidad la repugnancia, que siempre en Hernando habia encontrado, al tratarle de



su enlace con la de la Membrilla. Creia asi mismo á su hijo fascinado por aquella muger, que con tan negros colores Nuño le presentaba, y admitidos ya estos precedentes, nada podia dudar de la relacion de su escudero.

De carácter irascible el de Lara, enérgico y precipitado, como el de la mayor parte de los caballeros de aquella época, no tardó un momento en pronunciar la sentencia de muerte contra aquella jóven desventurada, en el primer arrebato de su indomable ira. Ademas, fanático y poco conocedor de las dulces pasiones, creia que, en el amor inspirado á su hijo por aquella muger, podia haber alguna parte de hechizo, cualidad que concedian entonces á muchas mugeres, con especialidad á las que de familias moriscas procedian; y esta era una causa mas para decretar su muerte.

Ya habia sido encomendada á Nuño



la ejecucion de aquel nuevo y horrendo crimen, cuando la conciencia, que rara vez deja de tomar parte en las deliberaciones del hombre, hizo conocer al anciano caballero toda la gravedad del asunto de que se trataba; y el que no hubiera vacilado en dar muerte á cien enemigos en el ardor del combate, se estremeció al considerar la sentencia que su lábios habian pronunciado contra una muger indefensa.

La órden de ejecucion fué revocada, dando á entender á Nuño que no la llevaria á cabo, hasta haberse persuadido, por si mismo, de cuanto acababa de manifestarle.

Este, que ya habia sentido en sus lábios el nectar de la venganza, y que con él se saboreaba, escuchó con indignacion profunda, oculta bajo la máscara de sumision y respeto, las últimas palabras de compasion, que habia pronunciado el Señor de Machaniella. No

empero se desaminó de conseguir su objeto, antes bien, cobrando nueva fuerza y nuevos bríos, al par que los obstáculos se multiplicaban, solo se ocupó desde entonces de hacer aparecer culpable á aquella, ante los ojos de su Señor, que asaz compasivo se habia mostrado. Sigámoslo, pues, en el próximo capítulo, donde veremos desarrollado el plan de sus iniquidades.



CAPÍTULO XX.

La Prueba.

CUANDO el alma está preocupada, y ofuscados los sentidos por sensaciones profundas ya de placer ó ya de tristeza, fácil es hacernos ver los objetos que nos rodean, según la voluntad del que los ha preparado de antemano, por mas que, profundizando un poco, nos fuera fácil encontrar la realidad; pero como en el estado de ofuscación, en que al-

gunas veces se encuentran los sentidos, no nos es dado meditar sobre los acontecimientos que á nuestra vista pasan, sin dificultad prestamos entero crédito á las apariencias, sin investigar hasta qué punto puedan estar conformes con la verdad que representan.

Nuño se habia propuesto ofrecer á los ojos del de Lara un cuadro perfectamente trazado, sirviéndose de la misma persona que, sin saberlo, habia de patentizar, á lo menos en la apariencia, el crimen que por aquel hombre se le habia imputado.

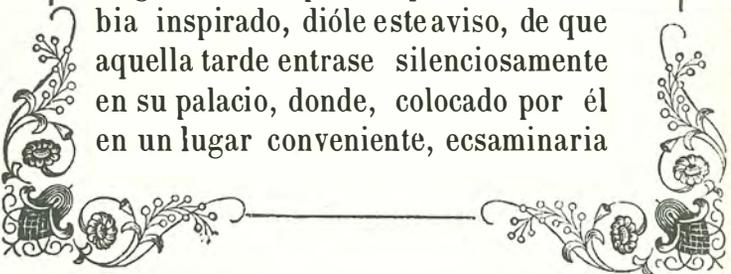
El engaño y la perfidia jamás pudieron encontrar un ser mas apropiado que aquel miserable escudero, para ostentar el poder, de que son capaces, cuando están habilmente manejados.

El queria dar á su señor una prueba, que patentizara la existencia del crimen, de que era acusada la infeliz

María, y para ello era preciso hacerle presenciar la escena, que estratégicamente preparaba.

Cuando se hubo separado de su señor, solo se ocupó de preparar los medios de realizar su proyecto; y como para esto necesitase un cómplice, que le ayudara á llevar á cabo su diabólica trama, púsose de acuerdo con uno de los criados de aquel castillo, sobre el cual ejercia tan grande influencia, que fácilmente pudo decidirlo á secundar sus intentos, sin preguntar siquiera el objeto, á qué se encaminaban. ¡Tanto es el poder del oro oportunamente ofrecido!

Preparado ya todo lo necesario para la farsa, que debia convencer á D. Rodrigo de las sospechas que Nuño le habia inspirado, dióle este aviso, de que aquella tarde entrase silenciosamente en su palacio, donde, colocado por él en un lugar conveniente, ecsaminaria

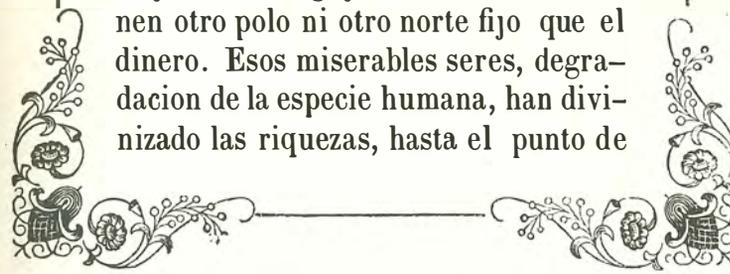


por sí mismo una entrevista que aquella muger habia de tener con su desconocido amante.

Tan bien urdida estaba la intriga, y tanta apariencia de realidad habia de tener la escena, que habia de representarse, que nadie pudiera dudar de los hechos que debian figurarse para la ruina de aquella jóven desdichada.

Pero antes de proseguir la narracion de estos hechos, justo parece dar una idea á nuestros lectores de quien era el criado, que habia de secundar las tramas del escudero, como un autómatas sin mas accion que la que le prestaba su voluntad.

Hay ciertos hombres, por desgracia en un número considerable, que semejantes á la aguja inmantada no tienen otro polo ni otro norte fijo que el dinero. Esos miserables seres, degradacion de la especie humana, han divinizado las riquezas, hasta el punto de



rendirles un culto exclusivo y fanático; y es tal en algunos esa sed insaciable de riquezas, que metalizarían, si les fuera posible, hasta su propio corazón. Esto había conocido Nuño en el hombre, de quien trataba valerse para sus amaños, y esto mismo le hizo entablar con él el diálogo siguiente, tres días antes que hubiera de consumarse el sacrificio.

—¿Ves este bolsillo? dijo Nuño al criado, mostrándoselo al mismo tiempo.

—¡Oh! Sí, lo veo, contestó este con agitación marcada.

—Es oro, y puede ser tuyo.

—¡Como!

—Este metal tiene la virtud de hacer hablar los muertos y callar los vivos.

—Os comprendo: seguid.

—¿Te atreves?

—A todo.

—¿Serás cobarde?

—Un león.

—¿Astuto?

—Una culebra.

—¿Callado?

—Una roca.

—¿Sufrido?

—Un cordero.

—¿Quién te fia?

—Si el oro es mucho, mi fuga: si es poco, la esperanza de aumentarlo.

—En esa confianza, voy á encomendarte uno de los asuntos de mas importancia de mi vida: conforme la ejecución, será el premio: prudencia y obrar.

—Disponed.

—Escucha..... Hay una muger en este castillo.....

—Lo sé.

—Su habitación está próxima á las galerías del lado del jardín.

—Lo sé también.

—¿Cómo?...

—Haced cuenta que no os he dicho una palabra.

—Bien: una de las ventanas de su aposento está enfrente de la fuente de los naranjos.

—Sí, la tercera.

—Está abierta casi toda la noche.

—Seguid: ¿qué hago?

—Esta noche te has de asomar á ella; y cuando estés seguro de que te escuchan, has de decir estas palabras: *Señora, aun hay quien se apiade de vuestra desgracia: si quereis ver á vuestro hijo, estad mañana al oscurecer al lado de la fuente. Os recomiendo el silencio, por que me vá en ello la vida.*

—¿Y despues?

—Cuando hayas desempeñado tu comision primera, se te darán mas instrucciones. Del resultado de ella me darás aviso al momento.

—Quedad con Dios.

—El te guarde.

Despidióse el criado del escudero, para dar fiel cumplimiento á sus órdenes; y apostado en el jardin, frente á la ventana, esperó una ocasion oportuna.

Efectivamente: Maria, que no encontraba un momento de sosiego, apenas la noche tendió sobre la tierra la oscuridad de su manto, abrió la ventana de su aposento y se puso á contemplar con silencioso recogimiento la armonia, que ecsistia entre su suerte y las densas tinieblas de aquella noche.

Contemplaba asi esa magestad que Dios se complace en dar á la naturaleza en esas horas, en que todos los objetos han enmudecido para dejar hablar con elocuente silencio la voz imponente de la divinidad creadora.

Hay momentos en la vida en los cuales el alma menos inspirada cree pe-

netrar los arcanos misterioso, con que Dios ha velado su omnipotencia. En estos momentos, éstasis divinos de la imaginacion, cruza rápidamente por nuestra fantasia un pensamiento brillante. Sigüeme: dice al alma este pensamiento; y el alma, confiada en las fuerzas, que le presta su delirio, pretende seguirlo; pero el pensamiento se escapa, la ilusion se pierde y queda el inmenso vacio, con que hace Dios conocer al hombre su pequeñez y su miseria.

En uno de estos éstasis se encontraba Maria, cuando vino á distraerla un ruido, que se notaba al pié de su ventana.

Como la noche estaba oscura, no pudo ver la causa que lo produjera; pero escuchó distintamente estas palabras, que una voz estraña le dirijia: *Señora, aun hay quien se apiade de vuestra desgracia: si quereis ver á vuestro*

hijo, estad mañana al oscurecer al lado de la fuente. Os recomiendo el silencio, porque me vá en ello la vida.

Solo esto era bastante para decidir á aquella madre desconsolada á cualquier determinacion, por arriesgada que fuese, cuando las noticias, que esperaba, eran para ella el objeto de sus continuas ansias: asi que, sin premeditar las consecuencias que se le pudieran seguir, contestó á la voz, que le habia hablado:

Al oscurecer estaré mañana al lado de la fuente.

Obtenida esta contestacion, partió el criado con paso presuroso á dar noticia de ella al escudero. Este la recibió con las mayores muestras de alegria, y dándole, en prueba de su ulterior liberalidad, algunas monedas de oro, principió á instruirlo en cuanto era indispensable para la realizacion de su pensamiento.

Escusamos decir, cuales sarian estas instrucciones, supuesto que las hemos de ver puestas en práctica maravillosamente, con aquel tino, que sabia imprimir aquel hombre malvado en cuantos eran instrumentos de sus pérfidos amaños.



CAPÍTULO XXI.

La Vuelta.

A tarde del dia, en que debia verificarse el sacrificio, tocaba ya á su término: el sol cubierto con rojas y ligeras nubes ocultábase tranquilamente entre las elevadas cumbres de las colinas, que por el O. E. circundan el edificio, que servia de morada á la infeliz Maria.

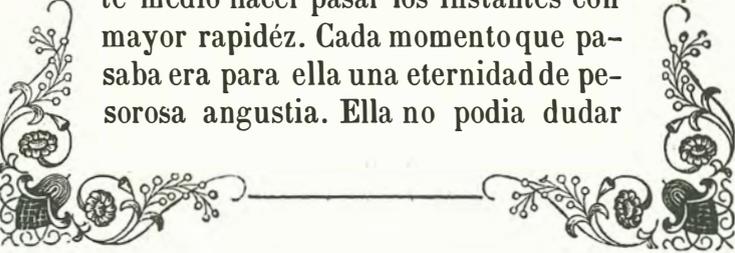
Las ligeras sombras del crepúsculo velaban ligeramente los contornos de

los objetos, presentandolos á la vista con aquella vaga indecision que les presta el crepúsculo de la tarde.

Todo estaba ya preparado: Nuño habia dado ya á su cómplice las órdenes convenientes, y esperaba el resultado con aquella estóica serenidad propia de las almas avesadas al crimen.

Maria, por el contrario, aguardaba con ansiedad los pocos momentos que faltaban para la hora de la cita, advirtiéndose en todas sus acciones la agitacion que reinaba en su espíritu. Sus ojos estaban fijos en la fuente, su corazon en su hijo y su esperanza en Dios.

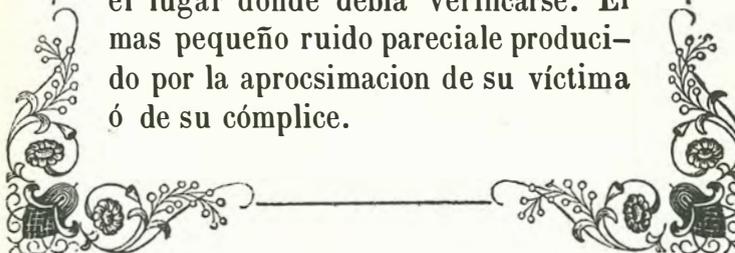
Desde muy temprano se habia colocado en la ventana, creyendo por este medio hacer pasar los instantes con mayor rapidéz. Cada momento que pasaba era para ella una eternidad de pesosa angustia. Ella no podia dudar



que el ser, cuya voz misteriosa le habia hecho concebir la esperanza de ver á su hijo, podia ser el ciego instrumento, de que se valia la perversidad de un hombre desalmado; porque con un corazon generoso y puro, dificilmente se atribuyen á los demas acciones de traidora perfidia.

D. Rodrigo Álvarez de Lara habia sido colocado por Nuño en una posicion, desde la cual dominaba perfectamente el lugar, donde habia de presentarse el simulacro, y desde la cual podia evitar las miradas de los que estaban fuera del edificio.

Ya el momento fatal estaba cerca: la víctima estaba pronta á caminar al sacrificio, y el verdugo espiaba con avidéz satánica y mirada fija y cautelosa el lugar donde debia verificarse. El mas pequeño ruido parecia producido por la aprosimacion de su víctima ó de su cómplice.



El sol escondió del todo sus benéficos rayos para no ser testigo de tanta iniquidad. Ya llegaba el momento, cuando dejose escuchar, primero en las puertas y luego en el interior del mismo palacio el murmullo producido por diferentes voces, que en profundas aclamaciones se mezclaban.

Un nuevo personaje apareció en la escena: este era el jóven Hernandó, que cubierto del acerado casco y la endurecida malla, sin temor á la fatiga de una jornada larga y trabajosa, presentábase en el palacio de sus mayores, despues de una ausencia considerable.

Estrañarás tal vez la causa, que habia conducido á aquel guerrero de vuelta á sus dominios, en tiempos en que la guerra contra los moros se hacia cada vez mas tenaz y porfiada, y cuando en ella era mas precisa la espada del fuerte castellano.

Era, pues, el caso que hallándose Hernando impedido de manejar las armas, de resultas de una herida, recibida en el brazo derecho y la cual aun no se habia cicatrizado, obtuvo el permiso de volver á sus tierras, donde aguardaba restablecerse, con ánimo de regresar al combate, cuando sus fuerzas le permitieran empuñar la espada.

Desde el momento en que se apartó de los reales, un funesto presentimiento le perseguia de tal suerte que, sin poder resistir á su influencia, salvó en muy pocos dias el espacio, que de sus señorios le separaba. (G)

Cubierto de sudor y cansado de fatiga llegó, como hemos visto, al palacio de Gandul donde su inesperada presencia produjo una sensacion extraordinaria.

Avisados D. Rodrigo y Nuño de su regreso, salieron presurosos á recibirle. Echó D. Rodrigo los brazos al cue-

llo de su hijo, y Nuño se adelantó á besarle una mano, con muestras de la mayor alegría, queriendo encubrir el pánico terror, que de él se habia apoderado con la apariencia de un súbito alborozo.

No se ocultó al jóven guerrero la turbacion que su presencia producía, y mucho mas, hallando á su padre en aquel lugar y á aquella hora. Con miradas de inteligencia interrogaba al escudero el estado de su esposa adorada; pero este, fingiendo no conocerlo mucho que en ellas se le decia, bajaba al suelo los confundidos ojos, sin atreverse á mirar á su señor cara á cara.

Cansado ya de mudas investigaciones, y algun tanto alarmado por el embarazo que ambos presentaban, preguntó decididamente la causa que podia producirlo.

Su padre entonces, sin contestar una sola palabra, le indicó por señas que le

siguiese, y los dos, precediendo á Nuño, se colocaron en el lugar, desde el cual habian de presenciar la extraordinaria escena, que en aquel momento iba á verificarse.



CAPÍTULO XXII.

El Cordero en las gar- ras del lobo.



ESDE la noche preceden-
te, en que Maria habia
ofrecido á aquel ser oculto
y misterioso su asistencia al
lado de la fuente, en que se le
habia citado, una terrible agi-
tacion se habia apoderado de su alma.

En las restantes horas de aquella
noche sus ojos no se habian cerrado,
y sus pensamientos no habian podido

dirigirse á otro objeto que al que con
tantas ansias esperaba ver en el lu-
gar convenido.

Llegó por fin aquella malhadada tar-
de: Maria, sentada á su ventana, veia
pasar con demasiada lentitud los mo-
mentos que la separaban de su ado-
rado hijo, y fijos los ojos en la som-
bra que los árboles proyectaban, con-
taba con alborozo hasta las mas me-
nudas quijas que, al avanzar, iban
cubriendo. Luego que el sol dejó de
estender sus rayos por el jardin cer-
cano, su vista siguió la sombra de los
montes, que por la estensa vega insen-
siblemente se perdia. La luz del sol de-
sapareció de una vez, para dejar renacer
la esperanza en el corazon de la jóven.

Hernando, D. Rodrigo y el misera-
ble Nuño contemplaban en silencio la
soledad, que á su vista se ofrecia: Her-
nando llegó á temer.

El crepúsculo de la tarde iba ya, co-

mo hemos dicho, dejando lugar á la oscuridad de la noche.

Un hombre, jóven al parecer, embozado en una larga capa, se adelantó, como con cautela hacia la fuente de los naranjos. Al mismo tiempo las puertas de aquel edificio, que daban al jardin, giraron sobre sus goznes, para dar paso á una inocente víctima. Maria salió.

Su paso desconcertado, sus hermosos cabellos en desorden sobre la blanca espalda, su ligero vestido agitado por las embalsamadas auras de la tarde, y unida á todo esto la sublime expresion, que el dolor prestaba á su fisonomia, hubieran hecho creer á primera vista en las visiones celestiales. Hernando se estremeció.

Llegó aquella jóven encantadora al lado de la fuente, donde el desconocido la esperaba.

«Seguidme, le dijo este: y en el estre-

mo del jardin hallareis á vuestro hijo. He contravenido á mis órdenes; pero en cambio me debereis el consuelo de haberle abrazado.»

Maria no vaciló y siguió al desconocido. Hernando tembló.

Su padre entonces, tomándole una mano, mira, le dijo, la muger á quien has entregado tu corazon. Mirala, seguir liviana y sin pudor al miserable que en tu ausencia te deshonra.

Hernando nada de esto habia escuchado. La voz de la venganza penetró en su corazon, y respondiendo al eco destructor de aquella voz esterminadora, echó mano á la daga, que pendia de su cintura y como un furioso leon se precipitó tras del objeto, que habia provocado su ira.

D. Rodrigo y Nuño le seguian; pero como les faltaban las alas de su enojo ciego, pronto lo vieron desaparecer ante sus ojos.

El habil confidente de Nuño, según las instrucciones que había recibido, luego que internó á Maria algunos pasos por entre las espesas enramadas, con la ligereza del gamo se deslizó por lo mas oculto de la arboleda, y abriendo una puerta, que daba al campo, se alejó buen espacio de aquellos sitios.

Maria, que comprendió toda la infelicidad de su destino, viendo así burladas sus esperanzas, cayó de rodillas, implorando del cielo un momento de tregua á tantos males.

En esta posición la encontró Hernando. A su vista, la ira creció dentro de su corazón, y levantando la mano, en ademán de hierirla, ella volvió los ojos. sus miradas se encontraron. . . . ¡Hernando! gritó María y cayó desmayada. ¡María! exclamó Hernando al mismo tiempo, y el hierro homicida, suspendido sobre

su cabeza, cayó á los pies de aquella virtuosa criatura.

A este tiempo, ya D. Rodrigo y Nuño habían llegado.

Maria estaba tendida en el suelo, casi sin respiración. Hernando, cruzados los brazos y sin movimiento alguno, la contemplaba con amargo y desesperado silencio.

Muera: gritó Nuño al acercarse á aquellos dos desgraciados. Muera, repitió D. Rodrigo con un acento de indelible dolor. Nunca: exclamó Hernando con voz firme y segura. Si esa mujer es culpable, su mismo crimen le dará el cielo por castigo. Los remordimientos de su conciencia le robarán la tranquilidad de su vida, y el horrible recuerdo de su infamia envenenará su existencia.

Dejadla vivir, continuó, cubriéndose sus ojos con las manos: huya lejos de mí á ocultar su ingratitud y su vergüenza,

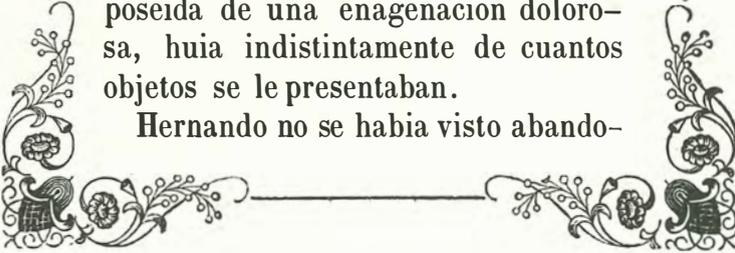
y hasta el seno de la tierra vaya cargada con su oprobio.

Hernando se separó presurosamente de aquel sitio, para evitar un espectáculo, á cuya vista su corazon se destrozaba.

Con las profundas sensaciones de aquella tarde, cayó en un completo delirio. Maria entre tanto habia sido conducida á su habitacion casi como un cadáver. En este estado permaneció dos dias enteros, sin dar la mas pequeña señal de vida, hasta que, prorrumpiendo en un llanto copiosísimo, se desahogó algun tanto su corazon.

El nombre de su esposo fué la primer palabra que salió de sus lábios; y tal era el efecto, que aquellos sucesos habian producido en su alma, que poseida de una enagenacion dolorosa, huia indistintamente de cuantos objetos se le presentaban.

Hernando no se habia visto abando-

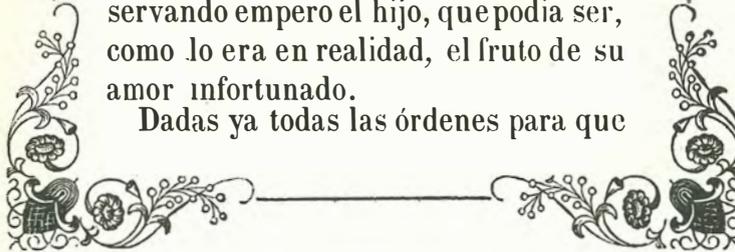


nado un solo momento del mónstruo abominable, que habia causado todas sus desgracias; y cuando logró encontrarse libre de su delirio, escuchó de los lábios de aquel hombre malvado la relacion del crimen, que á Maria se le imputaba, y cuya prueba habia presentado palpablemente ante sus ojos.

El desprecio y la compasion, en cuanto estos dos sentimientos pueden hermanarse, habian sucedido en el corazon del jóven caballero, á la desesperacion y á la venganza.

Noble por instinto y generoso por naturaleza, no abrigaba contra aquella muger mas resentimientos que los que le inspiraba su ingratitud: por lo cual dió las órdenes convenientes, para que la arrojaran de su palacio, conservando empero el hijo, que podia ser, como lo era en realidad, el fruto de su amor infortunado.

Dadas ya todas las órdenes para que



se llevase á cabo su determinacion, Nuño se encargó de egecutarlas; pero mas adelante, prosiguiendo la historia de Maria, nos ocuparémos de este acontecimiento, el mas interesante quizas de cuantos se contienen en estas páginas.



CAPÍTULO XXIII.

Consumacion del crimen.

DESPUES de tan amargos y multiplicados acontecimientos, (continúa Maria), uno, para mí de la mayor importancia, tuvo lugar una noche en que sentada en mi ventana, oí una voz desconocida, que me hablaba de esta suerte:

«Señora, aun hay quien se apiade de vuestra desgracia: si quereis ver á vuestro hijo, estad mañana al oscure-

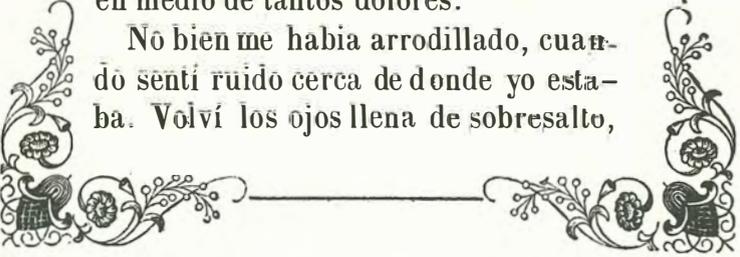
cer al lado de la fuente. Os recomiendo el silencio porque me va en ello la vida.»

No vacilé un momento en asegurarle mi asistencia al lugar de la cita; pues el ver á mi hijo era para mí una ventura extraordinaria.

Asistí, en efecto. En el lugar convenido encontré á un hombre embozado en una larga capa, el que me intimó le siguiese hasta un extremo del jardín, donde encontraría lo que deseaba. Seguile tambien, sin arredrarme; y apenas habíamos dado algunos pasos, huyó de mí con la mayor ligereza, dejando burlados mis deseos.

Viéndome tan infamemente engañada, me arrodillé, demandando al cielo siquiera un momento de tranquilidad en medio de tantos dolores.

No bien me habia arrodillado, cuando sentí ruido cerca de donde yo estaba. Volví los ojos llena de sobresalto,

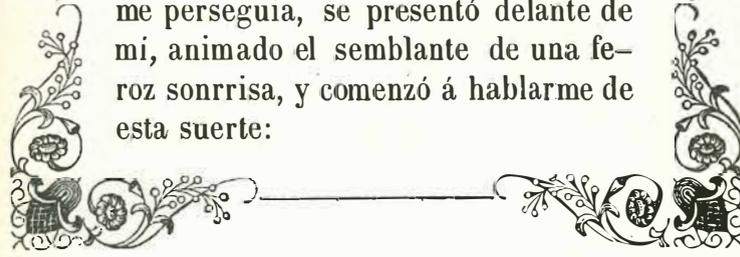


y ví ¡oh Dios mio! vi á Hernando, á mi adorado Hernando, que se dirigía á mí con la daga desnuda en ademan de herirme. Con una ardiente exclamacion su nombre salió de mis lábios: parecióme escuchar de los suyos el de su tierna esposa, y al par que el hierro se escapó de sus manos, yo caí á sus pies desmayada y sin sentido.

Mucho tiempo estuve en aquel estado, y cuando ya creia volver á la vida, para gozar de la presencia de mi esposo, ví desaparecer toda mi esperanza.

Era ya de noche: las puertas de mi aposento estaban cerradas, y yo, entregada á mi dolor constante, lastimábame á solas de mi suerte.

Las puertas se abrieron con estrépito: el hombre inicuo, que incesante me perseguia, se presentó delante de mí, animado el semblante de una ferroz sonrisa, y comenzó á hablarme de esta suerte:



—Tiempo es ya de que la iniquidad y la ingratitud, ocultas por la hipocresía, dejen el lugar que solo á la virtud estaba reservado. La máscara, con que encubris vuestras liviandades, ha desaparecido. Mi señor, á quien vos creiais vuestro verdadero esposo y á quien yo he librado de la infamia que le preparabais, trayendo para vuestro enlace un aparente sacerdote, ha sido testigo de vuestros crímenes y el cielo ha permitido que él mismo os imponga la pena, que yo he venido á ejecutar.

—Sois mi verdugo, le repliqué yo toda conmovida: venis á gozaros en los tormentos de la víctima, que ha elegido vuestra barbarie; y no contento con eso, insultais mi desgracia, y me injuriais tan cruel y despiadadamente.

¡Qué os he hecho yo! ¡Qué ha podido infundir en vos el implacable odio que me profesais! No habeis tenido

bastante con haber acibarado mi existencia, todo el tiempo que he tenido que sufrir vuestras horribles y nefandas sugestiones, sino que, instigado por una venganza tan atroz como vuestro crimen, quereis hacerme parecer culpable á los ojos del hombre que idolatro. Preciso es que tengais las entrañas de tigre, cuando vuestro odio es tan implacable. Bien: yo seré ahora la víctima, sacrificada á vuestros rencores; pero el cielo es justo, y el se encargará de vengar mi inocencia.

—En vano acrimináis mi conducta exclamó el escudero, con una serenidad que me helaba la sangre: nada me importan vuestros dicerios: yo he cumplido con mi deber, denunciando vuestros crímenes, y nada me importan las calumnias de una muger envilecida.

—¡Eso mas, Dios mio! ¡Eso mas! Y vos, que mirais desde el cielo la ini-

quidad de este mónstro, permitis que me ultraje, siendo inocente? Asi esclamaba yo en medio de mi agonía, y el intenso dolor, que me agitaba, apagó mi voz y entorpeció mi lengua.

Mi verdugo siguió: En esta misma noche es preciso que abandoneis este lugar, donde ya no caben vuestras ingratitudes. Esto me ordena vuestro esposo, ó á lo menos mi señor, á quien dais ese nombre; y yo su servidor fiel y constante estoy dispuesto á llevarlo á cabo.

Horrorizada yo al escuchar tan tremenda nueva, principié á temblar, y sin saber lo que hacia, caí arrodillada á los pies de aquel miserable.

Nada pudieron con él mis quejas, nada mis súplicas, nada mis lamentos; porque las almas empedernidas á fuerza de maldades no se impresionan jamas á la vista de la desgracia.

Cuando me vió asi humillada de-

lante de él, se sonrió maliciosamente: su silencio me demostraba todo el veneno oculto en su corazón.

—¡Oh! á lo menos me devolverán mi hijo, le repliqué con un acento desesperado.

—Ya no os pertenece, me contestó con la mayor sangre fría. Una cosa sola debéis sacar de este palacio, como la única de vuestra propiedad. Creo que me habreis comprendido.

—Yo no os comprendo.

—Pues bien: lo único que aquí os pertenece son los harapos con que visteis cubierta: de lo demás, nada.

Dicho esto, me hizo despojar de mis vestidos, presentándome aquellos que habia sacado de casa de mis padres, y que cuidadosamente habian sido conservados.

Condenada á tan cruel humillación, no vacilé un momento en trocar por ellos los lujosos trajes con que hasta

allí, forzoso es confesarlo, yo me habia envanecido.

El corazon se me despedazaba entonces: miraba desvanecerse de repente todas mis esperanzas para el porvenir, y me veia deshonrada, abatida y arrojada de aquel asilo por el hombre que me habia ofrecido un amor eterno.

Confiada en mi inocencia, demandé á aquel verdugo el permiso de ver á mi esposo, para ver si con mis lágrimas enternecia su corazon. Yo me proponia convencerle de que estaba inocente; porque, comprendiendo la nobleza y generosidad de su alma, no dudaba que daría crédito á las palabras de su infortunada María.

Pero todo era en vano: aquel humano tigre no me permitia llegar á la presencia de Hernando, cuyo amparo era el único que me restaba en el mundo.

—No es posible, que le veáis, seño—

ra, me decia con un acento de bárbara fiereza. Él, lejos de ablandarse á vuestros mentidos y humillantes ruegos, se enojaria en gran manera al ver delante de sí á una mujer, que tan villanamente ha jugado con su amor y su confianza.

Estoy seguro de que tampoco os admitiria, porque el mal estado de su salud, que os habeis complacido en agravar, no le permite entregarse á ocupaciones tan poco gratas.

Apenas oí hablar á Nuño de los padecimientos de mi esposo, atropellando cuantos obstáculos se me oponian, corrí precipitada en su busca, sin ser poderoso á sugetarme el enojo del escudero, que corria tras de mí, prorrumpiendo en mil improperios y amenazas. . . . »

Aquí interrumpieron la lectura Pablo y el sacerdote, para dar lugar á los muchos suspiros, que el dolor y la com—

pasion les arrancaban, y al abundoso llanto que de sus tristes ojos corria.

Por un momento ambos fijaron la vista en el cadáver que tenian en su presencia, y el desgraciado padre, ávido ya de nuevas emociones, que embotaran su sensibilidad, suplicó al sacerdote continuára leyendo aquella triste memoria de su infortunada hija.

Sigámosla nosotros tambien, para ver en el capítulo siguiente el golpe mas cruel, que estaba reservado á la heroica resignacion de aquella desventurada criatura.

CAPÍTULO XIV.

¡Adios ilusiones!!!

RABLO se preparó á escuchar con extraordinaria emocion lo que restaba de aquellos fatales pergaminos, y el sacerdote continuó leyendo de esta manera:

«Llegué por fin á donde Hernando se encontraba: abrí la puerta de su aposento con extraordinaria violencia, y me arrojè frenética á sus pies, abrazan-

dó y besando sus rodillas. Levanté luego los ojos para mirarle, y los suyos me contemplaban, con una fizeza extraordinaria. Su semblante tenia la palidéz de la muerte y en sus ojos desencajados se ostentaba la espresion de un frenético: sus lábios se movian convulsivamente, sin articular una sola palabra.»

«No obstante el estupor que su vista me producía, yo me atreví á decirle»

—¡Hernando! esposo mio, ¿qué tienes?

—Señora, yo no soy vuestro esposo, me contestó con un acento de marcada ira.

«Su voz me dejó sin aliento para replicarle, como si un rayo hubiera caído sobre mi corazón.

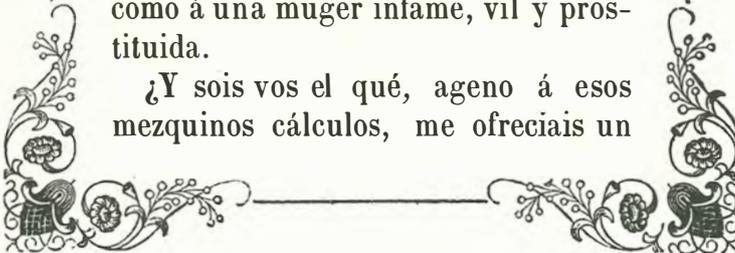
Permanecí algunos momentos asida á sus rodillas y la cabeza inclinada sobre ellas, sin atreverme á levantarla, mientras mis ojos bañaban sus pies con lágrimas de sangre.

Luego que pude reponerme algun tanto, continué hablándole de esta manera:»

—¡Vos no sois mi esposo! vos os avergonzais de darme ahora ese nombre, que en otros dias mas felices os complaciais en darme con orgullo. Mirais ahora que no soy digna de aspirar á tanta grandeza, y no lo mirasteis, cuando arrancándome del lado de mis padres infelices, me prometiais una ventura eterna, asegurada por vuestro amor. Vos me conocisteis inocente y sencilla, me hicisteis escuchar unas palabras, cuyo poder no comprendia, y ocultasteis con el velo de una pasion mentida, el veneno que me dabais á beber en ellas. Despues, sin mirar que soy madre de vuestro hijo, me abandonais de una manera cruel, para dar lugar en vuestro corazón á otro amor que os alhaga mas que el que esta infeliz puede ofreceros. Nada me res-

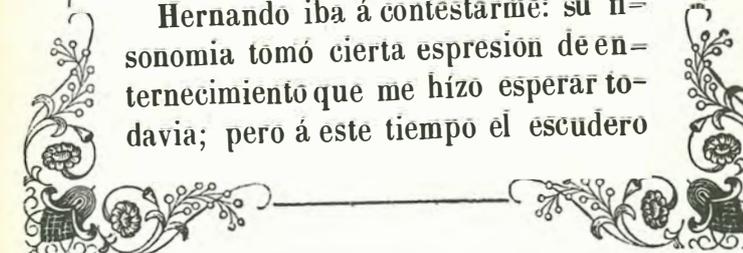
ta que consagraros: me pedisteis mi amor y os entregué mi corazón sin el menor recelo: escogisteis de mí un grande sacrificio, el de abandonar á mis padres; y yo, ingrata, los abandoné y os seguí sujeta á la voluntad de un hombre, á quien solo conocia mi corazón: Despues con misterioso y criminal silencio fingisteis un enlace, contraido solo por vuestro capricho: necesitasteis mas tarde la abnegacion de mi libertad, y he permanecido encerrada en este recinto, sin escalar una sola queja, sin demandaros otra cosa que el amor con que habiais logrado fasciarme. Y ahora, porque ya habeis saciado vuestro capricho, por que soy un obstáculo á vuestra felicidad, permitis que se me calumnie y se me ultraje, como á una muger infame, vil y prostituida.

¿Y sois vos el qué, ageno á esos mezquinos cálculos, me ofreciais un



porvenir de gloria, antes de vuestra partida? Pues sabed que yo no ambicionaba mas gloria que adoraros, que oculta en el lugar mas miserable de la tierra, poseyendo un solo recuerdo de vuestro cariño, me hubiera contemplado la muger mas feliz del universo: y ahora, ahora mismo, envuelta entre estos harapos, única cosa que me resta de tiempos mas dichosos, si vos me dijerais al menos que estais seguro de mi inocencia, yo me tuviera por feliz con solo la memoria de haberos pertenecido; pero si cargada con un óprobio que no merezco, pretendéis arrojarme envilecida de vuestra casa, yo no me separaré de vos, y moriré de dolor en vuestra presencia, para probáros que soy inocente.

Hernando iba á contestarme: su fisonomia tomó cierta espresion de enternecimiento que me hizo esperar todavía; pero á este tiempo el escudero



entró apresurado; el semblante de Hernando tornó de nuevo á enfurecerse, y con voz de forzada aspereza se levantó y me dijo:

—Señora: nada teneis que pedirme: una mujer criminal no tiene derecho á hablar al hombre á quien ha ofendido. Vos en otro tiempo poseeriais mi amor, porque entonces era justicia concederoslo: ahora huíd de aquí: yo no os conozco.

Y hablando así, se levantó, como para evitar la molestia de mis ruegos. Yo tendí hacia él mis manos suplicantes, demandándole un momento de piedad para la infeliz, que en nada le habia ofendido.

Supliqué, si, pero era en vano. Aquel corazon, en el cual habian ya introducido la desconfianza, no estaba dispuesto á escuchar los ayes de mi infortunio, que los creia hijos de la mas villana impostura.

¡Hernando! ¡Hernando! le dije yo, al verle separarse de mí y abandonarme: tambien vos. . . . el hombre, que me habia ofrecido su amparo en este mundo, me abandona tambien. Víctima de la mas cruel impostura, de la traicion mas cobarde y villana, me arroja de aquí, sin escuchar la voz de mi corazon, que nunca os ha mentado. . . ¡Oh Dios mio! cuan poca fuerza tienen hoy mis acentos para vos!

—Señora, no me atormentéis mas. Yo os prometí mi amparo, cuando vuestra pureza lo merecia; vuestra voz encontró eco en mi corazon, cuando era la voz de una jóven virtuosa, que no habia conocido la mentira, ni abrigaba en su seno el crimen, que á mi vista os envilece.

—¡Oh! arrancadme la vida, arrancadme esta vida que me es ya aborrecible; pero no me acuseis de un crimen que no he cometido jamas.

—¡La vida! yo no os quiero privar de ella; porque os privaría de vuestro castigo. Vivid, vivid: la memoria de vuestra infamia os seguirá, do quier que vuestros pasos se dirijan, y el remordimiento de vuestra ingratitud será vuestro suplicio.

—Yo os juro por ese cielo que nos mira, por ese Dios que castiga al perjuero, que soy tan inocente como en el dia que me arrancasteis de mi ignorado y venturoso asilo.

—Señora, mis ojos no pueden engañarme. ¿Qué haciais en el jardin?

—La esperanza de ver á mi hijo....

—Y la esperanza de ver á vuestro hijo os hizo seguir las huellas de aquel hombre, que os aguardaba al lado de la fuente?

—El me indicó que mas lejos le hallaria.

—¡Cuanta credulidad! ¿y por que

aquel hombre desapareció, cuando yo os perseguia?

—Yo no lo sé.

—Y bien, ¿quién era ese hombre?

—Tambien lo ignoro.

—Y es posible que tanta falsedad hallais aprendido en el poco tiempo que hace me separé de vos?

—¡Falsedad, Dios mio, falsedad! ¡Ah! ¡quién me hubiera dicho que un dia me habia de ver ultrajada por vos de esta manera! ¿Dónde están las promesas de amor, tantas y tantas veces reiteradas?

—Señora, el amante desapareció: ahora solo ecsiste el juez; mas tarde, el verdugo. Ya estoy cansado de escuchar vuestras inútiles quejas: cuando os plazca, salid.

—Ah! ya no podeis sufrir mi presencia: vuestro corazon comprende que yo no os he ofendido jamas, y la imágen de otra muger, que acaso en él se esconde, no es bastante á borrar de un

todo sus instintos de generosidad.

Mirad, Hernando, soy la madre de vuestro hijo, he llevado en mis entrañas el fruto de vuestro amor que aun ultrajada me envanece: ahora, vos me arrojaís de aquí, porque no quereis concederme por mas tiempo lo que nunca debierais haberme concedido..... Yo me resignaré: huiré de aquí, si huyendo puedo complaceros. Estos vestidos miserables, con que vine á vuestro poder, me servirán de abrigo, donde quiera que mi dolor se oculte. Solo me resta que demandaros una gracia: soy madre; me han arrebatado despiadadamente el hijo de mi amor; y ese hijo debe partir tambien con su desventurada madre. Hacedmelo entregar: yo iré con él lejos, muy lejos de este recinto. Yo le enseñaré en la soledad á amar á un padre que no ha conocido. Yo le haré pedir á Dios todos los dias por vuestra felicidad.

Le enseñaré á pronunciar vuestro querido nombre, sin decirle jamas donde podrá encontraros, para que no se vea con desden arrojado de estos lugares, donde por primera vez ha contemplado la luz del dia. ¿No me escuchais? ¿Volveis la cara para ocultar vuestra turbacion? ¡Oh! Hernando, Hernando! entregadme mi hijo, y yo abandonaré mas tranquila vuestro palacio.

—Vuestro hijo no ecsiste para vos. Él es inocente, y no ha de sufrir con vos el castigo de un crimen que no ha cometido. Yo le enseñaré á implorar del cielo el perdon para una madre que no ha conocido; pero jamas le haré repetir vuestro nombre, para no hacerle humillar la frente avergonzada. . . .

«Quise hablar entonces y no pude: el dolor habia cortado la voz en migarganta, y solo tuve accion, para dirigir una mirada al padre de mi hijo, y ba-

jar despues los humillados ojos inundados de llanto de amargura.

Hernando salió, ordenando á Nuño me arrojase fuera de su palacio; y este, dando una carcajada feroz, me condujo hasta la puerta por donde habia entrado colmada de esperanzas, y allí me abandonó á mi desesperada suerte.»



CAPÍTULO XXV.

Un alma compasiva.



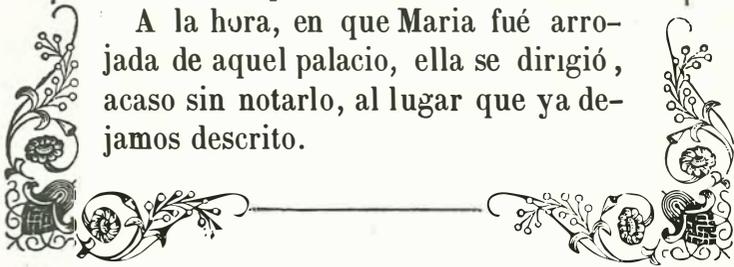
La cordillera de montes, de que hemos hablado anteriormente, y en cuya falda se eleva el edificio mencionado, estiendese casi paralela á la sierra de Ronda en direccion N. E. á S. O. A distancia de una milla escasa, siguiendo la cordillera hacia el S. O., elevase un monte superior á los demas, en cuya cumbre de piedras calcinosas crecen

algunas palmas mezcladas con otros arbustos pequeños, que dán á aquel terreno un aspecto de perpetua esterilidad.

Entre estas piedras de magnitud y formas diferentes sobresalen algunas, que, unidas intimamente al monte, de que forman parte, por alguno de sus lados escéntricos, parecen como suspendidas en el aire, cuando se observan desde el declive de la colina.

Desde cualquiera de ellas puede admirar el espectador el variado y estenso panorama que ofrece à su vista la dilatada vega, de que antes tambien hemos hecho mérito, sembrada, digámoslo así, de caserios de diversa especie, que forman un bello contraste con la monotonía de aquellas dilatadas llanuras.

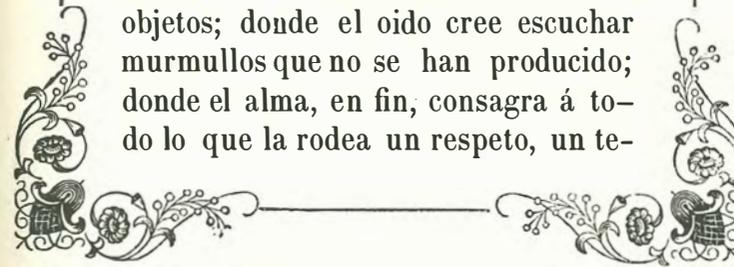
A la hora, en que Maria fué arrojada de aquel palacio, ella se dirigió, acaso sin notarlo, al lugar que ya dejamos descrito.



Agitada de tanta fatiga, y para dar libre rienda á su dolor profundo, se sentó sobre la piedra mas elevada, y allí se entregó libremente á sus tristes y amargos pensamientos.

La luna en todo su esplendor presentábale aquel vasto paisaje, que ella debia admirar por primera vez rodeado de aquella magestad severa y melancólica, que presta á la naturaleza el silencio imponente de la noche.

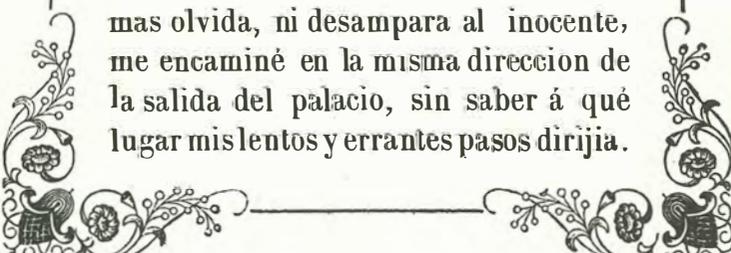
El espectáculo era maravilloso: en medio de aquella soledad cubierta con el velo misterioso de aquella luz blanquecina, en donde la calma no era interrumpida por el ruido mas leve y pasagero; allí, donde al traves de una claridad indecisa, la vista se afana por descubrir el verdadero límite de los objetos; donde el oído cree escuchar murmullos que no se han producido; donde el alma, en fin, consagra á todo lo que la rodea un respeto, un te-



mor hasta cierto punto religioso; allí, decimos, encontrábase la infeliz y desconsolada Maria, cruel y bárbaramente abandonada, sufriendo cuantos tormentos le acarreaba su suerte, tormentos tanto mayores, cuanto mayor era el aumento que les daban el corazón sensible y el alma elevada y pura de aquella martir inocente.

Pero volvamos á tomar el hilo de la historia, en el lugar que la dejamos interrumpida, y en ella encontraremos mitigado el dolor de esta desconsolada jóven, á quien un alma compasiva vino á hacer mas llevaderas sus desgracias.

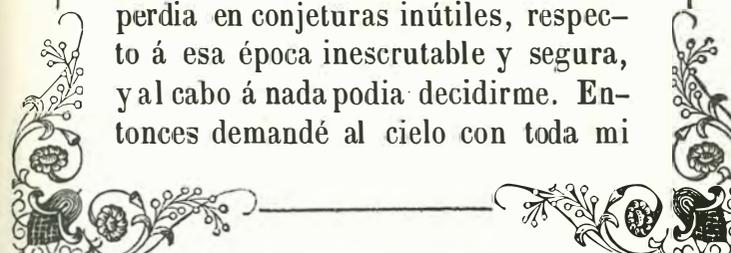
«Apenas me vi sola en medio de aquellos campos, continua la historia, puesto el corazón en Dios, que jamas olvida, ni desampara al inocente, me encaminé en la misma direccion de la salida del palacio, sin saber á qué lugar mis lentos y errantes pasos dirijia.



«Al llegar á la cumbre de un monte, no muy lejano al sitio de donde habia partido, cansada ya de mis muchas fatigas me detuve á tomar aliento, sentada sobre un empinado peñasco. La luna estendia sus rayos sobre aquella soledad inmensa, que nada me parecia en comparacion de mis desgracias.

«Anublados los ojos por el copioso llanto, herido el corazón por el dolor mas intenso y ateridos mis miembros por el frio excesivo de la noche, parecianme los efectos de un espantoso sueño todos los males que en realidad me cercaban.

«Lo pasado y lo presente presentábanse á mi imaginacion con un risueño aspecto, comparados con los horrores del porvenir. Mi pensamiento se perdia en conjeturas inútiles, respecto á esa época inescrutable y segura, y al cabo á nada podia decidirme. Entonces demandé al cielo con toda mi



alma una muerte, que pudiera librarme de todo el enorme peso de mi infortunio; pero el cielo no me escuchaba, por que mi medida no estaba llena, y aun me restaban en el mundo eternos dias de dolor y llanto.

« En estas meditaciones absorta y embebecida el alma me encontraba, sin temor de que nadie pudiera venir á turbar mi doloroso silencio en medio de aquella soledad espantosa. Cuál seria, pues, mi asombro al ver dirigirse hacia mí un bulto, al parecer figura humana, que á paso presuroso se me iba silenciosamente acercando. Yo entonces, poseida de todo el valor, que presta la desgracia, esperé, casi con serenidad la llegada de aquel ser misterioso.

» Os he venido buscando, me dijo, cuando ya estaba á muy corta distancia; y á favor de la claridad de la luna, he podido al fin encontraros, cosa de que ya desconfiaba.

¿Y quién sois vos, le pregunté yó, que así os interesais por mi suerte? ¿Acaso sois algun emisario de mi cruel enemigo, que venis á gozaros en el horror de mi desventura?

—No soy, me dijo, acercándose y descubriéndose, lo que vos pudisteis con justicia imaginaros.

Al escuchar estas palabras, dí un grito y me lancé en sus brazos: era Juana, la pobre muger, que me habia servido durante mi permanencia en el palacio, y á la cual habian separado de mí, porque se interesaba algun tanto en mi desgracia.

Aquella muger de formas varoniles, de grosero aspecto y de voz ronca y desapacible, escondia bajo aquella corteza de estupidez repugnante un alma jenerosa y pura y sentimientos mas esquisitos que, los que de ella pudieran esperarse, si con el exterior se comparaban.

—He venido á encontraros, me repitió, porque, sabedora de vuestras desdichas, no me era posible abandonaros en medio de estos campos, y cercada de los horrores de la noche. Conozco cuanta á sido la infamia de vuestros calumniadores, porque he visto armar el lazo, que se os habia preparado; pero no tenia poder para romperlo. Como vos, tambien confiaba yo en que pudiera salvaros el amor, que D. Hernando os profesaba: me engañé. La trama estaba bien urdida, y han cuidado muy bien de envolverlo en ella; pero tened confianza, acaso algun dia caerá de sus ojos la venda, con que ahora le ciegan, y entonces volveréis á su lado á recoger el fruto de vuestra constancia y sufrimiento.

—¡Oh! eso es imposible: Hernando ha desechado de su corazon los sentimientos, que en otro tiempo profesaba á la madre de su hijo; y cuando esos

sentimientos se agotan es para no volver jamás. Vedme aquí, errante y sin asilo, sin saber adonde dirigir mis pasos.

—Si quereis, yo os conduciré á casa de vuestros padres, conozco perfectamente el camino, y antes de rayar el dia podemos llegar á su puerta.

—¡Ah! nunca, nunca: ellos perdieron una hija inocente y virtuosa, y yo no les devolveré una muger vilipendiada é indigna de su cariño. Yo vagaré por estas soledades, donde, sujeta á toda clase de privaciones, tal vez aplacaré al cielo enojado con mi crimen.

—¿De crimen hablais? ¿Cuál es el que habeis cometido?

—El de abandonar á mis pobres padres, y dejarme seducir y engañar por ese hombre que, acaso por divertirse, me llamaba algun tiempo su esposa. Pero ¡oh! ¡no, Dios mio! yo no quiero

agraviar á Hernando, atribuyéndole pensamientos tan viles. Él ha sido, como yo, engañado: víctima de la mas infame impostura, acaso sufrirá en silencio el mismo dolor que devora mi alma.

—Y bien ¿qué pensais hacer?

—Ya os lo he dicho: viviré en medio de estos campos; me alimentaré de hiervas y raices, y cuando Dios señalare el fin de mi vida, acaso se dará por satisfecho y recibirá mi alma, para colocarla entre las de los justos.

—Con que estais dispuesta á hacer os penitente? ¡Ah! ¡quién pudiera imitar vuestra resolucion heróica! Hacedis bien, hija mia. Retirada del mundo, donde solo se encuentran desengaños, pasareis una vida feliz, que Dios os premiará, dando una tranquilidad completa á vuestro espíritu: no muy lejos de aquí hay un alberque que podeis elejir para morada: yo os conduciré á

él, os proveeré de todo lo necesario, y desde allí podreis contemplar todos los dias el techo que os vió nacer, sin que nadie vaya á turbar vuestro religioso retiro.

—¡Oh! bendita seais mil veces: vos descargais á mi corazon del enorme peso, que lo oprimia, y haceis que mi alma se ensanche, para dar lugar á esas ideas de felicidad, por cuya realizacion estoy ya impaciente.

En efecto: aquella muger de alma noble y generosa, aunque de aspecto siniestro, me tomó de la mano, guiandome hacia el lugar, que me habia indicado anteriormente.

Sin descansar anduvimos el resto de la noche, y cuando ya la aurora se dejaba ver en el oriente con su purpuro manto, nosotras nos encontrabamos á la entrada de una gruta formada de zarzas y madreselvas, que entre sus hojas apiñadas temian casi

oculta la entrada de la cueva, que debía servirme de morada el resto de mi vida.

Entramos en ella, aunque con algun trabajo, y el primer sentimiento que experimenté al pisar por la vez primera mi ignorado y solitario asilo, fué el sentimiento profundo que consagra nuestra alma á los objetos rodeados, por decirlo así, de cierta magestad salvaje.

—Este es, me dijo mi compañera, el albergue que mas apropósito he creído para que en él ocultéis vuestro dolor. Yo vendré á visitaros con frecuencia, para traeros el consuelo que la amistad ofrece, y al mismo tiempo os proveeré de cuanto sea necesario á vuestra subsistencia.

Esto diciendo, se despidió de mí, estrechándome afectuosamente entre sus brazos, y vertiendo sobre mi corazón una lágrima compasiva.

Yo la ví alejarse apresurada por el

mismo camino que hasta allí nos condujera, y mis ojos la siguieron involuntariamente hasta perderla de vista. ¡Oh, qué feliz era ella, que podía disfrutar tranquilamente de la dulce presencia de mi cruel y despiadado esposo!

Cuando ella hubo desaparecido, yo me oculté dentro de mi estrecho y lóbrego subterráneo, donde he pasado quince años de penosa existencia.

Pocos me restan ya: el corazón, que tantas y tan amargas penas ha sufrido, principia á sentir mas llevadero el peso que le oprime, y es que la mano del Dios de la justicia, satisfecha de mi martirio lento y continuado, se levanta, para dejarle alguna expansión en los últimos momentos que ha de conservar sus latidos.

Mi primer cuidado, al tomar posesión de mi nueva morada, fué demandar al cielo que, ya que á tan amargos su-

frimientos me condenaba, concediera á lo menos un porvenir ecsepto de tanta amargura á mi infeliz y desgraciado hijo.

Dejemos á Maria en aquella mansion solitaria entregada á su dolor inmenso, y pasemos momentaneamente al palacio, donde quedaba Hernando, para examinar los acontecimientos que se siguieron á la espulsion de la madre desventurada, cuanto leal y malhadada esposa.



CAPÍTULO XXVI.

Remordimientos.

QUANDO aun palpita el corazon agitado por pasiones profundas, cuya causa se vé ó se toca, déjase el hombre llevar de esos impetuosos arranques, hijos del amor propio ó del honor ofendido: entonces fácilmente se pronuncian sentencias fatales, de que solemos arrepentirnos, cuando ya es imposible el remedio.

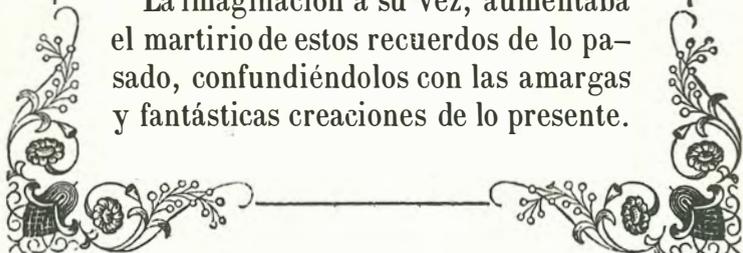
De esta manera Hernando Álvarez de

Lara, aquel jóven guerrero, que en cien combates se habia mostrado digno de su nombre, lloró como una débil muger, cuando las órdenes, que habia dado en un momento de acalorado enojo, recibieron su cumplimiento.

Presentósele entonces á la memoria la imágen de aquella infortunada criatura, á quien sus alhagos y promesas le habian hecho olvidarse enteramente de su ser, para entregarse sin recelo alguno á los preceptos de su voluntad.

La memoria, ese libro eterno, en que se graban con caracteres indelebles todas las acciones interesantes de la vida, complaciase en presentarle las mas dolorosas páginas, cuales eran aquellas en que se miraban en otro tiempo los recuerdos de su admirable encanto.

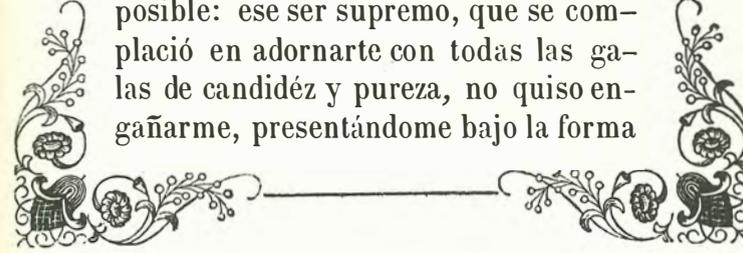
La imaginacion á su vez, aumentaba el martirio de estos recuerdos de lo pasado, confundiéndolos con las amargas y fantásticas creaciones de lo presente.



Acosado por los remordimientos que le producía su impremeditada determinacion, encerróse en su aposento, para poder entregarse allí libremente al exceso de su dolor.

Luego que se halló sin testigos, que pudieran echarle en cara su debilidad, dando libre rienda á sus comprimidas lágrimas, principió á quejarse de esta manera:

«Y será posible, Dios mio, será posible que tú, ¡oh! muger adorable cual ninguna, hayas marchitado en tu corazon y en el mio la flor de nuestras mas dulces esperanzas. Será posible que ese honor, esa virtud sublime, cuyo destello parecias en la tierra, fuera una mentida ilusion, destinada á hacer la infelicidad de mi vida. Pero no, no es posible: ese ser supremo, que se complació en adornarte con todas las galas de candidéz y pureza, no quiso engañarme, presentándome bajo la forma



de un ángel un espíritu del infierno.»

«No, no es posible: tú lo decías, cuando arrodillada delante de tu cruel esposo, regabas sus pies con tus preciosas lágrimas. Es una calumnia, una calumnia vil, de que se han valido para hacerte ante mis ojos aborrecible. Es una calumnia, porque me lo dice dentro del corazón la voz penetrante de un cruel remordimiento, que atosiga mi conciencia.»

Apenas acabó de decir estas palabras prorrumpió en furibundas imprecaciones, y salió de su aposento en el mayor desorden, presentando en su fisonomía, en sus acciones y en sus palabras todos los accidentes de un furioso.

Su padre, su escudero y sus criados, cuantos al paso se encontraban, trataban de detenerle, pero en vano: el respeto de unos, el cobarde temor de otros y el amor de su anciano padre, eran

causas que impedian á todos oponer á sus intentos una resistencia obstinada.

El nombre de Maria salía incesantemente de sus lábios, y sus desencajados ojos la buscaban por todas partes: tambien era en vano.

Aquel hombre frenético corria y recorria todo el palacio, y cuantos le rodeaban se hallaban poseidos de esa estupefacción dolorosa que producen los inesperados acontecimientos que allí se multiplicaban.

Como nadie se oponía abiertamente á sus intentos, abrió precipitadamente la puerta del jardín, que conducía á la fuente, y se precipitó hasta el lugar en que habia encontrado á la infeliz Maria la tarde en que se ejecutó la infame y diabólica farsa.

Apenas hubo llegado, detúvose como por instinto en el mismo lugar que aquella tarde, y echando mano á la daga, que no habia desprendido de su

cintura, dió una puñalada en el suelo con un furor extraordinario, y dejando el acero profundamente clavado entre la grama, ¡la he muerto! gritó y cayó sin sentido entre los brazos de su padre, que á su socorro habia llegado.

Mal enojado D. Rodrigo por la situacion desconsoladora que Hernando presentaba, juró vengar los padecimientos de su hijo, con la muerte de la infeliz, que bien á su pesar los causaba.

Luego que Hernando fué conducido à su habitacion, para prodigarle los auxilios de que necesitaba, ofreció D. Rodrigo una cantidad de oro considerable á quien le presentara pruebas irrecusables de haber dado muerte á la desventurada Maria.

Solo dos se ofrecieron á ejecutar este acto de inaudita barbarie: el uno fué el criado de quien Nuño se habia valido para dar cima á sus amaños: la otra era Juana, aquella muger que la acom-

pañó hasta la cueva, donde la hemos dejado, y á quien ya conocen nuestros lectores.

Luego que ambos hubieron ofrecido al Señor de Machaniella proceder como vasallos leales en la ejecucion de sus deseos, se retiraron, para hacer cada cual sus preparativos y formar el plan, á que en su espedicion habian de sujetarse.

Cuando hubieron hecho sus preparativos, disponianse ambos á salir en busca de la víctima inocente, á quien tan inmerecida y cruel espiacion se le preparaba.

Pero antes de que salieran por las puertas de aquel palacio, Nuño, que aun conservaba en su corazon las lúbricas ideas, que habian ocasionado tantas desgracias, los convocó en un lugar apartado y les habló de esta manera:

—¿Estais dispuestos á ejecutar las

órdenes del señor, dando muerte á esa muger, donde quiera que la encontréis?

—Es nuestro deber, replicaron ambos; y además, continuó el criado solamente, la paga es buena, y yo no creo que debamos desperdiciar una ocasión, en qué tan buena ganancia se nos ofrece.

—Y si yo os hiciera nuevas proposiciones, volvió á preguntar el escudero, ¿las admitiríais?

—Segun sean ellas, replicaron los dos á un mismo tiempo.

—Pues bien, continuó Nuño: yo deseo que viva esa muger todavía algun tiempo. Si me prometeis noticiarme el lugar donde se encuentra, sin privarla de la vida, yo hallaré medio de que presenteis al señor pruebas finjidas de su muerte, y además recibireis por mi parte una nueva recompensa. ¿Aceptais?

—Acepto, exclamó el criado, seducido por la idea de un nuevo lucro.

—No acepto, dijo Juana, que comprendió perfectamente, las intenciones del escudero. El Señor desea que muera esa muger, y morirá.

—Y tendréis valor.

—Mi mano herirá segura; porque el deber que me he impuesto, no me permite faltar á mi promesa.

—Sois muy cruel.

—La compasión jamás se ha abrigado en mi pecho.

—¿Será posible!

—Si, es muy posible; y por cierto que no me faltarian puntos de comparación dentro de este mismo palacio.

Nuño se estremeció creyéndose aludido por aquella muger incomprensible; pero luego, para hacer entender que nada recelaba, siguió diciendo en tono solemne:

—En verdad que con poca compasión

se le ha tratado; pero el crimen es grande y

—¡Oh! descuidad, señor Nuño, que ningun crimen queda sin castigo en el mundo: tarde ó temprano todo se satisface.

El escudero se estremeció de nuevo, al escuchar de los lábios deaquella muger unas palabras, que eran quizas la sentencia de su condenacion. Sin embargo, para terminar aquella entrevista, que pesaba demasiado sobre su corazon, preguntó otra vez con voz balbuciente:

—¿Con que no aceptais?

—Ya os he dicho que no acepto, repitió Juana con acento de entereza y energia: es preciso que muera, y morirá.

Dichas estas palabras, se encaminó diligente hacia las puertas del palacio.

El criado se encojió de hombros, y salió tambien en la misma direccion, que ella llevaba.

Nuño se quedó estupefacto.

Apenas salieron de las puertas de aquel edificio, Juana se dirigió al criado, que con ella salia, y le dijo:

—Para tampoco empeño no se necesita mas que una mano. Cada cual siga el rumbo que su suerte le deparare y el que tuviere la dicha de encontrarla goce del premio sin necesidad de que otro participe.

Entonces cada uno eligió distinto camino, provistos am bos de un puñal agudo, y llevando Juana ademas otros objetos, de que hablaremos mas adelante.

Aunque á la salida habian elegido caminos diferentes, ambos se dirijieron hacia la oculta cueva, donde la inocente victima esperaba tranquila el sacrificio.

Dejémoslos caminar por aquellos áridos y desiertos campos, que en el próximo capitulo, daremos fin á este acontecimiento interesante.

CAPÍTULO XXVII.

Una mancha de sangre.

A hemos visto en el capítulo precedente como salieron aquellos dos personajes del palacio en busca de una víctima. El astuto criado comprendió que Juana debía saber el paradero de la joven María, y así se situó en un lugar apropiado desde el cual espío su derrota y la siguió á corta distancia, siem-

pre ocultándose, para no ser descubierto.

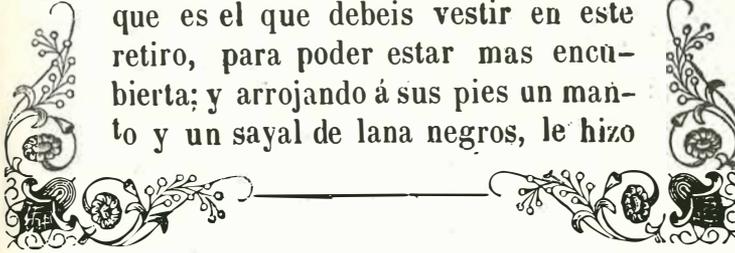
Al llegar ya próximos á la cueva, y á la orilla opuesta del río, descubriose a la infortunada joven, que sentada cerca de ella lloraba amargamente su total aislamiento. Juana se había adelantado para pasar el río por un puente de barcas situado á alguna distancia, y el asesino, temiendo que aquella le arrebatara la presa si se le adelataba á consumir su crimen, no vaciló en arrojar al agua para pasarlo á nado. Pero Juana que le había tomado bastante delantera, y que lo vió en la opuesta orilla, dispuesto á evitar nada aquel rodeo, corrió con toda la precipitación que sus fuerzas le permitían, con el objeto de frustrar sus intentos. El había hecho la misma observación, y se esforzó también cuanto pudo para llegar antes á don-

de la inocente víctima esperaba. En efecto, consiguió adelantarse; pero María, que por un instinto de conservación pudo penetrar algo de sus intenciones, corrió á ampararse en su escondido albergue, creyéndose con esto bastante segura; mas no lo estaba en verdad, porque aquel monstruo de codicia se lanzó furioso tras de ella sediento de consumir su criminal intento. Introdújose hasta donde aquella jóven desdichada se habia refugiado, y sin causarle la menor sensación al encontrarla arrodillada en ademán de suplicarle por su vida, levantó el puñal para hierla de muerte. Entonces otro puñal, con mas certera dirigido, penetró hasta el corazón de aquel hombre malvado, sin darle lugar á consumir su obra. El arma homicida cayó abandonada en el suelo y él mordió tambien la tierra que pisaba, revolcándose en su

propia sangre. María se desmayó. Al mismo tiempo una voz enérgica y conmovida exclamó: ¡Ya he principiado mi justa venganza: aun me resta uno! Esta voz era la de Juana, que con la ligereza de un gamo habia podido llegar hasta aquel parage, para evitar la muerte de la infeliz María.

Luego que esta volvió de su desmayo, abrazó á su libertadora, con toda la efusion de su alma, rogándole le manifestára la causa que la impulsaba á interesarse tanto por su existencia.

—Aun no es tiempo de que os lo manifieste, le dijo Juana fuertemente conmovida. No perdamos el tiempo en hablar, cuando para obrar es tan necesario. Ahí teneis ese nuevo traje, que es el que debeis vestir en este retiro, para poder estar mas encubierta; y arrojando á sus pies un manto y un sayal de lana negros, le hizo



despojarse del que vestia, y ella al punto lo recogió empapándolo en la sangre, de que la cueva estaba inundada. Luego agarró entre sus brazos aquel cadáver, y atándolo al cuello una pesada piedra, lo arrojó á las ondas del Guadaíra, librando de este modo á la humanidad de un monstruo de ambicion abominable.

Despidióse al punto de la desconsolada María, despues de dejarle un frugal alimento, durante su ausencia, y tomando los vestidos ensangrentados se dirigió al palacio á recibir el premio de manos de su Señor, que la aguardaba.

Cuando don Rodrigo Alvarez de Lara recibió aquella prueba irrecusable de su venganza satisfecha, no tardó en presentarla á su hijo, creyendo de este modo tranquilizarle; pero sucedió muy al contrario, porque Hernando, enfurecido á vista de tamaño crimen, llevó

su desesperacion hasta tal punto, que nadie se creia seguro de su furia; y á no haber sido por el respeto profundo que á su padre profesaba, aun éste mismo hubiera tenido que temer las consecuencias de su ira. Pero el tiempo hizo su efecto, y poco á poco se fué serenando, hasta quedar en un estado de casi completa insensibilidad.

El hijo infortunado de sus amores fué recogido por Juana, la cual esperaba hallar una ocasion oportuna en que presentarlo á su padre. Entretanto no dejaba de visitar con bastante frecuencia á la desgraciada jóven, que lloraba en la soledad, para facilitarle los escasos recursos que le bastaban para conservar su ecsistencia, no sin la esperanza de poder algun dia tornarla á su primitiva felicidad, contando para ello con que su jóven Señor se hallaria en un estado capaz de escuchar tan extraordinaria nueva; pero este pensa-

miento se le frustró también, porque don Rodrigo, con el objeto de apartar á su hijo de aquella tristeza que lo consumía, trató de llevar á cabo su enlace con Blanca, la hija de su desgraciado amigo.

Propúsole así á Hernando, y éste se prestó con docilidad á las exigencias de su padre, recibiendo la bendición nupcial con la misma indiferencia que la recibiera un autómatas.

Blanca quedó instalada en el palacio al lado de su abatido esposo, procurando, aunque inútilmente, distraerlo de la pena voraz que lo abatía.

D. Rodrigo Alvarez de Lara y doña Leonor, madre de la esposa de Hernando, bajaron poco después tranquilos á la tumba, después de ver cumplidos sus votos por la felicidad de sus hijos.

CAPÍTULO XXVIII.

Epílogo.



DOCE años habían pasado ya de todos estos acontecimientos, cuando Don Hernando Alvarez de Lara, que aun no había podido olvidarlos, ni aun en los brazos de una amable esposa que se esforzaba inútilmente en consolarle, determinó partir de nuevo á la guerra, para buscar en medio del fragor de los comba-

tes una muerte heroica ó algunos momento de consuelo á su dolor profundo.

Cuando ya todo estaba dispuesto para la partida, Juana entró en el aposento de su Señor, con los ojos arrasados de lágrimas y llevando de la mano un niño de doce años. Arrojáronse los dos al entrar delante del caballero, y aquella muger, de alma noble y generosa le dirigió en estos términos la palabra:

—Hace doce años, señor, que una muger infortunada salió de este palacio, dejando, como único recuerdo de su ecsistencia y del amor que os habia merecido, este niño, que me fué confiado, poco despues del infortunio de su madre. Vais á partir, señor: acaso en los horrores de la guerra; encontrareis la muerte, que es el premio de los hombres valerosos, y esta infeliz criatura, olvidada para siempre que-

daria espuesta á la miserable situacion de villano, cuando el cielo acaso para ser señor lo destinara.

Yo no hubiera tenido la osadia de presentároslo, si el cielo os hubiese concedido algun fruto en vuestro matrimonio; pero Dios lo ha ordenado asi, y acaso debemos mirar en ello su mano poderosa, que protege y ampara á este inocente.

Hernando fijó los ojos en el vástago de su nunca olvidado cariño, y despues levantándolo con tierna solicitud lo estrechó entre sus brazos, bañando su frente con las lágrimas de dolor consagradas á la triste memoria de su madre.

Juana no se atrevió á darle la mas pequeña noticia de la ecsistencia de María, y asi se consoló con el bien que á su hijo habia proporcionado.

Hernando observó en el jóven la extraordinaria semejanza que con su

madre tenia, y conoció que corria por aquellas venas sus misma sangre, cuando al despedirse de él, para encaminarse á la guerra, el niño le habló de esta suerte:

=Yo quiero tambien, padre mio, partir con vos; que aunque mi diestra participe de la debilidad de mis cortos años, yo espero que á vuestro lado estará muy pronto en disposicion de manifestar que soy vuestro hijo.

Abrozólo entonces con orgullo el de Lara, y dirijiendo luego la vista al cielo exclamó: ¡Bendito seas, Dios mio, es digno de perpetuar mi nombre!

Al dia siguiente Don Hernando Alvares de Lara y su hijo, á quien habian dado su mismo nombre, partieron juntos para las frontéras, en donde la suerte les reservaba continuados triunfos é inmarcesibles lauros.

Dejémoslos correr tras de la gloria

entre el horror de las sangrientas lides, y veamos cual era el móvil que habia impulsado á Juana á obrar de aquella manera, lo cual se demostrará en el siguiente capítulo, donde daremos fin á la historia de la desventurada Maria.

CAPITULO XXIX.

Conclusion.

MIENTRAS Don Hernando y su hijo habian partido á la guerra, Juana no dejó de visitar frecuentemente á la jóven desgraciada, que plorando como un crimen los efectos de su infortunio se habia entregado completamente á la mas austera penitencia.

Más de dos años habian pasado

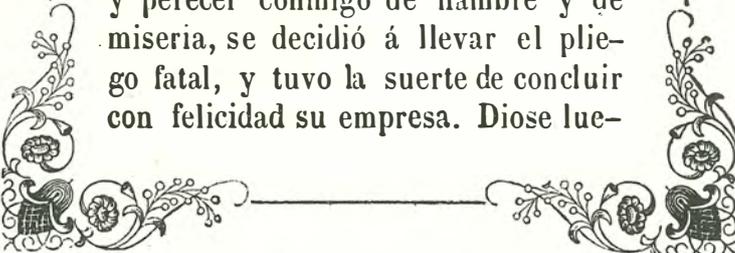
desde entonces, y D. Hernando no volvia, ni de él se habia tenido la mas leve noticia. En este tiempo una aguda fiebre arrabató la vida á Doña Blanca, á lo cual no poco habian contribuido las continuas penas causadas por el casi total abandono, en que su esposo la habia dejado.

Juana creyó esta ocasion muy oportuna para realizar un proyecto, en que hacia mucho tiempo cavilaba, y así se dirigió á la cueva, donde se albergaba la infeliz María, y sentada junto á ella sobre el cesped, que la ladera matizaba, le habló de esta manera:

Ya hace tiempo, hija mia, que vello por vuestra felicidad: habeis extrañado las acciones que he hecho en vuestro servicio, y me habeis demandado la causa de ellas. Un dia, cuando el puñal de un asesiao se levantó sobre vuestra cabeza, visteis

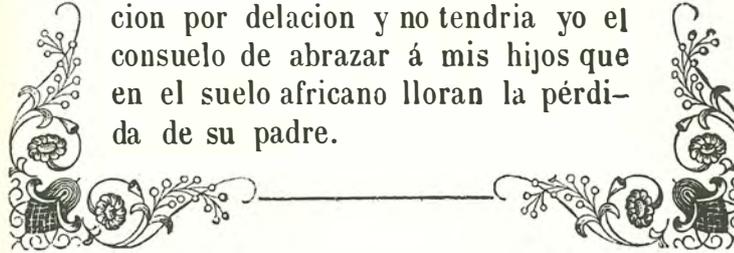
caer el mio mas ligero sobre su corazon: entonces pronuncié unas palabras, cuyo sentido solo yo comprendia, y que ahora quiero esplicaros.

Veinte años se han cumplido desde que mi infeliz esposo bajó al sepulcro, asesinado por dos miserables. Un dia habia amanecido para nosotros..... ¡dia aciago y cruel! el hambre nos acosaba, y no teniamos pan... Dos hombres llegaron á mi esposo y le dijeron, confiados en que era *morisco*: «Si te atreves á conducir este pliego hasta la frontera, tendrás un premio de cuarenta escudos». El lance era comprometido; porque la mas pequeña falta de esta naturaleza se espiaha con la vida; pero él, prefiriendo morir ahorcado á verme perecer y perecer conmigo de hambre y de miseria, se decidió á llevar el pliego fatal, y tuvo la suerte de concluir con felicidad su empresa. Diose lue-



go el grito de rebelion que al instante fué sofocado, y muchos de los que se habian comprometido pagaron con su cabeza.

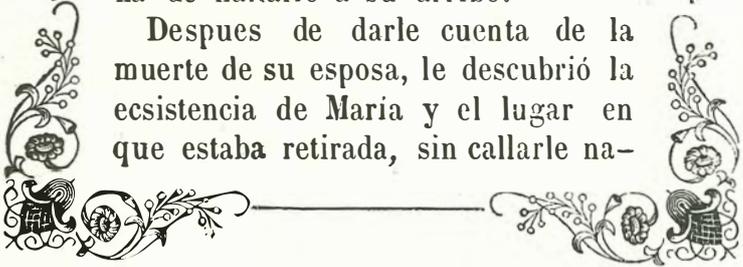
Los dos hombres que con aquel objeto habian seducido á mi esposo, eran Nuño y el asesino miserable que atentó á vuestra vida, y que no volverá á atentar á otra. De ese ya estoy vengada: restame ahora consumir mi venganza con la muerte de aquel infame escudero; pues ambos cometieron el asesinato de mi esposo, por temor de que los delatase. Yo no he podido hacerlo; porque sabiendo Nuño que aun conservo la religion de mis padres y que no me atreveria á negarla ante los jueces; por temor al castigo de Alá, me volveria delacion por delacion y no tendria yo el consuelo de abrazar á mis hijos que en el suelo africano lloran la pérdida de su padre.



La causa de compadeceros y amaros no ha sido otra que el aborrecimiento que os tiene ese monstruo; Si él os hubiera amado, yo os aborreciera. Pero no tengo tiempo que perder: el momento de quedar completamente vengada se acerca; y acaso va envuelta en él vuestra felicidad. Adios, hija mia: si Alá no quiere que volvamos á vernos, yo le rogaré todos los dias por vuestra ventura.

En esto se abrazaron tiernamente: María quedó sola: y la viuda de Aben-Jafet, á quien se conocia con el nombre de Juana, se dirigió á la frontera en busca de don Hernando Alvarez de Lara, teniendo la fortuna de hallarlo á su arribo.

Despues de darle cuenta de la muerte de su esposa, le descubrió la ecsistencia de María y el lugar en que estaba retirada, sin callarle na-

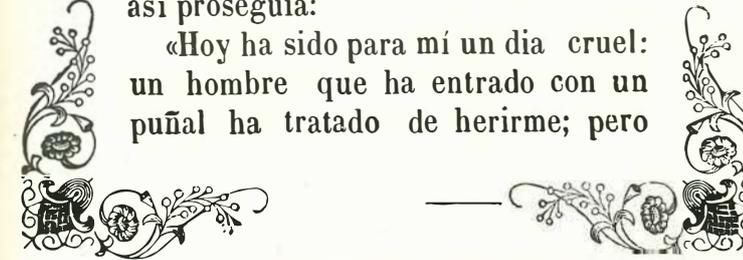


da relativo á los manejos de Nuño.

D. Hernando y su hijo escucharon con admiracion quanto aquella muger les decia, y para cerciorarse de la verdad de aquellos hechos tomaron con ella precipitadamente la vuelta del castillo.

Cuando llegaron á él, Nuño salió á recibir á sus señores con las mayores muestras de alegria; pero á una señal de don Hernando, cuatro guerreros, que le acompañaban, se apoderaron de él y le encerraron en una de las torres. Entonces, sin perder un solo momento, se dirigieron guiados por Juana al sitio de la cueva; pero antes de llegar, Pablo y el sacerdote continuaron la lectura de la comenzada historia, que asi proseguia:

«Hoy ha sido para mí un dia cruel: un hombre que ha entrado con un puñal ha tratado de herirme; pero



la mano vigorosa de la muger que me ha salvado ha herido de muerte su corazon. Yo no sé que misterio encerrará todo esto, ni que mal habré yo hecho á nadie, para que asi se conjuren contra mi vida.»

«Esta cueva está llena de sangre: ¡que horror me causa! y sin embargo, tengo que vivir en ella hasta el fin de mis dias, porque asi lo ha decretado el cielo

«¡Hace ya trece años!.... ¡Dios mio! ¡Como he podido vivir tanto tiempo en tan horrible estado! Cubierta con este velo misterioso, olvidada de todo el mundo, menos de una muger tan noble y virtuosa, cuanto repugnante me habia parecido en un principio..... Aqui paso mis dias, en esta soledad espantosa, donde solo hieren mi oido el continuo murmullo de estas aguas y los silvidos del viento:

al chocar en estas desnudas rocas Las noches son eternas..... los dias interminables..... ¡Cuanto tiempo me restará de espiacion, Dios mio!....

«Esta noche he sentido una horrible tempestad: las aguas casi han inundado mi pobre albergue.... Entre los ecos ya lejanos del trueno he escuchado los ladridos de un perro, en la opuesta ribera. .. ¡Qué recuerdos! ¡Dios mio! ¡Qué recuerdos!... .

«Hernando ha partido á la guerra, y ha llevado consigo á su hijo..... ¡qué felicidad! A lo menos el podrá contemplarlo. Si alguna vez llegará á su memoria.....Pero es imposible... él me cree muerta. Juana me lo ha confiado tod).

«¡Dos años mas!..... Juana me ha descubierto su corazon. ¡Qué lástima que no sea cristiana! Hoy se ha des-

pedido de mí para un largo viaje.
¿Cual será el objeto?

» Me siento desfallecer...., mi frente se abrasa, y mi cabeza está trastornada. ¡Qué temblor!» Hoy he tenido mucho frío. He recojido algunos troncos secos de los que va dejando la corriente del agua. Esta noche los encenderé, que puede ser que el calor me reanime. ¡Quién sabe lo que Dios me reserva todavía!..... Ahí está esa cruz: en ella murió el Hombre-Dios en medio de una cruel amargura. Yo la adoro como á un signo de consuelo, como al iris de mi salvacion....

.....
«Mis padecimientos se aumentan: esta fiebre que me consume acabará mi vida: no puedo sostenerme ya. Los parpados caen sobre mis ojos con el peso de una montaña. Quiero guardar estos pergaminos, para entregarlos á Juana, cuando regrese de su via-

ge.... Pero ¡ah! creo que ya no volveré á verla. Voy á escribir con mi sangre sobre esta cubierta..... » **LEED: AQUÍ ESTÁ ESCRITA LA VERDAD.»** Dios mio: yo moriré gustosa, si alguna vez se patentiza mi inocencia

.....,.....,.....
¡Tres dias de continuo padecer! ¡Qué oscura está la noche! El sacerdote no viene.... La lumbre se ha apagado..... ¡Cuánto frío! ¡oh! qué duro está este lecho.....! No puedo mas....

.....
Aquí concluía la historia: los últimos caracteres estaban tan mal trazados, que apenas eran inteligibles. Pablo y el padre Ernesto se abrazaron y vertieron sus lágrimas unidas por aquella desventurada criatura.

—Vamos, dijo el sacerdote, limpiándose las lágrimas con la manga de su sayal: rindámosle el último tributo. Pablo volvió á abrazar el cadáver

de su hija, y despues, con una resignacion admirable y un religioso silencio, sus mismas manos la colocaron en el centro de la tumba, y el sacerdote venerable la roció con agua bendita. Ambos dirigieron al cielo una ferviente plegaria, y ya aquel padre desventurado se disponia á ocultar para siempre los yertos despojos de su inocente hija en aquel suelo tantas veces regado con sus lágrimas.

Ya algunos puñados de tierra habian caido sobre su rostro al primer golpe del azadon, cuando don Hernando Alvarez de Lara, acompañado de su hijo y de cuatro de sus soldados, y precedidos todos de Juana, llegaron á donde aquellos dos ancianos virtuosos entregaban á la madre comun aquellos restos, que le pertenecian.

—¿Dónde está? dijo el primero de estos á la que los guiaba.

—Ahi la teneis dentro de esa cueva,

contestó esta, donde hace quince años que está llorando su infortunio.

—La que habitaba en esa cueva, repuso el sacerdote, dirigiéndose á estos, ya no pertenece á este mundo: su alma está en el cielo: su cuerpo dentro de esa sepultura.

—¡Madre mia! ¡esposa mia! exclamaron simultáneamente D. Hernando y su hijo; y todos se aproximaron á donde estaba el cadáver. Al acercarse, todos se arrodillaron involuntariamente: solo Juana pudo reconocerla.

Entonces el sacerdote les pidió atencion para volver á leer la historia. Ellos se la prestaron gustosos y escucharon conmovidos aquella lectura en que estaban contenidas las pruebas de su inocencia.

Abrazó don Hernando á su nuevo padre con el mayor respeto, ordenando hacer otro tanto á su hijo. Aquella escena era tan admirable, que

mas facilmente la concibe la imaginacion, que puede espresarla la pluma.

Pablo quiso cubrir por sí mismo los yertos despojos de su hija desventurada, y despues que todos hubieron dado el último adios á aquellos preciosos restos y colocado una cruz sobre aquella solitaria tumba, se dirigieron juntos al Castillo de Machaniella.

Al llegar à corta distancia, la vocina de uno de los soldados, que acompañaban á Don Hernando, hirió el viento con un prolongado sonido.... Al mismo tiempo un hombre fué arrojado, por una de las almenas de la torre, pendiente de un cordel atado á la garganta. Este hombre era Nuño, que, segun la orden de su señor, debia sufrir la pena de ser ahorcado á la señal convenida. Así pagó aquel miserable los crímenes que habia cometido en el mundo..... Aun le

restaba una eternidad.

—¡Ya estoy vengada! exclamó Juana con enérgico acento; y separándose de la comitiva dirigió sus pasos al africano suelo.

Pablo acabó sus dias rodeado de su nueva familia, prodigándose mútuos consuelos. Mientras les duró la vida, celebraron el aniversario de aquel dia funestó, colocando una flor sobre la oculta tumba de la desgraciada María. .

.

Una huerta fertilísima y un molino de pan están hoy situados sobre aquella ladera, y aun se designa aquel sitio con el nombre de LA TAPADA.

FIN.

UNA FLOR

EN LA TUMBA DE MARÍA.

Nace la pura y cándida azucena,
ornato del vergel, gala del prado:
refresca con su ambiente regalado
la blanda brisa, de su aroma llena.

De ruiseñores el celeste coro
difunde su encantada melodía;
y el arroyuelo en la floresta umbría
su curso pierde entre guijueñas de oro.

En la copa del roble corpulento
hace escuchar la tórtola su arrullo:
abre la fresca rosa su capullo:
sobre el tallo gentil mécela el viento.

Mas viene el huracan; y arrebatando
sus blancas hojas, la azucena espira,
y el ruiseñor de su doliente lira
suspende el eco melodioso y blando.

Enturbia el arroyuelo sus raudales;
la tórtola se esconde en la enramada;
muere la fresca rosa deshojada
á impulso de los recios vendabales.

Tal tu fortuna fué ¡pobre María!
tu dulcísimo aroma arrebataron;
tu celestial acento no escucharon;
tu tallo desgajó la suerte impía.

En una cueva, al pié de una montaña,
de un áspero sayal siempre cubierta,
entre una selva lóbrega y desierta,
sobre el humilde lecho de espadaña.

Quince años de un amargo descon-
suelo
te reservaba tu fatal destino,

que hácia la eternidad ancho camino
á tu espíritu abrió, llevólo al cielo.

De la traicion la mísera impotencia
no manchó de tu nombre la memoria;
mayor tu lauro fué, mayor tu gloria,
al ostentarse pura tu inocencia.

Duerme bajo esa tumba solitaria,
regada tantas veces con tu llanto,
donde de Filomena el tierno canto
se eleva en melancólica plegaria.

Recibe este tributo de mi lira,
tu ,que viste tambien la luz primera
en la encantada y sin igual ribera
del cristalino y manso Guadaira.

Una lágrima ardiente de mis ojos
Desprendida tambien regó este suelo,
donde un padre en amargo desconsuelo
vino á cubrir tus miseros despojos.

A su vista se eleva el alma mia:
Llevo hasta allí mi planta silenciosa,
y coloco con mano temblorosa
una flor en la tumba de María.

NOTAS.

(A.) Segun Pedro Leon Serrano en la época á que nos referimos, la poblacion de Alcalá de Guadaira hallábase toda dentro del recinto de las murallas que por todas partes lo circuia. Veamos como se espresa:

«En lo eminente de la sierra, donde fué la primera fundacion de esta villa, y dentro de las murallas de ella, está su grande y fuerte castillo. Por la parte que mira al poniente, está cercádo todo de murallas y con torres grandes y de hermosas fábricas de cantería, y en alguna de las

torres grabadas las armas de Castilla: con su foso barbacana y puentes levadizos, dos grandes plazas de armas, una profundísima cima, grandes y hondos silos, algibes, baños y Alcázares.»

El Dr. Don José Leandro de Florez, haciendo la descripción topográfica de este Castillo, y el pueblo de Alcalá en su primitiva fundación, enumera todas las puertas, que daban entrada á esta fortaleza, haciendo mención entre ellas de la de S. Miguel, á que aludimos en nuestra novela.

D. Pascual Madoz en su Diccionario-geográfico-estadístico-histórico de España, una de las publicaciones más interesantes que se han hecho en nuestro país, y que contribuirá en gran manera á sus glorias literarias, hablando del referido Castillo se expresa así:

«El primero es el antiguo castillo

que se eleva al O. en la cima del alto cerro que hemos mencionado, por entre las ruinas y las murallas de la poderosa ciudad que allí existiera en otro tiempo, cercado todo de fuertes muros y guarnecidos con elevadas y gruesas torres de fábrica de cantería

[B] Zúñiga dice, hablando del repartimiento de Sevilla, que el rey San Fernando, ó su hijo don Alonso, heredó en Sevilla á don Rodrigo, Floráz de Cid fuentes, y á don Rodrigo Álvarez de Lara.»

En el mismo repartimiento que se halla en el archivo de la ciudad de Sevilla se encuentra:

«A D. Rodrigo Álvarez, rico home, mayordomo del infante D. Juan, hijo del santo Rey, diol *Foxat*, á que puso nombre *Tamariz*, término de Alcalá de Guadaira é cedió en ella seis mil pies, por medida doscientas aran-

zadas y fué ascendiendo á trescientas aranzadas de sano. E diol veinte yugadas para pan, año y vez, en *Notias*, término de Aznalcazar: é diol la mitad del figueral de *Castrele* con una torre de un cortijo. E con esto le fué dado por trescientas aranzadas: é la heredad de pan cambiójela en término de Alcalá de Guadaira y en *MA-CEANIELLA*.

(C) Dos consideraciones nacen de de aquí necesariamente: una sobre la importancia de la nobleza hereditaria, y la otra sobre la prodigalidad en la distribución de los honores.

Que la nobleza hereditaria ha sido una de las instituciones que mas han perjudicado á la sociedad; que ha sido la fuente de males continuos fisica y moralmente considerados, se demuestra muy fácilmente.

En primer lugar, lejos de ser un estímulo honroso y un móvil de gran-

des acciones, ha enervado, por el contrario, las facultades de muchos hombres, convirtiéndolos en pigmeos, cuando en otro caso hubieran sido gigantes.

Un hombre nacido de elevada clase y considerado en la sociedad, según los méritos de sus mayores, difícilmente se cuida de hacerse acreedor á ellos, toda vez que sabe que aquellos timbres no pueden serle arrebatados. ¿Cuántos hombres malvados se han visto llevar un honroso título? Y si este es el premio debido al mérito verdadero ¿porqué confundir al que no es digno de llevarlo con los que por sus obras se han hecho acreedores á esta distincion.

El mal fisico por fortuna ya casi ha desaparecido merced á las leyes de desvinculacion; pero aun resta mucho que hacer en eso.

Que los honores y condecoraciones deben ser distribuidos con gran

tino y mesura, nadie podrá dudarle. Y si las acciones verdaderamente heroicas son premiadas con un distinguido título, y este mismo se prodiga sin otros méritos que el favor de quien puede dispensarlos ¿de qué valen entonces? Solo de inutilizar los esfuerzos de la noble ambicion y de matar el entusiasmo por las acciones grandes.

Desgraciadamente en nuestro pais se distribuyen á manos llenas. ¡Cual se habrá dado con justicia!

Mucho mas pudieramos decir sobre esta materia; pero ocupándonos de ella en la actualidad, en una obra de mas consideracion, esplanaremos allí estas ideas mas detenidamente y con mayor copia de razones, que las que hemos podido aducir en el estrecho límite de esta nota.

(D) El sistema de poblacion adoptado en España no ha podido ser mas

perjudicial para su prosperidad y aumento. Durante la dominacion de los árabes existian en la Andalucía mas de doscientas poblaciones sobre las que hoy existen. El sistema monacal, los restos del feudalismo y la impericia v ambicion de los Gobernantes casi la han convertido en un desierto; y en vez de reedificar sobre las ruinas se han mandado desmoronar para no dejar ni aun ese resto de esperanza.

La torre de la Menbrilla existió hasta el año de 1820, en que un Gefe Político la mandó destruir, porque en ella se albergaban los malhechores. ¡Qué modo de extinguirlos!!!

[E] Llegó á contar en su apogeo mas de trescientas casas.

[F] La opinion mas seguida es, que sobre el año de 1249 se fundó este monasterio, para colocar en él la imágen de nuestra señora de los

Angeles, que fué de las presentadas á San Fernando, por su mandato, antes que la de nuestra señora de los Reyes que se venera en la catedral de Sevilla.

Este edificio fué levantado casi por ensalmo, pues se cuenta que trabajaron en él hasta los caudillos de mas nombre que el Santo Rey llevaba en su ejército.

(G) Por este tiempo, bajo el reinado de D. Sancho IV, llamado el Bravo, y á consecuencia de la paz ajustada con los reyes de Granada y Marruecos, muchos caballeros regresaron á sus tierras, con el objeto de descansar de los muchos trabajos y sinsabores que aquella lucha ecarreaba. Uno de ellos fué D. Hernando Alvarez de Lara, que permaneció en sus dominios hasta que, habiendo dado el de Aragon libertad á D. Alfonso de la Cerda volvió á encenderse la guerra

desoladora en que con tanta tenacidad combatieron los opuestos bandos.



INDICE

CAPITULOS.	EPIGRAFES.	PAGINAS.
I.	<i>La caridad y la virtud.</i>	1
II.	<i>¡Quince años há!!</i>	22
III.	<i>La tempestad</i>	39
IV.	<i>Es ella</i>	62
V.	<i>El señor de Machaniella.</i>	69
VI.	<i>Los conciertos de una boda.</i>	78

VII.	<i>Continuacion de la historia de Maria</i>	86
VIII.	<i>El señor de la Membrilla.</i>	102
IX.	<i>Blanca</i>	112
X.	<i>Un confidente.</i>	122
XI.	<i>El convento de los Angeles.</i>	139
XII.	<i>La fuga</i>	153
XIII.	<i>El padre Ernesto.</i>	172
XIV.	<i>La bendicion nupcial.</i>	178
XV.	<i>Un consejo</i>	197
XVI.	<i>La partida</i>	205
XVII.	<i>La seduccion</i>	219
XVIII.	<i>La lucha</i>	235
XIX.	<i>La venganza</i>	242
XX.	<i>La prueba</i>	250
XXI.	<i>La vuelta</i>	261
XXII.	<i>El cordero en las garras del lobo.</i>	268
XXIII.	<i>Consumacion del crimen.</i>	277
XXIV.	<i>¡Adios ilusiones!!!</i>	287
XXV.	<i>Un alma compasiva.</i>	299
XXVI.	<i>Remordimientos</i>	313



= 366 =

XXVII. *Una mancha de sangre...* 324

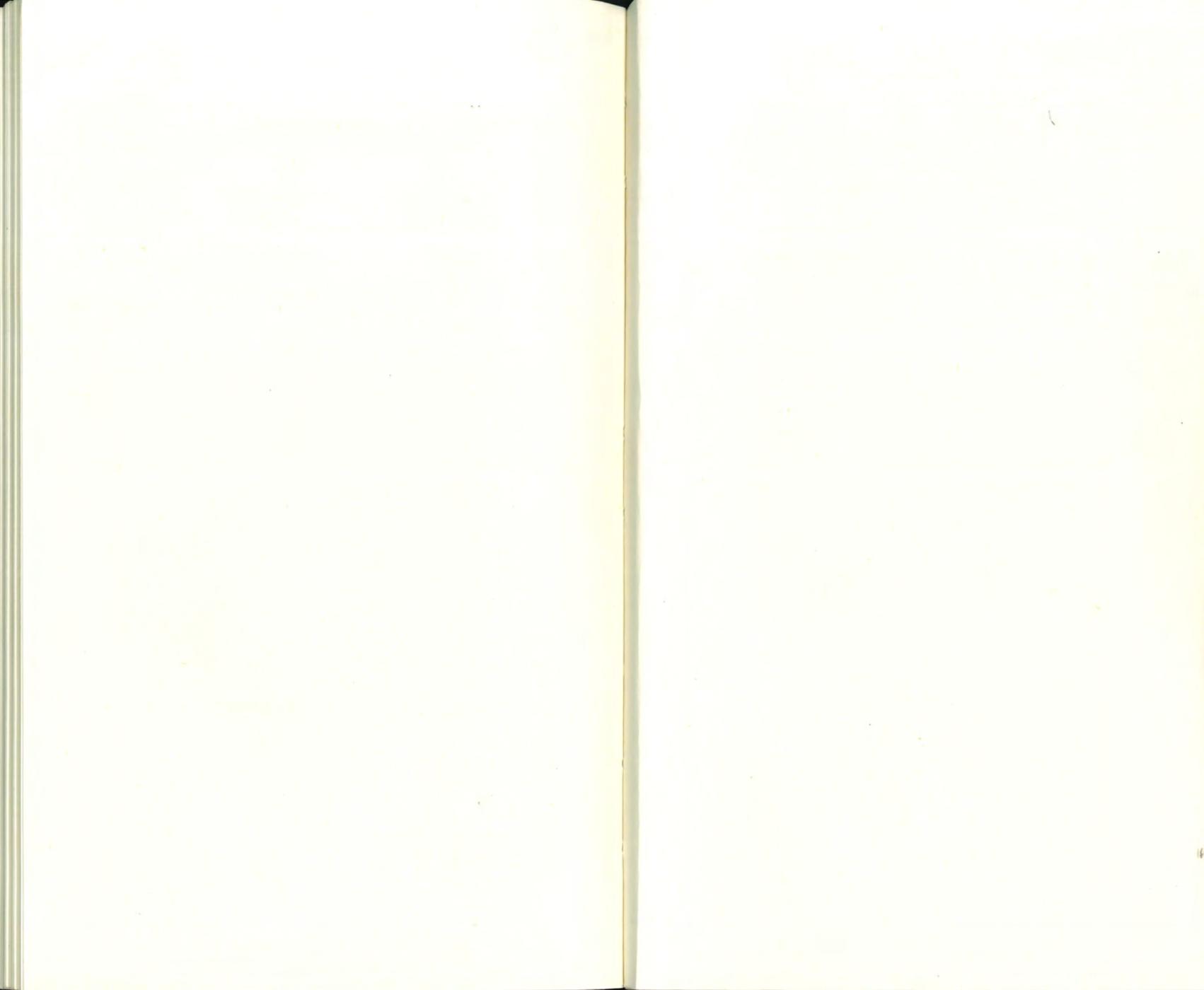
XXVIII. *Epilogo* 331

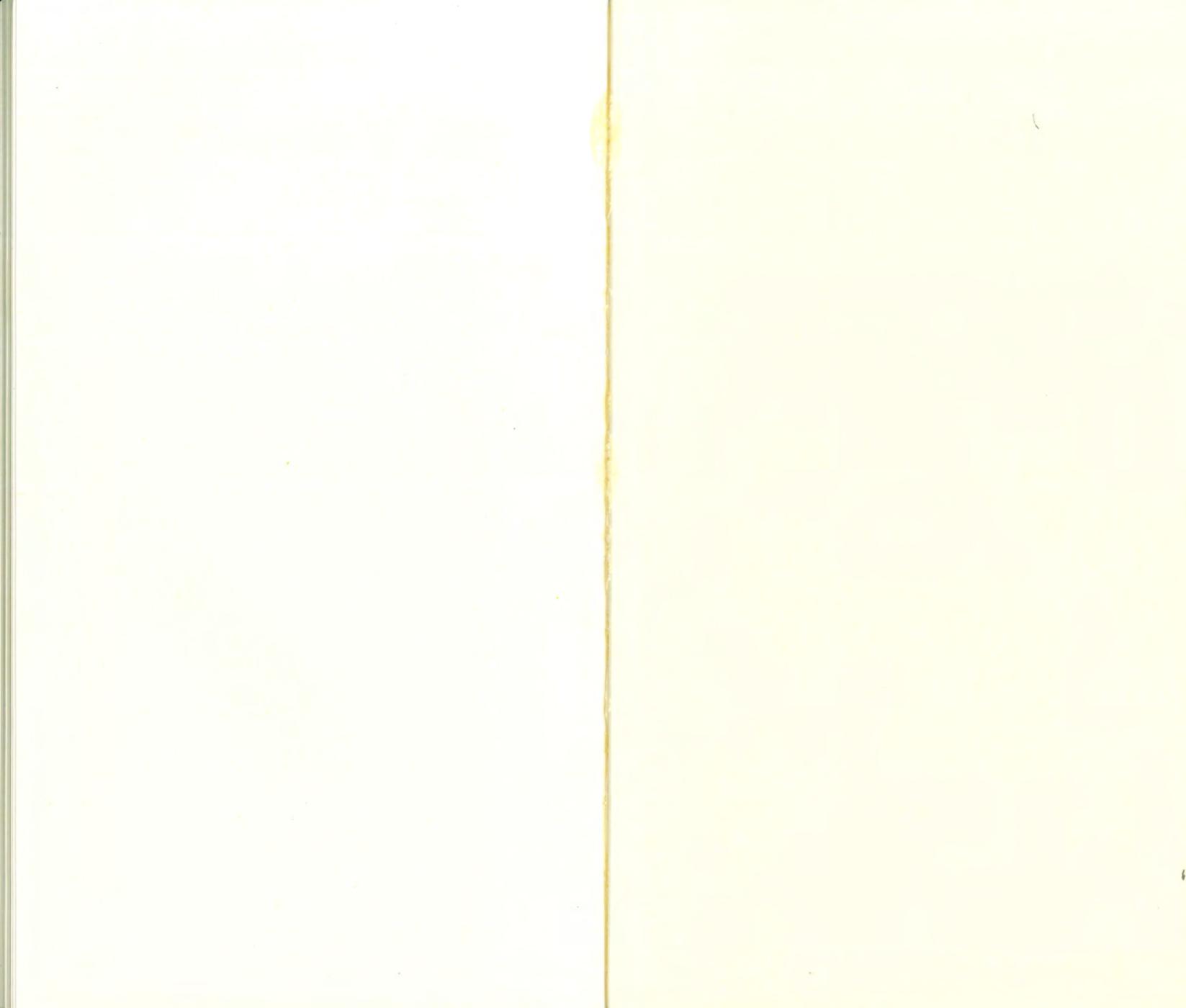
XXIX. *Conclusion..* 336



Se terminó de imprimir
esta edición facsímil
de 500 ejemplares de
La Tapada
de José María Gutiérrez de Alba
en los Talleres Gráficos de Antonio Pinelo
el día 15 de mayo de 1997.
El original lo cedió amablemente
la Biblioteca de la Facultad
de Filología de la Universidad de Sevilla.









Fundación
EL MONTE